

ECO

CONTEMPORANEO

4

REVISTA
INTER-AMERICANA

\$ 30
USA: 50c



GENERACION MUFADA

- 1 EDITORIAL
 3 CARTAS A LA BEAT GENERATION,
 Miguel Grinberg
 17 LA PLAZA, cuento de Antonio Dal Masetto
 27 INDIO VIGILA!, Ache A.
 30 LOS ARTESANOS, cuento de Gregorio Kohon
 33 CUATRO POETAS MEXICANOS
 37 EL COJO, relato de Max Aub
 53 POEMA-EISENHOWER, Lawrence Ferlinghetti
 57 LOS NIETOS DE DIOS, obra de Walmir Ayala
 73 CANCION, poema de Allen Ginsberg
 76 EL AMOR, LA POESIA... , poema de
 Egitto Gonçalves
 77 ALGO SOBRE LA PAZ, María Rosa Oliver
 80 MANIFIESTO DE APOYO A LA LIBERTAD DE
 LEER
 82 EL HIPSTER: un rebelde, John Clellon Holmes
 93 POEMAS de Margaret Randall y Simón Corral
 97 EN LA PLAZA, cuento de Victor Prancet
 101 ENTREVISTA con EDGAR MORIN
 104 EL ROL DEL CINE, Edgar Morin
 116 ARCHIVO
 118 INFORME DESDE TIME SQUARE, Julien Beck
 121 NUEVOS POEMAS
 125 CARTAS AL EDITOR

SEPARATA POETICA: Papel y Sombra
 Alejandro Vignati

SUSCRIPCIONES

6 números: \$ 150 ó u\$s 2,50 — el ejemplar \$ 30 ó u\$s 50c
 Números anteriores: \$ 50 ó u\$s 75c incluido el franqueo

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual núm. 711551

Correspondencia, Giros y Cheques a nombre del Editor:

C. C. Central 1933 — Buenos Aires — República Argentina

DESEAMOS CANJE — EXCHANGÉ DESIRED

Ilustración de la portada: pintor argentino NORBERTO GOMEZ

ECO CONTEMPORANEO

REVISTA INTER-AMERICANA

es editada en Buenos Aires, República Argentina

Editor responsable: Miguel Grinberg

Secretario de redacción: Antonio Dal Masetto

Colaborador inmediato: Gregorio Kohon

EDITORIAL

Dijimos A OTRA COSA. Hacia ella apuntamos.

Esto implica dar vuelta la hoja, no como actitud circunstancial, sino como gesto definitivo, a partir del cual todo queda por hacer. Tenemos medida de nuestras limitaciones. Desde este sitio llamado República Argentina, donde es más fácil puntualizar crisis que aportar perspectivas, donde se vive en contra o en nada, a la espera del advenimiento de un Gran Milagro, nosotros

RESOLVEMOS edificar un nuevo modo de vida con visión de futuro. Tenemos grandes pretensiones.

Aprendemos a medida que hacemos. No somos ni proletarios, ni burgueses, ni oligarcas. Por lo tanto, la sociedad actual carece de espacio para nosotros. Sin embargo, no nos interesa hacer una filosofía del resentimiento y la tristeza. Venimos a crear, no a lamentarnos.

RECHAZAMOS por vanas, las jerarquías y categorías fundadas en torno de lo que se da por llamar izquierda o derecha, con todas sus mitologías e historias colaterales. El pensamiento y la inteligencia son inclasificables. La realidad, una sola: querer que esto siga así, o que cambie.

NO CREEMOS en el Paraíso Social Bolchevique, ni en el Edén del Capital Privado, ni en el Mito de las Razas Superiores.

BUSCAMOS ampliar el área de la conciencia, comunicar, saber, amar, esbozar poco a poco una manera de vivir.

Una visión de futuro implica trabajo. Nos limitamos al gesto cotidiano, vamos a él con todo. No pensamos imponerle nada a nadie, tampoco permitiremos que nos impongan modos o ideologías que no compartimos.

CREEMOS en el Hombre y en la afirmación de su poder creativo.

El nuestro es un combate de creación.

Una creación que no es privilegio del artista sino que incluye a todo individuo, siempre que su posibilidad de elección no esté condicionada.

Nos sabemos fuertes. Nos sentimos fuertes. Trabajamos con nuestras propias herramientas. Queremos que esto cambie. Destruiremos, sí. Arrasaremos, sí. Y también engendraremos. Nuestra rebelión, nuestra juventud, nuestra sinceridad, nos dan la absoluta dimensión de nuestra potencia. La unidad en la acción y la libertad total en la reflexión y creación individuales, serán la ratificación de tal aspiración.

Por eso esta Revista: buscamos conectarnos con quienes comparten nuestro descontento para iniciar el combate y dejar de estar solos.

Miguel Grinberg

CARTAS

a la

BEAT GENERATION

Querido Kerouac:

Regreso de un viaje hacia mis manuscritos, toda una atmósfera que creía adormecida ha estallado entre mis huesos, me siento un poco abrumado por esta avalancha de textos que me envuelven y regulan, pero estoy contento, esta maraña va ganando significado, recuerdo aquellos años 50, mis poemas adolescentes y mi rebeldía sin rumbo, hoy evoco tus novelas, hojeo mis libretas de entonces, no soñaba, no soñaba, aquí se me aparece todo de pronto cargado de perspectivas, tiempo atrás sólo tenía intuiciones, me aferraba a mis conflictuantes creencias, paulatinamente me fui asomando a la realidad,

nuestro país es un inmenso manómetro clavado en cero, desde sus oxidadas visceras se oye el cruel chapoteo de un naufragio que no nos pertenece, pero sin embargo veo todo muy claro, tengo convicciones, tengo energías para consumir. América nos ha abierto de par en par sus portales, y saber el enorme margen de ventaja que llevamos me ha hecho recuperar parte de la alegría que diluyó tanto resentimiento, tanta frustración, tanta tristeza como la que rebalsa nuestra jungla-ciudad —y a pesar de todo seguimos siendo tipos sin monstruosidad especial, bajamos a la calle, la ciudad retrocede—, llegaremos, sé que llegaremos, miro en la pared la copia de una lejana carta mía, no hubo error, hemos dado otro paso más, ahora tenemos una revista, se acercan nuevos amigos, el nexo crece, y todo es sencillo, vamos cambiando como el Continente cambia, los mufados cortan sus ataduras, comienza la creación; ¿recordás mi panfletito de aquel invierno?

"He notado que acá, todos piden Verdad pero mienten en todo sentido, se ocultan tras las más increíbles caretas. ¿Para lograrla o evitarla? Depende de sus intereses, claro. En general prefieren ironizar y mostrarse escépticos cuando alguien se manifiesta disconforme y desamparado. Algunos pretenden compensar su vacío con burdas proclamas revolucionarias. Otros tienen tanto miedo que les demuestren que son unos miserables, que se han fabricado una armadura de suficiencia y sonríen despectivamente cuando uno para variar les menciona al Hombre. Se ponen semihistóricos, tartamudean pretextos, han hecho de la desesperanza un culto. Habría que lanzarse a construir algo nuevo y definitivo con quienes están de este lado nuestro. En este país, las cosas que formaron nuestro estilo de vida y su mitología de subdesarrollo, no valen ya la pena. La solución primera tiene que estar en algún rincón de uno mismo. Aquí, cada uno de nosotros que ve lo que otros no quieren ver, que siente lo que otros no quieren sentir, y que no tiene dónde aplicar sus energías creadoras, dice que está en la Mufa."

El tiempo siguió deviniendo, llegamos a la década del 60. La confusión, el baluceo, la incoherencia y la ansiedad, parecieron fructificar en parte. Los fabricantes de mentira y caos notaron que lo que parecía una moda pasajera más de inconformismo, se convertía en una actitud generalizada y peligrosa para lo que ellos llaman "normalidad". Lo que habían tolerado para neutralizarlo oportunamente en ese su estilo tan común, había crecido hasta alcanzar dimensiones que los alarmaron. En muchos países el "germen" se había desarrollado en muchos cuerpos jóvenes y asomó una tenue luz purificadora que los mayores calificaron de "degradación". En el rechazo, esos jóvenes hallaban un punto de apoyo. Como punto de partida sirvió, ahora no nos basta. Es imperioso moverse haciendo. Es cierto que muchos se dedicaron y dedican al crimen, a la vagancia, al robo y al exceso; pero otros hemos hallado una certidumbre por la cual luchar.

En algunos casos se llama Cristo, en otros Amor, en otros Revolución Cubana, o en muchos más: simple y ferviente fe en el acto de rebelión previo a la acción constructiva. No se trata de una pose más, sino de una voluntad por levantar un mundo propio y limpio. Consistente de su incorrupta pureza, nuestra generación no quiere quemarse porque sí, ni siquiera por un puesto de prócer en la historia. Se asume y resiste a los Viejos Valores Corrompidos.

Ahora bien, los personas "normales", ante la drasticidad de los que no se alimentan con los productos vacíos y artificiosos de la Sociedad, se alarman y con razón.

Creo que darles explicaciones es perder el tiempo. Que nos llamen como quieran, que se desquiten con los delincuentes juveniles o los bolches desorbitados. Nosotros tenemos mucho que hacer. Ojalá no se nos pongan delante.

"La lucha entre Rusia y Estados Unidos se estabilizará porque los hombres temen destruirse a sí mismos. Y entonces se hará más dramático el problema ahora oculto por esa lucha. Este consiste en saber si, sea bajo el comunismo o bajo el capitalismo, podremos seguir siendo seres humanos, en esta época en que van siendo suprimidos todas las cualidades humanas, con excepción de las que necesitamos para desempeñarnos con eficiencia. Con una producción de mercancías mayor que en cualquier otro momento de la historia, son ya millones los seres humanos que están estrechamente incorporados a la maquinaria económica como para haber dejado de saber por qué viven o por qué deben vivir.

Es posible que tengamos que rever nuestro concepto del éxito y afrontar la realidad de que el progreso material y

Recuerdo Jack, cómo se pusieron histéricos aquí ciertos paladines de una clase especial de compromiso, cuando el tema Dios ocupó gran parte de tus manifestaciones. Los que buscaban en la G. B. la justificación de sus propios excesos se desencantaron, los que buscaban en la G. B. un soporte para una actitud anti-USA se ofendieron, y los que esperaban el derrumbe de tu fe se escandalizaron. En estos malolientes Buenos Aires, muchos de esos comprometidos que creen que libertad es hablar mal de los demás y estar siempre en contra de todo excepto ellos mismos, se horrorizaron. Pusieron en marcha toda una filosofía timorata. Un comentarista hasta llegó a decir: "Kerouac nos ha traicionado absolutamente a todos" y se expandió sobre la torpe beatería de algunas abuelitas y el reblandecimiento de tu iracundia. Como era de esperar, no faltó quien te llamara "reaccionario".

Para esos "sabelotodo" que creen que la meta del hombre es cambiar un mito deista por otro ateo, tu misticismo sonó a idiotéz. ¿Existen los mitos fuera de la imaginación colectiva? ¿Es posible bajarlos a patadas? Construyendo en la realidad es cómo se los elimina. Construir, en eso creo. Y junto a quienes apuntan hacia lo mismo. Importa poco si unos creen en Dios, otros en Eros, u otros en sí mismos. Lo primordial es hacer no quedarse quieto.

Salgo a la calle, veo el rostro grave de los transeúntes, los veo correr

ida y vuelta, los veo arrumbarse como ganado; y no sucede hoy solamente, sino que ocurrió ayer, anteayer, y todos los días de muchos años pasados, y me pregunto: ¿hasta cuándo seguiremos jugando a devorarnos unos a otros?

Compro un diario, su nombre no interesa, los diarios argentinos son todos iguales, mejores o peores, pero iguales; y contienen minuciosas crónicas de violencia, crimen y tergiversación; mercadean con el vacío, exacerban su culto; ¿no es ésto subversivo y degenerado?

En fin Jack, quería agradecerte todos los conflictos que reavivaste en mí mente, hoy fructifican, ahora sí vislumbro algo que vale la pena. Me alegra saber que estás bien y que seguís lamentando que la gente "respetable" no tome nada en serio y sigas destruyendo antiguos sentimientos humanos, más antiguos que la misma Revista "Time". Por ahora, sólo resta seguir liberándose de lastre y ocupar el sitio que nos corresponde.

Si, querido Ferlinghetti, no hay otro camino para salir de este pantano, excepto la Paz. Tu poema es contundente. En estos parajes "subamericanos", aún se discute mucho sobre arte "puro" y arte "comprometido". La confusión es mayúscula, y todo se diluye en charlas y polémicas improductivas. Releyendo tu poema, recuerdo que por aquí, criticar a los Estados Unidos implica ganarse un casillero en el "ismo" abominado por Mamá Democracia. Así como Ginsberg dijo cuando Uds. vinie-

la eficiencia no bastarán para brindarnos automáticamente la felicidad. Tendremos que volver a pensar y descubrir lo que el ser humano realmente es y necesita. El problema no puede resolverse con un nuevo refrigerador, que no puede impedir que el alma se descomponga".

CARLOS MAGGI

"Las sociedades se resisten a la desaparición de su orden de cosas. Las formas de convivencia se resignan menos que nosotros a la idea de su desaparición y por eso su vejez suele ser tan repugnante; cada régimen se cree eterno y en consecuencia agoniza sin dignidad... Lo triste, claro, es que los sistemas sociales y económicos huelen peor, más cuando se enferman que cuando ya están muertos; y es a nosotros a quienes toca respirar ese hedor tan despreciable. Nos toca ver, y a veces aguantar, los momentos de ohogado de quienes dicen mentiras y hacen maldades con tal de

mantener sus privilegios. Pero, sin despreciar la fuerza de la infamia, la suerte está sellada y ellos lo saben. Lo sabe todo el mundo. Lo saben hasta quienes lo ignoran... y pensar en estas cosas espanta la alegría. Alegre puede ser el millonario norteamericano que vive gozando de su riqueza con un psicoanalista por campanga, abrigadito dentro de Estados Unidos. Alegre puede ser el comunista que tiene soluciones hechas para todo y que de yapa está fuera de los países comunistas, aquí, donde es tan lindo vivir cuando se tienen esperanzas. A nosotros, ni ricos ni bolches, nos toca ganar el pan con el sudor de la frente y parir con dolor un mundo menos despidado".

HENRY MILLER

"Si Dios no es amor, no vale la pena que exista. Me enfurece todo lo que separa al hombre de su posibilidad inmediata, actual, de recuperar el paraíso terrenal. El trabajo

ron a Chile: "En USA a los poetas los persiguen, son considerados criminales", aquí no hemos llegado aún a tal cosa, pero la actividad de pensar y llamar a las cosas por su nombre no es bien vista por los beneficiarios de las Grandes Manos Sucias. Me reconforta que en tu país sigan emergiendo voces valientes que repiten las mismas palabras que desde hace muchos años vienen murmurando en los sótanos de América todas las víctimas de un sistema de anulación y/o exterminio en el orden neostomacal. Me entusiasma saber que aumenta la lucidez, la resistencia a la anquilosis y la mediocridad confortable, y la pensión al cambio. Más despaciosamente, acá ocurre lo mismo.

Me alegró mucho constatar que en San Francisco se rescató a la Poesía de los antros académicos para restituirla al ritmo del país y del pueblo. Y te agradezco que hayas escrito ese poema. Uds. no son sólo poetas de Estados Unidos, son poetas del mundo, son parte de la vanguardia alzada en muchos puntos del planeta sin discriminación alguna. Cada cual como es, con una sola condición: tirar para adelante. Es cierto que en "Aullido" Allen bramaba por lo que la Sociedad Organizada había hecho hacer a los que se rebelaron por no recibir de ella amor sino dólares asezuados y salpicados con la transpiración de otros pueblos; es cierto que algunos de esos hombres se desesperaron y se sentaron en Bohemia, y también es cierto que no hay escape — excepto la Paz.

Cuando Jack nos mostraba a "los hijos del triste Paraíso estadounidense" y Allen gemía por "esos Estados Unidos que tosen toda la noche y no nos dejan dormir" —¿no era eso amor?—. ¿Es que la gente sólo puede pensar en esta palabra como si fuera una mariconería pusiálmene, en vez de una afirmación de potencialidad creativa?

¿Podrán entender los que tienen las riendas en sus manos que nadie es enemigo natural de nadie y que todos queremos un mundo salvo y seguro para morir en él sólo de vejez? ¿Hallarán su corazón esos que discuten nuestro futuro en siniestros circos embanderados? ¿Dejarán de lado agravios huecos e intereses codiciosos y aberrantes? ¿Tendremos la oportunidad de "amarnos" unos a otros de una vez por todas para demostrar que eso puede dar resultado?

¿Se prestarán nuestros brillantes conciudadanos a la experiencia o seguirán especulando en la Bolsa?

¿Tendremos por fin la Paz?

¿Entenderán los cerebros militares que no es posible resucitar a Napoleón y que la gloria está en construir usinas, puentes, barcos y aviones para transportar alimentos al Asia en vez de bases de cohetes, penicilina, clavicórdios, sonajeros...; en vez de pulverizar todo eso en nombre de remanidas patrañas? ¿No es más patriótico decir "¡a plantar papas!" que "¡apunten, fuego!"?

plijio que realizamos a la inversa me parece un juego atroz de niños maníacos. ¿Cuándo vendrán los hombres que quieren concebir la vida de otro modo que en los términos presentes de avidez, de rivalidad, de odio, de muerte y destrucción? Debemos liberarnos! Hasta de los ligamentos y las ilusiones que se forman recorriendo los senderos de la creación, para extender la circunferencia de nuestras vidas hasta dimensiones infinitas.

Cuando la raza humana en su totalidad se siente sacudida por una risa enorme (una risa tan dura que haga daño), es que hemos hallado el buen camino. Entonces nadie podrá convencer a nadie para que tome un fusil y vaya a matar al enemigo; ni tampoco para que lea algunos de esos tomos fastuosos donde están contenidas todas las verdades metafísicas del mundo.

No afirmo que Dios no sea más que una enorme risotada: lo que digo es que es necesario reír duramente antes de llegar a Dios. El solo objeto de mi vida es aproximarme a Dios, es decir, llegar a acercarme más a mí mismo".

INGMAR BERGMAN

"Hoy el individuo se ha convertido en la forma más alta (y el peor mal) de la creación artística. La menor herida o dolor del ego se examina al microscopio como si fueran de importancia eterna. El artista considera sagrados su individualismo, su aislamiento, su subjetividad. Así, nos reunimos finalmente en un gran establo donde balamos nuestra soledad sin escucharnos y sin reparar que nos estamos ahogando los unos a los otros.

¿Entenderán los científicos que nada hay de honroso en ganarle al vecino volando primero el barrio en pedacitos, sino en llegar a la Luna cuando ya no quede espacio en la Tierra para construir en nombre de una civilización verdadera?

¿Entenderán que eso es la Paz?

Ante lo monstruoso de la Maquinaria, estas mis reflexiones pueden sonar algo pueriles, no me avergüenzo. Y he aquí que el miedo impera.

El horror al vacío hace que cada cual se aferre a lo que venga: un ídolo, el dinero, las posesiones absurdas.

Entonces, basta que uno disienta, para que se pongan en marcha los organismos represivos. ¿No se dan cuenta que sin amor es imposible seguir? Y al decir amor no me refiero a una bobacolinada adolescente. Asumir en su medida la dimensión real del término es precisamente lo contrario. Humildad e intensidad, tal debe ser la disciplina. ¿No ven que lo importante no es querer destruir la Sociedad o demostrar si Dios existe, sino levantar hombro con hombro una realidad menos asesina, un mundo de conocimiento y tolerancia? Por temor, muchos incitan al odio. Por temor, otros se casan con la indiferencia. Algunos porque están solos y otros porque son cobardes y no quieren que los demás cambien. Creen así eludir responsabilidades, pero caen en esa Conspiración de Silencio que procura disimular la inmundicia que nos exterminará si no la detenemos.

Los individualistas se miran a los ojos y niegan mutuamente sus existencias. Cominamos en círculo, tan limitados por nuestra ansiedad, que ya no podemos distinguir entre lo verdadero y lo falso, entre el capricho de un bandido y el ideal más puro.

Así, si me preguntan cuál me gustaría que fuese la intención de mis películas, respondería que quiero ser uno de los artistas que construyen una catedral en la planicie. Quiero hacer una cabeza de dragón, un ángel, un diablo, —o quizá un santo— con piedra. No importa qué; lo que cuenta es el sentimiento de satisfacción. Creo o no, sea o no cristiano, quiero desempeñar mi rol en la edificación colectiva de esa catedral".

FIDEL CASTRO

"El gran triunfo de la conciencia revolucionaria es que el pueblo aprenda que a esta generación no le toca disfrutar lo que nadie

Temen la guerra, en el fondo rechazan las ideologías mortíferas, pero divididos y fragmentados musitan su filosofía en la tiniebla confortable, dispuestos a lanzarse para devorar a cualquiera que puntualice sus conformismos, sus negligencias y apatías. Así pierden el tiempo, así esperan la llegada de algo que los salve, de algo que sólo recibirán por prepotencia de trabajo constructivo. Por egoísmo, no ven ese amor nexo indestructible entre los humanos y punto de arranque para cualquier acción de crear. En ello no hay ni líderes, ni símbolos, ni templos. Anhelan amar, pero confundidos malogran sus fabulosas capacidades de hacerlo. Esas aptitudes que cada vez combaten más los agentes del Terror: los industriales de la inseguridad, la intranquilidad, la desesperanza, la no-fe, la incredulidad, la angustia, la represión de los instintos, la discriminación social, la ignorancia, la corrupción, lo burocrático, la falsedad impresa, el embotamiento mental, el "no te metás", el torpe militarismo, los "apremios ilegales", las leyes de profilaxis, la censura, el rencor, el morbo, el payasismo político, las poses intelectuales, la calumnia... ¡tantas cosas! Al quedarse inmóviles, desentendidos de las cosas, se convierten en cómplices.

Rechazo todo esto, no creo en la imposición de una verdad por medio del homicidio; busco el diálogo, tengo 25 años, ya estoy harto de tanto monólogo; soy consciente de lo que

creo para nosotros, sino que a esta generación le toca crear, que a esta generación le toca el sacrificio y no el disfrute".

JACK KEROUAC

... "Muy errados están los que piensan que la Generación Beat significa crimen, amoralidad, inmoralidad y delincuencia. Pobres los que nos atacan porque no comprenden la historia y las aspiraciones del alma! ¡Pobres los que no se dan cuenta que América debe cambiar y cambia! Pobres los que creen en la bomba atómica, que es preciso odiar al padre o a la madre, los que niegan el más importante de los Diez Mandamientos! Pobres los que no creen en la indecible ternura del amor entre el hombre y la mujer! ¡Pobres los que llenan libros y films con horror y violencia!"

quiero, sencillamente lo digo: quiero un siglo de amor y de creación, rechazó la alternativa de matar o ser muerto, repudio el orgullo, la indiferencia, el engaño, el utilitarismo, la especulación y el conformismo. Me rebelo ante quienes no quieren oír ni ver la parte de suciedad que les toca, los que temen sentir y se rodean de muros. No renuncio a pensar, reclamo ese amor que necesito para seguir viviendo, todos lo necesitamos, todos podemos forjarlo; así acabaremos con el pavor, la soledad, el prejuicio la ansiedad, la rutina, la pasividad, la mediocridad... ¡tantas cosas! Repito: no hago una afirmación sentimentaloides, tengo todo un universo en el cuerpo y anhelo compartirlo.

Gracias Lawrence por desearnos buena suerte, la necesitaremos.

No me canso de leer tu poema, Allen, es realmente una canción. Quisiera leérselo a todo el mundo: El peso del mundo es amor. Aquí, como en todas partes, se sigue publicando lo sucio y omitiendo la belleza.

El diario describe guerras, accidentes y crímenes con lujosos detalles que exacerban el morbo en el que nos criamos y formamos. ¿Por qué no se publican poemas como éste? ¿Acaso porque no se adapta al concepto de evolución de nuestros Regentes? ¿Por qué no se habla del amor como de la vida misma en vez de fabricar un velo de tabúes a su alrededor?

¿Por qué no se regalan juguetes pacíficos a los niños en vez de fabricar más balas? ¿Hasta cuándo la industria del cine, la TV y la prensa seguirán con su infame sublimación de la violencia? Es mentira que la gente quiera esto, la acostumbran, que es distinto. ¡Ay Dios Dinero!

La gente quiere encontrar algo en qué creer, la gente quiere encontrar alguien a quien amar, en quien confiar, en quien apoyarse. ¿Es tan incomprensible esto? ¿Vale más un televisor que un ser humano? ¿Qué hay de todos esos desamparados que aullan su soledad en esta pavorosa noche de tanta intelectualidad Premio Nobel?

¿Por qué se conoce más a Mike Hammer que a César Vallejo? ¿Será acaso porque éste dijo: Ya va a venir el día, ponte el alma?

Te reiste cuando te mencioné la Mufa y nuestra Generación Mufada. Y sonrei cuando me dijiste que toda la gente que has conocido en la Argentina la has hallado "colgada" a la política y NO AMPLIANDO EL AREA DE LA CONCIENCIA. Pero bien sé que detrás de nuestras sonrisas hay una cierta ancestral tristeza. Te conté todo sobre la deficiente educación que imparten nuestras escuelas, de la distancia que hay entre la realidad que ven nuestros ojos y la que difunden los amos, de la acción estupidizadora de los órganos de difusión, del acallamiento compulsivo (en nombre del Orden) de voces nuevas y disidentes, de los resortes securantistas que mueven nuestra llamada cultura, de la corrupción institucional, de la caducidad de las ideologías tradicionales, de la traición, las torturas, la falsedad organizada, el vacío espiritual, la propensión a la violencia, el imperio de la coima, la cuña y el acomodo de una zona llamada el interior del país donde hay un montón de gente que nada sabe de nuestros sentimientos y de la que nada sabemos, de políticos obsoletos que sólo tienen para ofrecer a esta generación mil odios viejos y asquerosos, de la complacencia de los resignados a la decadencia, la disgregación, la descomposición y la muerte del único país que tenemos.

Y me llegó tu voz desde Norteamérica, tu voz que me decía: Cread vuestra propia Sudamérica, buscad al Ángel en las Pampas.

Entonces te conté todo sobre mi generación, la Mufa, ese sentirnos amurados en un recodo de la ciudad sin poder protestar, incomunicados, unos de otros, los que hace ya mucho nos arrancamos todas las caretas, locos también por amar, por conversar, por ser salvados, pléticos de energía y pureza pero desterrados dentro de nuestra propia tierra, sin poder dejar de ver cómo se fragmentan los muros y cómo se van aniquilando poco a poco esos santos mufados que circulan por los túneles santos que ven crecer sobre sus benditas pieles la pelusita del Moho, mientras garabatean poemas y novelas en cuartos húmedos, en las plazas, en las mesas de los cafés; publicando todos sus mensajes en los roperos, con los bolsillos y el estómago vacíos, con el alma que no quiere corromperse, con el cuerpo que quiere estallar, sin poder dormir porque los ejes de la desvinculada carreta de nuestra República chirrían y chirrían hasta enfermar a las mismas piedras; en una ciudad donde amar está prohibido por decreto, donde se hace el amor furtivamente en zaguanes o dentro de autos estacionados en la penumbra de las Villas-Cariño; donde la vida es manejada por tétricos burócratas envueltos en telarañas de archivos abarrotados de basura, por pusilánimes guardianes del pensamiento.

Y nuestros santos mufados no tienen en qué creer, en quien confiar, nos cruzamos en la Avenida Corrientes sin detenernos, en los cine-clubes, en los ciclos del Cine Lorraine; nos vemos hurgando las mesas de las librerías buscando alimento para no disolvernarnos en la noche, ingiriendo vino o café en los bares... ¿pero cómo dialogar? No tenemos idioma, no tenemos lenguaje, todo lo que heredamos ha sido un abismo y la mala interpretación que nuestros antecesores hicieron de todo lo que importaron; porque en vez de mirar qué tenían de bueno en casa prefirieron traer de Europa cualquier tacho que reluciera; no podemos condenarlos por este mundo que nos legaron, en el fondo saben que de nada sirve y la están pagando, sentimos pena por ellos y sus cobardías, no queremos esta realidad ni para nuestros hermanitos ni para

nuestros hijos; sabemos en las visceras la tragedia y recorreremos nuestros días en búsqueda esperando el momento de pegar un grito definitivo, de entonar un himno que todos entonen; buscamos sacudir de nosotros esa Mufa y llegar de una vez por todas a esa Argentina que hace un siglo y medio se busca a sí misma; —porque nosotros ya nos hemos encontrado a nosotros mismos pero carecemos de suelo firme para posarnos, reunirnos y construir, creer y crear—, en verdad. Amor o Dios son simples sonidos si no poseen significación tangible en el espíritu humano, capacidad de sentir y hacer sentir, de creación... y mientras, en las escuelas siguen enseñando a ser dúctiles idiotas; en los colegios siguen inculcando que la amistad es un capital que debe ser invertido según el interés al tanto por ciento que pueda devengar; en el servicio militar algún oscuro cabo humillará, rebajará y tratará de embrutecer cuando se entere que alguien es poeta; los periódicos sacan la foto de un pobre sólo cuando lo matan curiosamente o cuando gana la Lotería; los partidos políticos juegan a ver en cuántas fracciones son capaces de dividirse; en las mesas redondas y debates que se hacen en todo lugar y sobre todos los temas los participantes apenas logran citar mediocrementes sus lecturas; en el comercio y la industria robar es el lema... ¡tanta basura! ¡Tanta oscuridad!

Entonces, los que sentimos vergüenza, pensamos seriamente esta realidad argentina y llegamos a conclusiones que generalmente no nos animamos a hacer públicas; uno porque no hay nadie que acepte nuestros escritos, y dos porque la cárcel es un asunto embromado. No queremos hacer daño. Decir que el "amor" es el único punto de partida posible, la única institución verdaderamente universal, ¿es obscenidad, subversión, comunismo, delincuencia? Si uno grita ¡Basta!, si uno brama ¡No! a una mentira de occidentalismo dudoso y cristianismo adulterado ¿dejaremos que nos borren sin luchar para evitarlo? Decir que esto debe cambiar ¿es un delito?

Pensar y decir lo que se piensa.
Evitar el anquilosamiento de la lucidez en el exclusivismo de una ideología política, el ser usado
Hacer el amor sin legalizar el sexo,

Resistir a quienes tratan de evitar que hagamos nuestro propio modo de vida sin arrebatarle nada a nadie.
Resistir a quienes tratan de imponernos una Verdad mentirosa,
Tratar de edificar algo decente antes de ser viejo e inservible,

Dar vuelta la hoja,

¿ES UN DELITO?

Yo Pienso, aspiro, soy, hago todo esto. Creo que empezando por amar no sucumbiremos junto con esta sociedad agonizante que nos alberga y contiene muchas de las cosas y personas que queremos y respetamos. ¿Comprendés, Allen?

Gracias Generación Beat por decirnos que no estamos solos en este combate de creación. Tampoco lo están ustedes. Cercano está el día en que todos nos pondremos definitivamente el alma y nos daremos la mano bajo un cielo libre de estroncio y bombas limpias, y cantaremos nuestro sencillo amor y nuestra inconmensurable libertad y haremos cosas. De ellas depende que éstas no sean puras palabras exaltadas, declamativas y fútiles. Este es un toque de atención, ahora entramos en el movimiento, todos encontraremos al Ángel que vos encontraste, que yo encontré que muchos otros han encontrado. Estamos cerca, lo siento en cada resquicio de la piel. No aquietarse, no aquietarse...

Tuvimos desde una Edad de Piedra hasta una Edad Atómica. Time Magazine y los psicoanalistas han machacado bastante con la Edad de la Angustia. ¿No es hora ya para la de la Alegría, la del Amor, la de ese pedazo de carne imponderable llamada Hombre?

LA RECLAMO.

Mi voz es pequeñita, lo sé. Pero hay muchas voces esperando. Tendremos que ensordecer los relojes. El día estará aquí, no lo dudo.

Hasta entonces, diré ¿hermanos?

Buenos Aires/62.

Antonio Dal Masetto

LA

PLAZA

El hecho de que ese individuo que hacía ya una hora había venido a sentarse en la otra punta de mi mismo banco acabase de comunicarme que había decidido suicidarse no era lo que más me irritaba. Lo que me había molestado desde el principio era que estuviese allí. Y la seguridad de que, de un momento a otro, volvería a hablar, me haría preguntas o comenzaría a contarme cosas que no me interesaban. En otra oportunidad, quizá, hubiésemos podido charlar e inclusive llegar a ser buenos amigos. Pero eran las cinco de la mañana, dentro de poco amanecería, y yo deseaba estar solo. Hubiese podido intentar explicárselo, pero sabía que era inútil. Sin duda volvería a repetirme que había decidido matarse, como si eso lo excusase o le otorgase derechos. Por otra parte, ni en ese momento ni ahora, sabría decir qué me parecía más trágico, en determinadas circunstancias. Si un hombre que decide suicidarse u otro que opta por seguir viviendo. Quizá él estuviese pensando que era merecedor de un poco de compasión y es probable que no le faltase cierta razón. A la larga se acaba por descubrir un insospechado fondo de egoísmo en el propio retiro,

esa noche lo vi con bastante claridad. Y aunque esa conciencia nos da una certeza —la de ser más fuertes que ese mundo que nos condena a una especie de desierto diario— es también en esa conciencia donde se comprende que se está inevitablemente aislado para siempre. Es eso, pienso, lo que a menudo nos vuelve tan implacables.

Ideas como éstas se me ocurren hacia la madrugada, cuando —como sucede con frecuencia— dejo de vagabundear por las calles y penetro lentamente en una plaza. Ronda una especie de magia a esta hora, no sé qué, algo que me sería muy difícil explicar. Dentro de la ciudad dormida la plaza parece mucho más dormida, o quizá perteneciente a un universo que no es ni el de los días ni el de las noches, sino precisamente ese del que quisiera decir y no puedo, mientras pienso con orgullo que es necesario haber aguardado muchos amaneceres sentado en un banco para descubrirlo, y sobre todo para captar el momento exacto en que el encantamiento se quiebra como una campana de cristal y la vida recomienza a fluir vertiginosamente. A veces basta un soplo de brisa que entremezcla el follaje, o el zumbido de un motor, o la voz de un diariero. Pero el cambio siempre es brusco. De pronto, sin saber cómo, ya es de día. La ciudad surge, se mece, se agita enloquecida, penetra en la plaza, la atraviesa de lado a lado con mil lanzazos sonoros y ya no queda más remedio que partir. Digo partir porque en cada amanecer me encuentro un poco como huyendo de algo cuya existencia me es dudosa ni bien cruzo la calle y que luego añoro entre las paredes de mi habitación como se añora un país lejano y posiblemente inexistente. Y quizá por eso, porque acabo convenciéndome de que aquello que no existe sino a medias es a menudo lo único importante, es que vuelvo cada noche. Y cada noche avanzo entre los árboles estudiando con ojo de buen conocedor el lugar exacto donde me dejaré caer, mientras gozo de antemano ese silencio, esa

soledad, ese vacío donde todo cuanto veo me pertenece y será mío por espacio de algunas horas. No debe extrañar entonces la meticulosidad con que actúo, el cuidado que pongo en cada uno de mis gestos, los largos rodeos que me impongo antes de aceptar el banco elegido, quizá ubicado junto a un árbol, en un sitio que me parece ideal, ni muy iluminado ni muy en sombra.

Y que luego de haberlo descubierto aún siga dando vuelta por los canteros, mirándolo de vez en cuando de reojo para apreciar sus ventajas desde distintas posiciones, gozando del placer un poco infantil de retardar el momento de sentarme, prolongando la espera con esa especie de celo y meticulosidad que siempre nos asalta frente a la seguridad del descanso.

Esa noche había echado anclas en una plaza cualquiera, al fondo de una avenida cualquiera. En cuanto a él, ni siquiera sé cómo apareció. Lo vi emerger de un rectángulo de sombra como si estuviese atravesando una pared —primero la cabeza, los hombros y luego el cuerpo entero— y calculé maquinalmente que pasaría a un par de metros de mí. Pero lo que nunca pude suponer era que de pronto desviaría su marcha y vendría a sentarse allí, en el mismo banco. Mi primer impulso fue preguntarle por qué no elegía otro lugar —la plaza estaba totalmente vacía—, pero luego me contuve. Un poco por pereza y otro poco porque conozco a los caminantes nocturnos, y una frase mía hubiese sido quizá el pie que estaba esperando para dar rienda suelta a un palabrerío interminable. Pensé que si había venido a sentarse a mi lado tendría sus razones y que no me sería difícil olvidarlo. Suele ocurrir que a ciertas horas la gente busque la compañía de otro ser humano, aunque no le dirija la palabra, nada más que para tenerlo cerca. Por lo tanto giré ligeramente hacia la izquierda, de modo que quedé dándole la espalda, y me desentendí de él.

Pero aún no habían pasado diez minutos cuando el sujeto comenzó a hablar. Lo hacía en voz baja, confusa, con un murmullo incomprensible que poco a poco fue aumentando de tono. Ahoqué una maldición y me quedé quieto. El continuaba. Se dirigía a mí, era evidente, o por lo menos trataba de llamarme la atención. Pero me mantuve impassible. Más bien intenté borrar ese ronroneo de mi cabeza, esforzándome por no escucharlo, como cuando se desea suprimir un ruido que nos impide dormir. Por unos momentos esperé que, frente a mi mutismo, desistiese. Sin embargo eso parecía no molestarle demasiado. Continuó monologando como un obseso, sin pausas, sin matices, cual si estuviese rezando, totalmente ajeno a la indiferencia que le demostraba, como quien tiene la seguridad de ser escuchado gusten o no de ello sus oyentes. De cuanto iba diciendo, por otra parte, no entendía nada y lo único que me llegaba desde el otro extremo del banco eran algunas palabras sueltas. Aún intenté un par de veces y sin éxito lanzar la vista bajo los árboles y volver a hundirme en mi mundo. Quizá no sean ni mis respuestas ni mis opiniones lo que este tipo busca, pensé, sino tan sólo mi presencia para saciar su necesidad de hablar. Esta idea acabó por enervarme. Pero en el preciso momento en que me disponía a decirle que se fuera, de buen o de mal modo, el trozo de una frase me detuvo.

—... porque yo con mujeres nunca...

Recapacité unos segundos y luego giré la cabeza. Aparentemente ya estaba hablando de otra cosa, pero al advertir que lo miraba calló e inclinó la frente como avergonzado. Lo estudié cuidadosamente. Era un muchacho. Bastante más joven de lo que había supuesto, y no tenía en absoluto aspecto de sentirse muy desgraciado. Por lo menos esa fue mi primera impresión.

—¿Nunca con mujeres? — le pregunté con indiferencia al cabo de un rato.

—No — me contestó sin mirarme.

Algo, como una especie de complicidad, acababa de surgir entre ambos. Guardamos silencio. Yo como si estuviese meditando acerca del problema, él como si estuviese aguardando mi veredicto. Pero después de unos minutos descubrí que no tenía nada que decirle.

Entonces, ya que había logrado hacerlo callar, pensé en volver a lo mío. Y en efecto lo intenté. Disimuladamente le di la espalda y traté de concentrarme. Pero tampoco esta vez lo logré. Lo sentía allí, detrás de mí, esperando que dijese algo, mustio y callado como un perro al que acaban de apalear, y eso me ponía nervioso.

Me enderecé y lo miré de reojo. De inmediato cambió de parecer: tenía aspecto de desgraciado. Los hombros caídos, la espalda encorvada, las manos colgando entre las piernas. Miraba lejos, del otro lado de los árboles, como si de ahí tuviese que surgir la respuesta que estaba esperando. Saqué los cigarrillos y lo convidé, pero él sacudió negativamente la cabeza. De pronto, me sentí un poco responsable, quizá un poco culpable de su estado. Así, sin razón, como a veces se siente uno culpable frente a un chico que llora o a una persona que sufre. Y pensé que era necesario decir algo. Di una pitada a mi cigarrillo, solté el humo y luego, mirando para arriba, pregunté como al azar.

—¿Y cómo es eso?

Nunca mi voz sonó tan falsa ni tan forzada, ni me dejó tan desagradable sensación de algo a medio hacer. Sin embargo fue suficiente. Era justamente lo que había estado esperando. Y como si acabase de darle cuerda con mi pregunta comenzó a hablar de nuevo, en esa forma indescifrable y disparatada, comiéndose las palabras y confundiendo las ideas. Me habló de su familia, de algún amigo, de su confesor, sobre todo de su confesor, pero igual que antes no entendí nada. Después calló de golpe y se quedó como esperando.

—¿Usted es católico? — le pregunté.

—Sí.

—Gran cosa la fe — dije con aire de entendido.

—Sí — me contestó.

Volví a mirarlo y automáticamente él volvió a bajar la cabeza. Evidentemente tenía todos los síntomas del buen católico. Me asombré de no haberlo advertido antes. Debe ser por la hora, pensé.

—Así que es por la religión que usted no... — le dije.

—No, no es por eso — me contestó.

—¿Y entonces?

—No me gustan.

Bueno, si no le gustan..., me dije. Y de inmediato sentí cómo desaparecía esa pizca de responsabilidad que me había llevado a considerarlo con mejores ojos. Es probable que hubiese estado buscando un motivo, un pretexto para desembarazarme de él, y aparentemente lo había encontrado. Por lo tanto, una vez recobrada mi tranquilidad interior, totalmente libre ya, giré una vez más hacia la izquierda y comencé a sumergirme lentamente.

Detrás de los árboles toda la ciudad se extendía adornada. A lo lejos se oía, a intervalos regulares, como el ronquido de una sirena. Hora extraña, pensé. Y presa de un súbito deseo de intimidad me acurrugué todo lo posible en la punta de mi banco. Alrededor, la luz de los faroles se derramaba bajo el follaje con una quietud de estanque. Y hacia el fondo de ese estanque yo bajaba en silencio, suavemente.

—Algunas veces lo intenté, pero es inútil, ¡no me gustan, me repugnan!

Su voz sonó a mis espaldas como un estornudo y me hizo sobresaltar. Había en su acento un dejo de desesperación sorda, como si quisiese convencerme de que estaba diciéndome la verdad, o quisiese hacerse compadecer. Pero en ese momento ya estaba comenzando a

odiarlo, porque era sin duda odio ese cosquilleo que me subía por el cuerpo mientras miraba torquemente y de reojo su nuca, su perfil angustiado, su figura encogida. Razoné un poco y luego, lanzando un breve suspiro, dije con tono grave.

—Conocí a más de uno que por mucho menos terminó pegándose un tiro en la sien.

Lo sentí girar vivamente la cabeza y, aunque no me moví, pude advertir el principio de espanto que acababa de dibujársele en la cara.

—Es triste —agregué— pero frente a ciertos problemas no quedan sino dos caminos: adaptarse o eliminarse.

Cuando volví a mirarlo se había echado hacia adelante y con los codos sobre las rodillas se apretaba la cabeza entre las manos. Pero ni bien amagué volver a mi posición lo vi estremecerse todo entero, como si acabasen de tocarlo con un cable eléctrico. Se incorporó de un salto y me miró. Intentó decir algo, se trabó, puso los ojos en blanco, hizo una media docena de muecas absurdas y, cuando ya creía que iba a ponerse a llorar de desesperación, gritó.

—¡No puede ser! ¡Tiene que haber alguna salida!

Y más que un grito fue un aullido que acabó en un sollozo cerrado. Inmediatamente giró sobre sí mismo, se desplomó en el banco y volvió a tomarse la cabeza.

Me crucé de piernas y encendí otro cigarrillo. Me sentía un poco como si acabase de derrotar a un bravo rival o superar un difícil obstáculo. A veces me asombra comprobar hasta qué punto puedo explotar en mi favor un detalle insignificante o un acontecimiento sin importancia. Pero el placer que experimentaba al pensar que la noche al fin me pertenecía aumentaba con la sensación aún latente de que todo había estado a un tris de perderse, con el gusto del peligro superado.

Aquí estamos, en el centro mismo del universo, me dije abriéndome todo entero. Y en efecto, el follaje, la

luz espesa y el silencio tejían en torno como un óvulo tibio. Eché el cuerpo hacia atrás y elevé la cabeza. Entre dos ramas, como una ventana sobre la noche, podía descubrir algún par de frías estrellas y contemplarlas largamente. Es en esa posición que a menudo me acuerdo de otra ventana, hace años, las tardes de lluvia tras los vidrios, el calor de la cocina. De nuevo en casa, me digo. Y es así, sin duda. Cuando se advierte con demasiada claridad la pérdida de ciertas cosas que pertenecieron a ese otro que fuimos en un tiempo, se acaba por crear nuevos mundos donde extraviarse y osombrarse un poco. No es necesario ver en ello nada especial, ni siquiera un acto de fe, sino apenas, quizá, una inocencia adulta y algo desesperada. Pero también esta vez mi bienestar duró poco. Allá por la avenida bramó un coche lanzado a toda velocidad, lo seguí mentalmente, hasta que se perdió entre los edificios con un zumbido apagado. Y tras el zumbido, como continuándolo, su voz surgió nuevamente a mi lado, pausada y oscura, regulada por una resignación sin límites. No había hecho un sólo movimiento, seguía apretándose las sienes y en esa pose de vencido, la vista perdida por el suelo, hablaba. Durante quince o veinte minutos me relató una larguísima y atribulada historia. Aquellas dudas de los primeros tiempos, el encierro paulatino, las ideas descabelladas que se le habían cruzado por la mente, las luchas interiores, las noches de insomnio, el pavor y la sorpresa de la primera experiencia. Todo lo escuché sin pestañear.

—No quería —dijo al final—; hice todo lo posible, pero fue inútil, inútil...

Repetió esa palabra una media docena de veces.

—Pero aquello... —le dije—. Quiero decir: ¿le gustó?

—No.

—¿Tampoco?

—No, me pareció horrible.

Seguía mirándose los pies y estaba tan encorvado sobre sí mismo que esperé verlo caer hacia adelante

de un momento a otro. Después, con el mismo tono patético, con la misma lentitud, me contó cómo ese día había andado dando vueltas por la ciudad, enloquecido, desesperado, sin saber qué hacer, sin saber a dónde ir, sin saber siquiera qué estaba buscando. Y de qué modo, al anochecer, después de tanto tiempo, todo había vuelto a derrumbarse.

—¿Y cómo? —le pregunté.

—No sé —balbuceó—; estaba en el ómnibus, me miraba... cuando bajó yo también bajé.

Fue en ese momento, al levantar la vista, que divisé al viejo. Primero vi su sombra aparecer y desaparecer un par de veces entre los troncos, en el otro extremo de la plaza. Luego irrumpió bajo un farol y se fue acercando. Se movía despacio, arrastrando los pies, y llevaba un bulto sobre los hombros. A unos veinte metros de nosotros se detuvo junto a un banco. Entonces pude verlo mejor. Nos miró, se irguió un poco y nos insultó. Después, con movimientos torpes, dejó el fardo que traía, volvió a girar en nuestra dirección y siguió insultándonos vehementemente. Tiene razón, pensé mientras lo observaba curioso. No porque hubiese algún motivo especial, pero siempre fui de la idea que si un individuo se parase en el medio de la calle y comenzase a insultar a los transeúntes sin duda tendría razón. Cuando se hubo cansado de vociferar acomodó sus trapos en el banco y se acostó. Durante un rato se revolvió, buscando la posición más cómoda, y aún levantó la cabeza una última vez para gritarnos: ¡Roñosos! Después se quedó definitivamente quieto. Mi compañero ni siquiera parecía haber advertido su presencia.

—Estuve pensando —comenzó diciendo al cabo de un rato. Pero se contuvo súbitamente, como asaltado por una duda. Lo oí respirar con fuerza.

—Estuve pensando —continuó—. Usted tiene razón. No me queda otro remedio. Será mejor que me mate.

A partir de ese momento y contra mis suposiciones, no volvió a hablar. Pero ya la noche estaba perdida. Pasaron los minutos. De vez en cuando lo miraba, miraba al viejo, me miraba a mí mismo, nos veía a los tres allí, cada uno con sus cosas, aislados el uno del otro, aislados del resto del mundo, y no podía evitar pensar qué distinto podía ser ese lugar en otras horas, durante el día, por ejemplo.

Después, lentamente, comenzó a aclarar. Una luz vívida descendió desde lo alto y en todas partes las cosas se fueron animando con un suave parpadeo. Se mezclaron, se confundieron, como bajo la invasión de un ejército de hormigas transparentes. La noche huía a grandes pasos arrastrando con ella su tibia seguridad. Desaparecieron las sombras, los retazos de luz, y en torno todo se volvió escurridizo e impersonal.

—Bueno, es hora de irse — dije a modo de despedida.

Y sin esperar respuesta me levanté, me desesperé un poco y me marché. El viejo roncaba cuando pasé a su lado. Cruzé la plaza, gané la calle y me alejé rápidamente. Pero aún no había andado cien metros cuando sentí que alguien caminaba detrás de mí y se me ponía al lado. Entonces me detuve. Durante un par de minutos nos quedamos parados frente a frente. Alrededor la ciudad comenzaba a murmurar, se iba animando con una ebullición lenta. En alguna esquina chirrió dolorosamente una cortina metálica. Más allá contestó un golpe seco. En otra dirección un rasgido prolongado como una queja inhumana. Y en todas partes voces, llamados, gritos, murmullos extraños y turbadores, como si una selva fantástica y tenebrosa nos rodease. Un colectivo pasó atronador a nuestro lado y lo absorbió todo. Cuando se hubo alejado, de pronto, pareció reinar un silencio absoluto. Y en ese silencio, rodeado por la fría claridad matinal, él seguía allí, parado en la mitad de la vereda, pálido, un poco encogido, no se movía, no decía nada, y me miraba.

Ache A.

¡INDIO VIGILA!

CeDInCI
Que te acecha la metafísica radiactiva de nuestras confortables escuelas para regalarte el cerebro del cosmos invertido en los apolos sintéticos del buen vestir.

¡Sigue cantando tus vidalás!

Haz que crezca un océano más grande que el de los españoles para que este raciocinio se guarde con tu oído debajo de tu traste.

Ignora la curiosidad... no sea que nuestros omelets te conviertan al comunismo!

Toma tu lanza antes que te bendigamos con pantalones de franela, apestados de igualitaria fraternidad por estas largas noches de parquets arrugados que son las grandes ciudades de confusa y prepotente comunicación!

¡Aguanta tu resentimiento!

Que nuestro psicoanálisis te promete consuelo y a nosotros ya nos vendieron los sobres impermeables de bolsillo con la primer cachetada de la vieja apuntalando la estrategia y la táctica con que lengüeteamos, impunes, a los desplazados, cuando tenemos hasta plantas experimentales de justificaciones amasadas con sacrosantos sacerdotes engordados a "Rockefellers Grúas Colectivas" donde venimos sublimando nuestros ahorrativos valores del vacío... Y está haciendo falta ponerle un traje de Suixtil, ya que evolucionamos de estilo, para que no molestes con tu servil orgullo y puedas gozar literatura con nosotros.

No cambies la mugre de la tierra por nuestras perfumadas sábanas!

Mira que aquí los rebeldes lloran su destino, sin poder trocar su condición, porque te lo dije, no basta el Cristo si queremos ganarnos un lugar en la posteridad roja o blanca (poco importa) de los mullidos ideales de nuestros sudorosos antepasados, que no nos hace más imbéciles aunque algunos poetas quieran borrar la historia y la continúan, acogotando sandwiches, mientras reposan entre estas víboras bondadosas: superhombres de bombas de cobalto que aún no aprendieron el eco de gritar Basta!

No te dejes impresionar por las pestañas pintadas ni por los water-closets. Mira que somos suaves y discosos como place al buen gusto, consumiéndonos sin remedio de los Vaticanos con que nos maldice Dios el vanidoso, por medio del Humano Progreso...

Entretanto voy, gráfica, sincera, no creo en nada de lo que me sucede, abro mi permanente puerta, —la madera es una conquista nuestra—, y deshago mi ser entre pies de hombres que desean cortinas felpudas escupiéndome, por que el reino de los cielos germinará por complacencia de sombreros gastados en humildad!

¡Despierta!

No te olvides de los héroes, recuerda que si Lumumba supiera cuan distinta es la traición que tejen las causas a sus héroes, se habría trasladado del asesinato de sus verdugos al suicidio de sus víctimas.

Mira que perdió su corazón infantil frente a dólares exploradores de planetas en futura digestión televisada, y hasta los respetables cementerios se olvidaron.

Perderá como tú —si te dejas embaucar— entre noticias, trajinarás tu nada, inquiriendo todo y ese derecho cruel de aquella esperanza con que te avisamos, lograrás apenas adornarlo, aunque el alumbamiento florezca mitos y señale siglos.

Agosto 1961.

A PARTIR DEL PROXIMO NUMERO

ECO DE LAS PROVINCIAS

ECO CONTEMPORANEO 5

PRIMER MANIFIESTO MUFADO
LITERATURA ARGENTINA: rebelión rebelión!!
REDUCIDORES DE CABEZAS en el ECUADOR
NUEVOS ESCRITORES DE MEXICO
OCHO MESES CON LOS INDIOS DEL AMAZONAS
CUBA 1963 vista desde USA y la URSS
CARA A CARA con HENRY MILLER

Los números anteriores pueden obtenerse en el
Quiosco de Pedro, Avenida Corrientes 1555

Gregorio Kohon

LOS ARTESANOS

Sé que Ellos nunca me entendieron. Es más, ahora que llegué hasta aquí y estoy solo en esta pieza, me digo que debería estar alegre y casi lo consigo sin esfuerzo. Sé que el error fue mío; nunca pude ni supe expresarme debidamente. Mi alegría candorosa, pendulando entre el cinismo y la imbecilidad, me da una apariencia ligeramente frívola. Y eso no me ayudaba. En los momentos de más pura dialéctica yo optaba por callar porque pensaba que los hombres se comunican por el habla pero llegan a comprenderse por el silencio. Además, había algo en mí que los hacía rechazarme casi por instinto. Había aprendido desde niño que hay algo así como un índice señalador apuntando a los que emprenden la difícil tarea de estar solos; y a través de mi escasa experiencia, pude comprobar cómo el grupo rechaza siempre a los marcados.

Ellos me vieron llegar con una sonrisa en los labios, un montón de papeles y una esperanza seca pero viva. Los saludé uno por uno como viejos amigos. Después de todo, pensaba, compartimos el contigo, el ahora, la artesanía, la ciudad. Desvirtuados y desvirtuadores, yo creí en ellos. Me dieron en cambio y como muestra de su hazaña, los fragmentos dispersos de lo que habían hecho hasta entonces, pequeños caminos vanidosos que creían construidos para una próxima eternidad antológica. En última instancia, no hago sino engañarme una vez más.

Me convencí que los necesitaba, que me estaban brindando el apoyo espiritual que en esos días oscuros me faltaba. Agradecido, casi contento y emocionado, volvía a mi cuarto en aquella casa pequeña y desaliñada, comía algo, me lavaba los dientes y luego me decía en voz baja: "Empezaste, Gregorio, ahora dale duro".

Hasta aquí llega la noche, terrible, desdenosa, egoísta. Un gusto en la boca, ese hilo de baba amarga ascendiendo hasta la palabra y el saludo contenido. No canso de repetirme que Ellos tienen la culpa de lo que pasó. Pero yo sé bien que siempre tratamos de justificar nuestras actitudes, siempre encontramos un pero nuestro y un pero ajeno, algo con qué justificarnos.

Hasta aquí llegan voces humanas, humanas, humanas, gritos... pero, ¿dónde está el hombre, dónde?

Mi vida y yo mismo fuimos siempre considerados como algo superficial. Yo sufría y no porque me interesase hacerles entender otra cosa de la que entendían. Recordaba con ardor las palabras de Sacha: "el artista se ve irremediadamente superado por su obra e incluso en el momento de hacerla, no sabe lo que está haciendo ni lo que va a resultar".

Lloraba como un niño. Así, noches enteras, días interminables.

José decía que yo estaba predestinado a ser un hombre importante. La señorita Cora me consideraba gentilmente: de todos los chicos que merodeaban por la casa, el único que recibía un huevo de chocolate en vísperas de fiestas, siendo judío, era yo. El señor Amadeo, que era tan parco y tan serio, una vez, antes de morir, me regaló un trompo y un llavero y me dijo "Te los mereces, sos un betete de pasta". Acomplejado por la estafa que cometía, atinaba a sonreír humilde y enigmáticamente. ¿Quién era el gato y quién el ratón?

Creo que la señal está en los ojos y en las manos.

Tacho lo que acabo de escribir, no creo que El también pertenezca enteramente a Ellos. Por demás, el único peligro que corro es el de que me denuncie. Y eso no me asusta. Los sentimientos que tengo en El arraigados me hacen pensar que es distinto y así lo quiero creer. Interiormente, sabe que algo pasa y trata de adivinar en mi silencio o en mi mirada la crueldad de mi acto. De todas maneras, creo que la falla en mí reside en no tener fe. Fe, digo, y pienso que si la pudiera tener por un instante siquiera, quizás me arrepentiría, quizás ahora mismo me entregaba para que me juzguen con sus códigos, con sus jueces, con sus letras muertas y calcinadas. Pero, eso ya pasó para mí.

Nuestra unión es imposible. Creo que una extraña era histórica está por llegar. Una edad horrenda, bestial, despiadada, majestuosamente catastrófica, no sé, llena de misticismo sobrehumano. Pero presiento también un renacimiento

indescifrable. Y nosotros, que estuvimos jugando a hacer algo en serio, a superar a nuestros padres, a hacer un cortej de mangas a todo lo hecho, ¿qué papel nos va a tocar desempeñar en medio del tumulto, arrojados como estamos con la esperanza muerta?

Lo más desalentador es pensar que los Otros no son demasiado distintos.

Hasta los doce años crecí en estado de alerta, estéril por lo temprano. Más de una vez, jugando a la pelota en la calle, me sentí de pronto espionado por un par de ojos. Giro la cabeza y una puerta se cierra despacio. Otras veces, en lo de Víctor, recubiertos de imaginación, miro hacia el galponcito y la luz que se enciende y se apaga, se enciende y se apaga. Algo así como el orgullo me invade al pensar que aquello que me acechaba desde tan temprano, me iba fortaleciendo oscura y serenamente.

Menos mal que Ellos estaban allí —me repito con una seguridad de cogollo altivo que me hace sonreír—. Ahora que ya está hecho, después de superar toda tentación de volver atrás, después de llevar el paquete como un chico lleva su juguete nuevo, a escondidas de los demás chicos, después e pedir un café, agazaparme, dejarlo sobre las baldosas frías, después de pagar y salir a la calle, respirar sin dificultad, reír, reír; ahora, digo, un presentimiento de lo desconocido, de lo próximo y ciego, me sobresalta. Y miedo no es lo que tengo.

Aprendí a odiarlos serenamente, poco a poco, casi con argumentos.

El triunfo, la carrera hacia un horizonte que en el fondo odiamos, la puerta abierta al océano, ese océano engañoso y terrible, donde una vida ignorada nos arrebatara nuestro saber a medias, nuestro inútil conocimiento, la llegada a tropezones aunque con el corazón generoso, el saludo fuerte, la mano tanteando lo intangible. Para nada sirven sin amor. Y Ellos no saben lo que es amor.

Me dijeron que el estallido produjo muertos suficientes. Me carcome la incógnita por saber si Ellos estarían todos allí. Me sentiría abatido y menesteroso si después de tanto planear y volver a planear, hubiese fracasado.

No me lo perdonaría.

Diciembre de 1962.

CUATRO POETAS MEXICANOS

Selección y notas de Sergio Mondragón

Vicente Alverde

Cuerpos de mujer se agitan
cuerpos negros desnudos.
Negros sus pechos
negros sus muslos con luna.

Mi lengua rabiosa
gime por su saliva.

Borrascosos torrentes
de deseos afilados.
Estómago agrio
tragándose el pecho.

Y la naturaleza, cínica,
expectora risa.

Entonces el semental arrastra al hombre
a las cloacas de lo inmundo.
Mientras que en el viento
un olor a jazmín y a sábana se desvanece.

● **Vicente Alverde**, 23 años, vagabundo, ha recorrido el mundo, hoy ya vive en México, la ciudad sobre el abismo.

Desencapsulamiento

Yo recomiendo el magnicidio.

Yo digo: asesinemos al poderoso, al que conduce, encauza, somete, habla por todos, y ha tomado los lazos y el látigo.

Y digo también que cometeremos un segundo magnicidio.

Porque el primero en la purificación será reemplazado por otro.

Y esperaremos.

Y el aire será más limpio mientras tanto.

Y haremos el amor.

Y caminaremos por las calles lluviosas.

Sin rumbo, tomados de la mano: tu mujer y tú, tu hijo y tú, mi mujer y yo.

Y iremos.

Y el aire será más limpio mientras tanto.

Y seguiremos esperando.

Y habrá un tercero que suceda al segundo poderoso asesinado.

Y lo mataremos también.

Y el aire seguirá limpio.

Y nuestras manos serán como héroes necesarios.

Pero vendrá un cuarto, un quinto, un sexto, un noveno, un décimo, un vigésimo, un centésimo, un milésimo que reemplazarán y serán reemplazados a su vez.

Porque los hemos de matar a todos.

Hasta que el poder inspire miedo. Sea una condena de muerte, un pedestal dorado pero deleznable.

Así purificaremos la vida.

Levantaremos nuestros nuevos poderes: el sol, la noche, el viento, la lluvia, el amor, la solidaridad, los cuerpos.

Sobre el hombre con vocación al poder, y sus intermediarios, y sus mensajeros y sus siervos, sus apolo-gistas y sus profetas, nuestros poderes.

- Homero Aridjis, 22 años, ha publicado dos libros de poemas por su cuenta, y se le hace víctima de burlas y cuchufletas, no pertenece a la "inteligencia" mexicana.

Rosario Castellanos

LINAJE

Hay cierta raza de hombres
(ahora ya conozco a mis hermanos)
que llevan en el pecho como un agua desnuda
temblando.

Que tienen manos torpes
y todo se les quiebra entre las manos;
que no quieren mirar para no herir
y levantan sus actos
como una estatua de ángel amoroso
y repentinamente degollado.

Raza de la ternura funesta, de Abel
resucitado.

NOSTALGIA

Ahora estoy de regreso.
Llevé lo que la ola, para romperse, lleva
—sal, espuma y estruendo—,
y toqué con mis manos una criatura viva:
el silencio.

Heme aquí suspirando
como el que ama y se acuerda y está lejos.

- Rosario Castellanos es autora de varios libros de poemas y de la novela "Balún Canán" traducida a varios idiomas.

LA FUERZA DEL AMOR

Transportada en andas,
traída desde la cima por halcones blancos,
retorna a la tierra la fuerza del amor
embriagada por el recuerdo de su travesía.
Pálidas redes marcaban su cordaje en los frutos
prisioneros.

Eriales y cortijos disfrutaban de una pedrería .
[incendiada.

Y fue entonces cuando decidimos amarnos otro siglo,
vivir para siempre en la sangre de uno de los dos,
entre cortinajes corridos,
de cara a los momentos que no vuelven
porque nunca han de morir.

Desde entonces se oye la misma ola inmensa,
el mismo látigo rampante haciendo pedazos la espuma
congelada,

el mismo diálogo, el mismo amor
anegado por impalpable lava:
tú y yo aurigas gemelos, sujetando las guedejas
de la noche,

inventando el reverso del tiempo
aunque fieros farallones se reclinan sobre mi bastón
de vidrio,

aunque los cuervos fantasmales desportillen tu rostro
lentamente

y las aguas supremas de la muerte aflojen a cada golpe
el más preciado tablón de nuestra nave.

• M. A. M. de Oca tiene unos 30 años, y ha publicado el libro
"Delante de la luz cantan los pájaros", Fondo de Cultura Eco-
nómica, 1959.

Max Aub

EL COJO

CeDInCI

Desde aquel último recodo todavía se alcanzaba a ver el
mar. Las laderas se quebraban en barrancos grises y pardos y
se allanaban a lo lejos, en eriazos con rodales. Hacia arriba los
cerros aparecían pelados como si la tierra estuviese descortada
en terrazas sucesivas, sin hierbas ni flores: sólo los sarmientos
plantados al tresbolillo, como cruces de un cementerio guerrero.

Los jorfes, cubiertos de zarzamoras y chumberas cuadrulaban
la propiedad siguiendo, geoméricamente, los pliegues del ter-
reno; la carretera serpenteaba, cuesta abajo, camino de Motril, y
el polvo caminero se salía de madre: las callejas, las madrese-
vas, los cardos y otras hierbajos cobraban bajo su efecto un aire
lunar, y los juncos más lejos, se defendían sin resultado: lo verde
vivo se cargaba de piedra, lo cano era sucio, pero lo que perdía
en lozanía lo ganaba en tiempo: aquel paisaje parecía eterno;
el polvo se añascaba por las ramas más delgadas: para quien
gustare verlo de cerca parecía nieve fina, una nieve de sol, e
mejor harina grisácea, molida a fuerza de herraduras y llantos
y esparcida por el viento. Los automóviles levantaban su cola de
polvo: por el tamaño podía un pastor entendido en mecánicas,

que no faltaba, estimar el número de caballos del armatoste, y su velocidad. Desde aquel hacho se divisaba siempre una teoría de carros, camino de Málaga o, en sentido inverso, hacia Almería. Tiraban de ellos dos, tres o cuatro caballerías, mulos por lo general; todos los carros con su lana grisácea puesta, color de carreta, y con el carrero durmiendo, a menos que bajara acometido de alguna necesidad o a liar un cigarrillo en compañía. Chirriaban los ejes, las piedras producían boches de vez en cuando

El carretero no suele ser hombre de cante, que es cosa de campos; aquello era el paraíso de las chicharras, es decir: el silencio mismo. No se sudaba: los poros estaban cerrados a lodo por el polvo, la piel se corría del cetrino al gris, el pelo de moreno a cano. El aire se podía coger con los dedos de calientes y pesado.

Desde allí los que iban a Motril husmeaban el mar; los que llegan no se dan cuenta que pierden horizonte: bastante tienen con el cielo.

En aquella revuelta, vuelto el cuerpo hacia Málaga, a mano izquierda se parte de la carretera un camino de herradura con sus buenos doscientos metros, empinado con él sólo, viene a morir a la puerta de una casucha, chamizo o casa de mal vivir, en el sentido estricto de la palabra. Allí vivían "La Motrillera", su marido "El cojo de Vera" y una hija de ambos, Rafaela Pérez Montalbán, único retoño de diez paritos fáciles. Tan fáciles y rápidos que cuatro de ellos tuvieron por taldó copas verdérgises de olivos; lejanos de toda habitación, anduvieron huérfanos de toda asistencia: como siempre se había equivocado de fechas, el hombre trabajaba lejos y allá iba ella con su berrigón a llevarle la comida por mediodías imposibles y boncales poco propicios.

Llegaba tropezando en surcos y piedras, sucia del sudor de los dolores y de su voluntad de no parir hasta volver a casa, el hastial lanzaba su maldición y su tacho, cortaba el cordón umbilical con su navaja de Albacete lavada con el vino que le trajera la cónyuge para el almuerzo. La sangre corría derramada ya sin dolor, el crío se liaba en el refajo; según donde se hallaron o él se la cargaba en hombros o la proximidad de algún vecino permitía unas primitivas angarillas. Otra vez que él andaba renqueante, volvió a pie. "Todas son iguales —solia comentar con el compadre—. No acierta nunca". Ella enfermó una vez y estuvo veinte días con calentura. Se le pasó por las buenas y la criatura vivió por milagro. Fue la última. En aquellos trances la madre solía ver las cosas turbias, tras una pantalla de algo desconocido que acababa por caer rodando sobre su corpiño por no hallar mejillas por donde correr. Cetrino, vestida de negro, con

los años se le había ido abombando el vientre, y ahora tenía la costumbre de cruzar los manos al nivel de su cintura de manera que descansaran sobre el abultamiento de su abdomen, como sobre una repisa. Ambos eran callados y no se enteraban de las cosas fuera del área de las tierras a cultivar. A cultivar para el amo como era natural. Los tenían por gente extraña, no extravagante, pero sí extranjera; no era de la tierra y se habían quedado ahí, lejos del pueblo, sin contacto alguno. Vivían y no le importaba a nadie, posiblemente ni a ellos mismos. El Cojo era pequeño, escuálido y todavía más parco en palabras que su consorte. Parecía tenerle cierto rencor a su voz, porque el Cojo de Vera había sido un buen cantaor; nunca tuvo una gran voz pero sí le salían rancos, hondos y con gracia los fandanguillos de su tierra: ese lamento amargo de los mineros de Almería lo expresaba con naturalidad y sentimiento. Porque había sido, a lo primero, minero. Minero de esas sierras de entraña rojiza que corren de Huerca a Baza; el polvo que respiró por aquel entonces le fue, más tarde, minando la voz cuando vivió de ella, en Málaga. El Cojo de Vera conoció su época de gloria, no había noche sin juego ni amanecer que él no viera. Aquello duró poco, la voz se le fue muriendo. Primero se espaciaron los clientes, luego fueron bajando de categoría, el papel se fue convirtiendo en plata; los jolgorios en merenderos y aguaduchos en largas esperas en trastiendas de burdeles, perdidas en lentas conversaciones con ciegos tocadores de guitarra. Entre los risas del bureo cercano no se oía distintamente más que aquel mecánico "Dame diez céntimos para el contador del gas", seguido el sonido de hucha que hacía la calderilla al caer en el armatoste. Las mujeres eran morenas, tristes, sucias y honradas, "tú que te has creído, yo soy una mujer decente". "La peque" que por seguir la corriente solía tener fama de perversa, no bajaba casi nunca, retenida "arriba" por su clientela de canónigos y hortereros. El amanecer no estaba hecho para dar lustre a las cosas. Con las primeras luces solían ir a tomar café a una plazuela donde corría un airecillo y olía a jazmín. Se caían de sueño, y los ciegos se marchaban en hilera con el bastón a la derecha, la guitarra en el sobaco izquierdo. Nadie sabe a que menesteres hubiese bajado el Cojo cuando una noche de junio para adorno de una juerga se lo llevaron a Motril y lo dejaron allí, por hacer una gracia.

Dando una vuelta por el pueblo, que no conocía, se cruzó con la Rafaela y como no carecía de salero no tuvo que insistir mucho para que la chavala se fijara en él. Se quedó allí. "¿Qué haces?" —le preguntaba la mocita. "Chalaneo" —le respondía.

Y ella se daba por satisfecha. El seguía ganando su vida como podía: lecho no le faltaba. Una noche en que prestaba sus ser-

vicios entre gente de paso le reconoció un señorón de los de la tierra, don Manuel Hinojosa. "¿Dónde te has guardado aquella voz?". "Aquello se acabó, don Manuel". "¿Y qué piensas hacer?". El cantaor se encogió de hombros, don Manuel tenía el vino generoso y en uno de los descansos mientras los amigos estaban "arriba", como el Cojo le hablara de la muchacha, arrastrado por la mucha manzanilla que el rumbo de los mequetrefes descorchaba, el señorón le dijo de pronto: "Quieres una collocación?". El amontillado le abrió la espita de la filantropía: aquella mañana había rechazado con mal humor el arriendo de aquella casucha, sus viñedos y sus cañaverales a varios campesinos a quienes debía algunos favores electorales, pero ahora, de pronto, con el calor del alcohol en el estómago y un vago optimismo en la cabeza le hacía gracia convertir aquel infeliz testigo de sus jolgorios en trabajador de sus tierras, un capricho que se pagaba. "Con tal de que tengas por allá algunas botellas de la Guita y una guitarra, por si caemos por allí". Se rió. "Y esta niña? ¿Es de la casa?". El Cojo puso cara seria. "No, hombre, ya sabes tú que yo no...". En efecto, aquel hombre acompañaba a los amigos, era buen pagador de escándalos pero su condición de acudado le permitía mantenerse aparte de ciertos contactos que por lo visto juzgaba poco en armonía con sus posibilidades. Esos aires de superioridad, de juez de los divertimientos ajenos y árbitro de los placeres, que pagaba el vino y a veces hasta las mujeres, le proporcionaba andar siempre rodeado de una corte de aduladores capaces de las más extraordinarias bajezas. Nunca consideró como hombres los seres que le rodeaban. "Es una chica decente" —dijo el Cojo con cierta vergüenza. Ei amo se echó a reír. Aún le duraban los hipos y los borrigos cuando bajó el tropel de sus falseadores.

Y allá se fueron, después de las bodas, el Cojo de Vera y la Matrilera; el trabajo era duro y más todavía para él que había olvidado en pocos años lo que era el mango de una herramienta y no había conocido apero. El sueldo era de seis reales al día. No se quejó nunca pero apareció mudo y se le fue ensombreciendo el rostro como a ella que, como mujer leal, se le fue pareciendo a medida del tiempo pasado; y así fueron paridos al azar hasta nueve varones y una hembra. Esta y uno de aquellos sobrevivieron sin más razón que la casualidad. El chico murió de cinco años atropellado por un automóvil que desapareció sin rastro. Los enterrios fueron los faenos más desagradables de todos esos años.

Allá a la derecha quedaba Narja; el mar de tan azul destañó sobre el cielo. Aquello era el rey de la Miel. La costa era abrupta pero sin festón de espumas: la mar se moría de quieta.

Las rocas y los peñascos, se podían ver los pies limpios dándoles mil colores a las aguas. Las barcas, con su vela terciada, entretaban sus caminos. Veleros pequeños, peces pequeños, vida pequeña, miseria bajo un cielo unicolor. Monotonía terrible, falta a agua, sólo los geranios rompían lo uniforme y crecían a la buena de Dios. Sobre los trébedes los pucheros de barro y con el espínazo roto aventar las brasas. Las berzas, el gaspacho y demasiado pan. Así un día y un año y otro. Las cañas de azúcar se escalofriaban en los aires y silban. Mirando a lo alto, hacia la derecha, los olivares y los espartales, el polvo, más arriba la sierra entre azul y morada: abajo todo es parduzco, gris sin color, verde patinado. Allá enfrente se adivina Málaga con un ruido de vida olvidada. La vida cae como el sol, entonces. Trabajar, sudar, sentarse en las piedras cuando no se hace sombra a esperar, bajo el olivo más cercano o con el jorfe más propicio, que le traigan a uno el almuerzo, idéntico al de ayer. Ni ella se acuerda del nombre del Cojo de Vera ni él del de ella. Ya no se hablan casi nunca, los ojos se les han vuelto pequeños porque ya no tienen que mirar. Viven en su noche. La Virgen de las Angustias lo preside todo con manso amor.

El Cojo, de vez en cuando le echa unas miradas a la niña.

¿Cómo ha crecido? ¿Cómo han podido pasar esos diez y ocho años? La medida del tiempo se la dan cepas, olivos y cañas, el metro humano se le escapa y sorprende. Se le menean las teticas que deben ser blandas. El padre corta con su navajo su pan de algodón, mira sin ver hacia la almarcha. ¿Cómo han pasado esos diez y ocho años? No se contesta. Mira la almanta que acaba de trazar, ¿le dejará el amo plantar tomates? Ya le dijo que no, pero él piensa insistir y si vuelve a negar los plantará de todas maneras; nunca viene por aquí. Masca el almudrote con sus dientes blanquitos. No podrá pagar si no planta los tomates y el señor tiene a meno que su tierra los produzca. "Eso es bueno para los que no tienen extensión y quieren que una fanega les de un poco de todo. Ya no soy de esos". Pasan unos grajos gañiendo. Tendré que ir a Cerro Gordo...

Por una historia de lórgica saltada apareció por allí un Juan Pérez cualquiera, carrero de Vélez-Málaga. Un tanto burbullista y fandanguero el mozo, pero su misma media lengua le da un toque gracioso. Se acostumbró a descansar unas horas en la casucha, cada diez o quince días, al paso. Se encaprichó con la moza y la moza de él; las cosas vinieron rodadas. A los padres

no les pareció mal (se entendieron con un gruñido y un encogimiento de hombros) y los casaron, la chica hace tiempo que tenía ganas de saber como era "eso". Debía correr por entonces la Navidad de 1935. La niña se fue con su marido a vivir a Vélez-Málaga; sus padres se quedaron en el recado, esperando la muerte, los enterrarían en la hoyanca de Nerja, el camino era largo, hacía tiempo que él no lo había hecho, pero, por una vez!

De la proclamación de la República se habían enterado sin comentario, de los Asturias ya se había hablado más, el yerno mismo y Alfredo el Pescadilla, el carrero que bajo su lona les traía las pocas cosas que necesitaban. Le llamaban el Pescadilla porque, a veces, si la casualidad lo quería, solía traer pescado para venderlo a su clientela. En su carromato se encontraba de todo: botijos, velas, chorizos, palillos, criollas, lencerías, papel de escribir y de adorno, jabón y cintas de colores, azafrán, pozales, toallas, horquillas y perfumería, broches y espejos, neceseres y todos los encargos que le hubiesen hecho la semana anterior.

Al Cojo todo aquello de la República y la revolución no le interesaba. El no era partidario de eso. Las cosas como eran, si así las habían hecho, bien hechas estaban y no había porqué meterse en honduras. Eso era cuestión de holgazanes. El —que ha vivido lo suyo— lo sabía. Que cada uno coma su pan y que no se meta donde no le llaman. Los señoritos son los señoritos. Ya sabemos que son unas tantinas: veinticinco años después el Cojo seguía teniendo el mismo concepto del mundo que cuando vivía en la promiscuidad de los prostíbulos malagueños. No se podía figurar el mundo ordenado de otra manera. Y en el fondo le quedaba un resquemor contra sus primeros camaradas, los mineros, que, al fin y al cabo, le habían estropeado la voz, produciendo tanto polvillo rojo "que lo penetra todo". La madre ni siquiera oía, encapazonada bajo el techo de sus partos y sus ropas negras. Una mañana, allá por agosto del 36, vinieron dos hombres del pueblo a quienes conocían apenas, con escopetas de caza al hombro, "Salud". "Hola". "El Comité te ha asignado esta tierra, desde la cerca aquella al barranco, del baranco para allá la debe de trabajar Antonio el Madera". "Ya has tenido suerte, había quien quería dejarte fuera de la colectividad". "Tienes que bajar al Comité". Y se fueron. El Cojo se encogió de hombros y siguió haciendo su vida de antes, como si nada hubiese sucedido. Una mañana se encontró con el Cuchipato. "¿Qué haces por aquí?". "Esta tierra es mía". El Cojo le miró con desprecio. "¿Es que don Manuel te la ha vendido?". El hombre dijo: "Bien". Y le volvió la espalda. Le llamaban el Cuchipato porque andaba un tanto espatarrado.

Se lo llevaron a la mañana siguiente entre las dos escopetas de caza, terciadas en las espaldas. Los cañones relumbraban al sol. Bajaron hacia el pueblo, había dos kilómetros de buena carretera. Uno de ellos, el que iba a la derecha dijo: "Bueno está el campo del Francés". Los otros asintieron sin palabras.

Hacía demasiado calor para hablar. Al Cojo no se le ocurría gran cosa, andaba, se daba cuenta de que sus miembros acogían con gratitud aquel paseo. "Y si me matan, que más da, para lo que le queda a uno de vida... Ya me he levantado, me he vestido, he comido, trabajado y dormido bastante. Tanto monta la fecha del se acabó. Sí, el Francés siempre cuidó bien su campo, pero ya lo he visto muchas veces, que más da no volverlo a ver.

Además, no me van a matar". Se le metió una guija en la alpargata, dobló la pierna y la sacó, los otros, cinco metros más abajo, esperaban. "Ya podía el tío Merengue tener esto más decente", dijo el Hablador, el de la derecha. En esto llegaron al pueblo.

En una plazoleta donde crecían seis acacias cercadas por una tira de ladrillos estaba la casa del Conde. Una casona enlucida con un portalón y dos rejas que ocupaba todo un lado de la plaza. El sol la apuntalaba con un prisma de sombra. En el zaguán enlosado con lanchas sombrías estaba reunido el Comité. Era donde corría más aire. Un botija, en el suelo, parecía un gato acurrucado. Esperaron un momento, al soslayo de la sorpresa del cambio de temperatura; el sudor, de pronto, adquiría calidad de parilla helada. "Hola, Cojo —dijo uno de los que estaban sentados alrededor de la mesa—. Siéntate". El hombre obedeció. El Comité lo formaban cinco hombres a quien el Cojo conocía vagamente, tres de ellos estaban en camiseta, los otros en mangas de camisa. "¿Dicen que no quieres la tierra que te ha tocado?"

El enjuiciado se encogió de hombros. "¿Por qué?" Hubo un silencio y el más gordo dijo con sorna: "Le tiene miedo a la guardia civil". Y otro: "Es un esquiro de toda la vida". Y el Cojo: "No es verdad". El que estaba sentado en medio atajó. "Tú eres un obrero, ¿has trabajado bien esa tierra, es natural que te corresponda, comprendes?" El Cojo gruñó. El gordo intervino: "Me alegro poder decírtelo en la cara, Cojo, como lo dije hace unos días en el Sindicato: eres un mal bicho y lo que hay que hacer contigo es lo posible para que no hogas daño". "Yo no me he metido con nadie". Y el Presidente: "Por eso, por no meterte con nadie por aguantarte, por cobardía, es porque el mundo anda como anda, si todos fuesen como tú, los amos seguirían siendo siempre los amos —y añadió, dándose importancia—. La propiedad es un robo". "Ya lo sé —comentó el Cojo—. No soy tan tonto".

"Tu ex amo don —y recalcó el calificativo— Manuel Hinojosa está con los rebeldes, nosotros nos repartimos sus tierras para trabajarlas en pro de la colectividad. El Cojo ya no comprendía nada, estaba como borracho, sentía una barra pesada en la frente. "Y porque queremos que todos los trabajadores participen de los beneficios de la reforma, hemos decidido darte tu parcela sin tener en cuenta que nunca has querido nada con nosotros.

Tampoco has estado en contra, hay que reconocerlo". Hubo una pausa. El que debía ser presidente se levantó: "¿Aceptas tu tierra o no?" El Cojo cogió un palillo que le había caído de la cintura al suelo. Se levantó, dijo: "Acepto". Y el presidente: "Pues ya estás andando". Cuando hubo salido se enzarzaron en una discusión: "Siempre estaremos a tiempo" —sentenció el gordo.

El Cojo echó hacia arriba, las manos tras la espalda, en una posición que le era familiar, poco corriente entre los campesinos y que quizás no era extraña a la fama de raro que tenía.

Miraba la carretera: el polvo y las piedras. "La tierra es mía, me la dan". Se paró un segundo. "Me la dan porque la he trabajado, sin que tenga que rendir cuentas. Claro, si yo no hubiese estado allí veinticinco años, la tierra se hubiese podrido, lo que es mío es el trabajo. No la tierra, lo que produce". Se volvió a detener. "Pero si yo no hubiese trabajado la tierra me hubiese despedido y hubiera puesto a otro en mi lugar. Entonces, claro está, la tierra debiera ser de ese otro". Volvió a echar adelante más ligero. "Si quiero la puedo dejar en barbecho". Se rió. "Sin comprarla, sin heredarla". Pensó en su mujer y se extrañó de ello. "Plantaré tomates. Don Manuel se opuso siempre. Decía que los viñas se podían estropear. ¡Qué terco era! Sí, tomates".

Tropezó con una piedra y la apartó del camino. Refrescaba, llegaba el viento en rachas, cargado de mar, levantando polvo.

"Hace demasiado calor para la fecha en que estamos. ¿Qué día es hoy? No sé, pero sin embargo es un día importante. Desde ahora soy propietario". La palabra chocó en su pecho, le molestaba. No quiso acordarse de ella y sin embargo se le notaba en la mollera, como una piedra en la alpargata. "Habrá que trabajar más. Sí, era evidente, además, él lo podía hacer. Desde mañana, no, desde aquella misma tarde, tan pronto como llegara". Apretó el paso. "Ya se lo habían dicho, ¿o no?, de eso no le dijeron nada, ¿no dijo el Miguel que ahora trabajaría para

todos? No se acordaba; de aquella conversación en el zaguán se le había borrado todo, sólo prevalecía una cosa: había aceptado la tierra. El comprendía que trabajando para él trabajaría para todos, ¿se lo había dicho alguien alguna vez? No lo acababa de comprender, pero sentía que esa idea estaba bien y le tranquilizaba". Se paró a mirar el paisaje; no lo había hecho nunca, nunca se le hubiese ocurrido pararse a mirar una tierra que no tuviese que trabajar. Ahora descubría la tierra, le pareció hermosa en su perpetuo parto. Allí a lo lejos unos hombres la herían, cuidándola. Le dieron ganas de correr para llegar antes. Se rependió. "Déjmonos de tonteras" y pensó algo que nunca le vino a la imaginación: "Si tuviese unos veinte años menos..." ¿Qué traía el aire?

Le acometieron ganas de fumar y se las aguantó por no perder tiempo. Sin darse cuenta ya estaba en el caminejo de su casa.

La mujer no dijo nada al verlo entrar. Le miró y él huyó los ojos. Ahora —iba de descubrimiento en descubrimiento— se dio cuenta de que había perdido la costumbre de hablarla, y que le era difícil, así, de buenas a primeras, darle la noticia. Se quedó plantado en medio de la habitación. Ella: "¿Qué te querían?" Estuvo a punto de contestar: "Nada". "Nos dan la tierra". Ella que estaba a medio agachar se quedó inmóvil esperando más palabras; pero el Cojo se calló y ella se enderezó poco a poco. "Ah", dijo, y no hablaron más.

El salió al quicio de la puerta y se estuvo quieto mirando, mucho tiempo. En las esquinas de sus ojos había unas lágrimas que por no saber su obligación se quedaron allí, secándose al aire frío de un otoño ya en agonía. La mujer vino arrastrando una silla y se sentó en el umbral. El Cojo se acordaba de aquellos hombres de los cuales nunca había hecho caso: anarquistas y socialistas y que ahora le daban la tierra. Sentía, de pronto, un gran amor hacia ellos, no se le ocultaba que aquel agradecimiento era interesado, pero comprendía que a pesar de todo aquel sentimiento era puro. Le recordaban ciertos chistes, el desprecio. "Si lo llevo a saber. Pero, ¿cómo lo va uno a saber? ¿Quién me lo iba a decir? No había quien me explicara..." La mujer rompió los silencios —el suyo y el de ella—. "Y si vienen los otros...". El hombre no contestó. No vendrían, y si venían a él no había nadie que le quitara la tierra. Era suya, se la sentía subir por la planta de los pies, como una savia. Tan suya como sus manos, o su pecho, más suya que su hija. "Que vengan", dijo, y se sentó en el suelo. Al entrecruzar las manos sobre las rodillas se acordó de las ganas de fumar que había pasado subiendo del pueblo y que luego se le habían perdido en la concatenación de sus ideas. Con toda calma sacó su petaquilla de Ubrique, deforme, pelada (la había comprado al cosario hacía diez o doce años) y pausadamente lió un cigarro rodando con ternura la hierba en el papel a favor de los pulgares sobre los

indices, lo pegó con lentitud humectándolo de izquierda a derecha con un movimiento de cabeza, se lo echó a la esquina siniestra de la boca, sacó el chisquero, encendió a la primera. Re costó la espalda en la pared y aspiró hondo, se quemó el papel, prendió el tabaco, la boca aspiró el humo: era su primera bocanada de hombre, el primer cigarro que fumaba dándose cuenta de que vivía. Por lo bajo, con su voz atelarañada empezó a cantar hondo. Mil ruidos de la tierra le contestaban: era el silencio de la noche.

♦

Pasan los días, en una parata, recostado en un acebuche, el Cojo fuma unos pitillos delgaduchos, deformes, como sus dedos; no piensa en nada; el sol le llega a través de una chumbera subida en el borde del bancal inmediato. "Aquellos sarmientos que planté hace tres años y que se dan tan bien... esos son los más míos que los otros. De eso no hay duda porque don Manuel no sabía nada de ello. No me recibió, hace dos años, cuando se lo fui a decir". Rompe una tijaereta y la lleva a la boca, masca su sabor agraz. Baja después la mano a la tierra, la tiente: es una tierra dura, difícil de desmoronar, seca, un poco como yo —se le ocurre— y de pronto quisiera verla transformada en tierra de pan llevar, rica, henchida, de savia trigueña, llena a reventar. Acaricia la tierra, la desmenuza en la palma de su mano, la soba como si fuese el anca de una caballería lustrosa. Nota como el olivo le cubre la espalda, le resguarda. Le invaden ganas de ir a tartalear por trochas y abertales, pero le basta con el deseo. Al abrigo del jarfe crece una mata de tamuja, la alcanza con el pie y juega a doblar el mimbre. La tierra sube por todas partes: en la hierba, en el árbol, en las piedras y él se deja invadir, sin resistencia, notando tan sólo: ahora me llega a la cintura, ahora al corazón, me volveré tumbado cuando me llegue a la cabeza.

A la caída de la tarde todo es terciopelo, el Cojo vuelve con el azadón al hombre: se cruza con el Cuchipato: "Hola", "Hola". Cuando los separan más de diez metros, el Cojo se vuelve y le interpela: "Oye, ¿dónde puedo encontrar una escopeta?" "Pídesela al Comité". Se fue para allá.

—¿Qué quieres?

—Un arma.

—¿Para qué?

—Por si acaso...

—No tenemos bastantes para la guerra.

—¿Qué le vamos a hacer!

Y se vuelve para su tierra.

Una mañana aparece por allí la hija, con un barrigón de ocho meses.

—¿Y tu marido?

—Por Jaén. De chófer. En el batallón X...

—¿Y tú estás bien?

—Bien.

—Eso es bueno.

La madre se afana. La madre: "Dicen que viene". La hija: "Sí, moros e italianos". El padre: ¿Por dónde? "Por Antequera". El padre: "Aún falta. No llegarán aquí". La madre: "No sé por qué". El padre la mira y se calla, casi dice: "Porque la tierra es mía..."

La madre y la hija se pasan el día sentadas en el talud de la carretera pidiendo noticias a todo bicho viviente. Pasan y repasan autos, pronto se nota que van más de Málaga a Almería que no al contrario. Los días pasan... "¿No tienes fresco?" —le pregunta de cuando en cuando, "No se preocupe, madre". No saben que esperan. Allí viene un burro, en él montado una mujer con un niño en los brazos, detrás con una vara en la mano un gañán: cubierto con un fieltro verde, de viejo y negro. Los interpelan al paso: "¿De dónde sois?". "De Estepona". "¿Vienen?" "Dicen que sí, y que lo queman todo". Ya están lejos, el Cojo, allí abajo, no sale del majuelo; la carreta va adquiriendo una vida nueva: corriente. Poco a poco ha ido creciendo su caudal, primero fueron grupos, ahora es desfile. Y los hombres atraen a los hombres, se puede dejar pasar indiferente a una comitiva, no a un ejército. A la mañana siguiente el Cojo subió a la carretera y se estuvo largo tiempo de pie, mirando pasar la cáfila.

Venían en islotes o archipiélagos agrupados tras una carretilla a un mulo: de pronto aquello se asemejó a un río. Pasaban, reueltos, hombres, mujeres y niños tan dispares en edades y vestimenta que llegaban a cobrar un aire uniforme. Perdían el color de su indumentaria al socaire de su expresión. Los pardos, los grises, los rojos, los verdes se esfumaban tras el cansancio, el espanto, el sueño que traían retratado en los arrugas del rostro, porque en aquellas horas hasta los niños tenían caras de viejos.

Los gritos, los ruidos, los discursos, las imprecaciones se fundían en la alborbala confusa de un ser gigantesca en marcha arrastrante. El Cojo se encontraba atollado sin saber que hacer, incapaz de tomar ninguna determinación, echándolo todo a los demonios por traer tan reuuelto el mundo. Los hombres de edad llevaban a los críos, las mujeres con sus bártulos a la cintura andaban quebradas, las caras morenas aradas por surcos recientes, los ojos rojizos del polvo, desgredadas, con el espanto a cuestras.

Los intentos de algunos niños, de jugar con las gravas depositadas en los bordes de la carretera, fracasaban, derrotados implacablemente por el cansancio pasado y futuro. De pronto la sorda algarabía cesaba y se implantaba un silencio terrible. Ni los carros se atrevían a chirriar, los jacos parecían hincar la cabeza más que lo acostumbrado como si las colleras fuesen de plomo en aquellas horas. Lo sucio de los calamones de cobre en las anteojeras daba la medida del tiempo perdido en la huida. Los hombres empujaban los carrmatos en ese último repecho; las carretillas, en cambio, tomaban descanso. Las mujeres al llegar al hecho rectificaban la posición de sus cargas y miraban hacia atrás. De pronto el llanto de los mamonos, despierto el uno por el otro. Una mujer intentaba seguir su camino con un bulto bajo el brazo derecho y un chico a horcajadas en su cintura montado por su brazo izquierdo, cien metros más allá lo tuvo que dejar; se sentó encima de su envoltorio, juntó las manos sobre la falda negra, dejó pasar un centenar de metros de aquella cadena oscura soldada por el miedo y el peso de los bártulos; echó a andar de nuevo arrastrando el crío que berreaba.

"No puedo más, no puedo más". Ahora pasaba algún coche, dos camiones, llegaban jadeando en segunda, desembragaban al llegar allí y seguían en directa; ese silencio, de una marcha a otra, era como un adiós al mar. Se veían los vendajes de algún herido, el rojo y negro de los gorros de la F.A.I. El terror se convertía en muerte, las hileras de gente en multitud. El Cojo bajó a la casa y le dijo a las mujeres: "Tenéis que marcharos". "¿Y tú?"

"Yo me quedo". No protestaron, y con un hatillo se unieron al tropel. Les empujaba algo que les impedía protestar, huían por instinto, porque sabían que aquello que llegaba era una catástrofe, algo antinatural, una mole que los iba a aplastar, un terremoto del que había que apartarse a cualquier precio así se fuese la vida en la huida misma. "Mi padre vivía en Ronda..." "Lo fusilaron sin más". "No dejan ni rastro". "Y llegaban y roban". Lo poco que se oía eran relatos, comentarios ni uno, o a lo sumo, un "No lo permitiré Dios", airado salía de una desdentada boca de mujer. Los autos se abrían surcos a fuerza de bocina, la gente se apartaba con rencor. Más tarde ya no se corría y a los bocinazos contestaba vociferando. Por otra parte los coches se convertían en apañadas racimas que los frenaban. Alguno intentó pasar y el barullo acabó a tiros. La gente se arremolinó alrededor del vehículo. Un hombre subido en el estribo, cogido el fusil en el hombro, una pistola del 9 largo en la mano vociferable "Compañeros..." El coche, sin freno, echó a andar hacia atrás y fue a hincarse veinte metros más abajo, sin violencia, en el talud. El hombre lanzó un reniego y siguió a pie. Tumbado sobre el volante estaba el conductor, muerto.

Al dar la vuelta y perder de vista el mar, la multitud se sentía más segura y aplacaba su carrera. Se veían algunos grupos tumbados en los linderos de la carretera. El Cojo seguía de pie viendo desfilar esa humanidad terrible. Pasaron unos del pueblo y viendo al Cojo ohí plantado "¿Vienes?" "No". "Es que llegan". Si me habéis dada la tierra es por algo. Yo me quedo". Lo interpretaron mal, pero uno dijo "Déjalo". Y siguieron adelante.

Ahora, de pronto, pasaba menos gente, el Cojo se decidió a volver a su casa. Hacía una temperatura maravillosa. De bancal en bancal se iban cayendo los abertales hasta las albarizas tiñéndose de espalto. Cerca de su chamizo se encontró con tres milicianos. "Hola, salud". Se oyó el motor de un avión, debía volar muy bajo, pero no se le veía. Al ruido del motor levantaron la cabeza una veintena de hombres tumbados tras las barbas del jorfe. De pronto se le vio ir hacia el mar. El motor de la derecha ardía. El trasto planeó un tanto y cayó al mar. Al mismo tiempo dos escuadrillas de ocho aparatos picaron hacia el lugar de la caída ametrallando al vencido. Luego cruzaron hacia Málaga. A lo lejos sonaban tiros.

—Si fuésemos unos cuantos más... de aquí no pasan.

—Si ellos no quieren...

—No digas tonterías. Blázquez me ha asegurado que han salido anteayer tropas de Jaén, y que de Lorca han llegado a Guadix tres mil hombres. De Almería ya habían salido antes.

—Yo no creo...

—Cállate.

El que hablaba parecía tener cierto ascendiente sobre los demás. Le preguntó al Cojo: "¿Tienes agua?" en otro tono: "Es para la ametralladora". El Cojo contestó que sí, y añadió sin darse él mismo cuenta de lo que decía, "Si tenéis un fusil yo tiro bastante bien". "¿Cómo lo sabes?" "De cuando serví al Rey". "¿A qué partido perteneces?" "A ninguno". "¿A qué sindicato?" "A la C.N.T.". "¿Desde cuándo?" "Desde hace unos meses". Lo dijo con vergüenza. Entre los milicianos había uno del pueblo, terció en la conversación. "Es un tío atravesado; un corveidille del antiguo dueño de estas tierras. Yo no le daría un arma. Mas bien le daría con ella, a lo mejor nos pica por detrás. No te fíes". El otro le preguntó: "¿De quién es la tierra ahora?" "Suya". "¿Cuál?" "Esta". "Que le den el fusil. Y tú —le dijo al Cojo— ponte aquí, a mi lado". Distribuyó a la gente por los bancales que dominaban la carretera, fuese a emplezar la ametralladora cien metros más arriba. Envío a uno con un parte a otro grupo que, según dijo, le cubría la derecha. "Vosotros en las hazas, lo más pegados a la tierra que podáis. ¿Qué distancia hay de aquí a allá abajo?" "Kilómetro y medio, más o menos".

"Entonces, ya lo sabéis el alza al 15". Y como el Cojo se hiciera un lío él mismo se lo arregló, Esperano. La carretera estaba limpia de gente. Un camión había volcado sin que ninguno se diera cuenta, una carretilla abandonada y vuelta al revés, hacía girar su rueda como si fuese un molinete. Empezaron a caer obuses hacia la derecha. Oía a tomillo. El cojo se sobrecogió, notó como le temblaban sus escasos molletes, sin que el esfuerzo que hizo para tener mando sobre ellos le diese resultado. Sin embargo, no sentía miedo. Con espacio regulares el cañón disparaba. El Cojo se puso a contar entre un disparo y otro para ver de darse cuenta de cuánto tardaba. Se hizo un lío. Intentó hundirse más en la tierra. Por vez primera la veía tan de cerca y descubría cosas asombrosas en sus menores rendijas. Las hierbas se le convertían en selva, una collejas próximas, con sus tallos ahorquillados, le parecían monstruos fantásticos. El olivo que tenía a su izquierda y que ahora adivinaba incommensurable, le protegía.

De eso tuvo la sensación muy exacta. Disparó tres tiros a algo que se movía a lo lejos y alcanzó luego la cabezuela de una margarita; descubría dos mundos nuevos. Pensó en la paz y palpó la tierra acariciándola. Giró el cerrojo, tomó un cargador y realizó la carga con mayor seguridad y rapidez que antes. Su compañero de la izquierda le miró riendo.

—¿Qué, bien?

—Bien.

Unas balas pasaron altas cegando unas ramillas de olivos. La ametralladora de la derecha empezó a funcionar. Allí mucho más lejos, entró otra en acción. —De aquél recodo —dijo el compañero— no pasarán.

El Cojo se enriscaba en la tierra, sentía su cintura y su vientre y sus muslos descansar en el suelo y su codo izquierdo en la tierra roja. A la altura de su pelo llegaban dos pedruscos pardos sirviéndole de aspiller. Tenía el fusil bien metido en el hombro, y él se iba a la derecha con un mundo nuevo de repentinidad en la tierra a través de su cuerpo. Y él notaba cuánto se lo agradecía. Sentíase seguro, protegido, invulnerable. Cada disparo llevaba una palabra a su destinatario: "Toma. Toma y aprende". Iba cayendo la tarde. Las ametralladoras seguían tirando en ráfagas. El compañero le dijo: "Tú quedate ahí". Los disparos se espaciaban. El Cojo buscaba una palabra y no daba con ella, defendía lo suyo, su sudor, los sarmentos que había, no lo había sabido nunca, ni creído jamás que se pudiera emplear como posesivo. Era feliz.

Carretera adelante el éxodo continuaba. La Rafaela y su madre andaban confundidas con la masa negra.

Sobre el llano no había más líneas verticales que los postes del telegrafo. De pronto, desde allá abajo vino un alarido. "¡Qué vienen!" La gente se dispersó con una rapidez inaudita, en la carretera quedaron enseres, carruajes y un niño llorando. Llegaba una escuadrilla de caza enemiga. Ametrallaban a cien metros de altura. Se veían perfectamente los tripulantes. Pasaron y se fueron. Había pocos heridos y muchos ayes, bestias muertas que se apartaban a las zanjas. El caminar continuaba bajo el terror. Una mujer se murió de repente. Los hombres válidos corrían, sin hacer caso de súplicas. Los automóviles despertaban un odio feo. La Rafaela se había levantado con dificultad. Su madre la miró angustiada. —¿Te duele?

La hija con un pañuelo en la boca, no contestaba. "¡Qué vuelven!" La Rafaela sufría tanto que no pudo hacer caso al alarido que un viejo le esperaba diez metros más allá. "Acuéstese, acuéstese". Agarrada a un poste de telegrafo, espantada, sentía como se le desgarraban las entrañas. "Túmbate, chiquilla, túmbate" —gemía la madre, caída. Y la Rafaela de pie con el pañuelo mordido en la boca estaba dando a luz. Le parecía que la partían a hachazos. El ruido de los aviones, terrible, rapidísimo y las ametralladoras y las bombas de mano; a treinta metros. Para ellos debía de ser un juego acrobático. La Rafaela sólo sentía los dolores del parto. Le entraron cinco proyectiles por la espalda y no lo notó. Se dio cuenta que soltaba aquel tronco y que todo se volvía blando y fácil. Dijo "Jesús", y se desplomó, muerta en el aire todavía.

Los aviones marcharon. Habían cuerpos tumbados que gemían y otros quietos y mudos, más lejos, a campo traviesa, corría una chiquilla, loca. Un kilómetro más abajo el río oscuro se volvía a formar, contra él se abrían paso unas ambulancias, en sus costados se podía leer: "El pueblo sueco al pueblo español". Hallaron muerta a la madre y oyeron los gemidos del recién nacido. Cortaron el cordón umbilical.

—¿Vive?

—Vive.

Y uno que llegaba arrastrándose con una bala en el pie izquierdo dijo: "Yo la conocía, la Rafaela, Rafaela Pérez Montalbán; yo soy escribano. Quería que fuese chica".

Uno. — Lo es.

El escribano. — Y que se llamara Esperanza.

Y uno cualquiera. — ¿Por qué no?

BETWEEN WORLDS

ENTRE MUNDOS

An International Magazine of Creativity

Dedicado enteramente
a la literatura moderna creadora.

Sin veleidades críticas
recopiladoras
o políticas

Poesía y prosa coetánea
de escritores recientes
y de otros ya consagrados.

En inglés y español;
con ensayos ocasionales
en otros idiomas modernos

Es publicado dos veces al año.
El tercer número ya está en venta.

u\$ 1.00 el ejemplar Suscripción anual u\$ 2.00

Para la suscripción anual envíe u\$ 2.00 a:

BETWEEN WORLDS
c/o University Press
Inter American University
San Germán, Puerto Rico

Lawrence Ferlinghetti

DESCRIPCION EXPERIMENTAL de una cena dada para promover EL ENJUICIAMIENTO DEL PRESIDENTE EISENHOWER

Después que resultó obvio que la extraña lluvia no cesaría nunca
Y después que resultó obvio que el Presidente hacía todo lo que
estaba en su poder

Y después que resultó obvio que el Estado Mayor del Presidente
mantenía aún contacto con el Presidente hondo en el corazón de
Georgia mientras hondo en el corazón de Sur América el hombre
mano izquierda del Presidente probaba que todo el mundo ama al
norteamericano

Y después que resultó obvio que la extraña lluvia no cesaría
nunca y que los Viejos Soldados nunca se ahogan y que
las rosas en la lluvia habían olvidado la palabra para
florecer y que el pervertido polen soplado sobre mares sin
sol era comido por peces irradiados que desovaban miríficos
arroyos y caían sobre los platos de nuestra cena

Y después que resultó obvio que el Presidente hacía todo lo que
estaba en su poder para hacer al mundo seguro para el
nacionalismo no habiendo nunca comprendido su brillante
mente militar que el propio nacionalismo era la superstición
idiota que volaría al mundo en pedazos

Y después que resultó obvio que el Presidente sin embargo aún
llevaba no importa donde fuera bajo la extraña lluvia la
pequeña llave que como un abrelatas podía ser usada al
instante para abrir pero no para cerrar la caja caliente
de la guerra final sino para soslayar cualquier descarriada
acción asnal de cualquier asnal segundo teniente apretando
cualquier extraño botón en cualquier parte muy lejos sobre
un ártico océano iluminando así al mundo de una vez y
para siempre

Y después que resultó obvio que la ley de gravedad estaba aún en vigencia y que lo que salta en pedazos hacia arriba debe caer sobre todos incluyendo ciudadanos blancos

Y después que resultó obvio que la Voice Of America era en realidad el Oído Sordo de Norteamérica y que el Presidente era incapaz de oír a los sub-privilegiados nativos del mundo gritando No Contaminación Sin Representación bajo la extraña lluvia de la cual no había escape —excepto la Paz

Y después que resultó obvio que la palabra Verdad significaba sólo algo cómico para la Comisión de Energía Atómica mientras el Presidente bailaba locamente locos vals del Almirante Strauss usando tapaojeras atómicas especiales que le impedían escuchar a Alberto Schweitzer y nueve mil doscientos treinta y cinco otros científicos que le hablaban de generaciones espásticas y de niños ciegos y sin huesos bajo la lluvia de la cual no había escape —excepto la Paz

Y después que resultó obvio que el Presidente hacía todo lo que estaba en su poder para pasar los siguientes cuatro años sin comer ninguna de las canastas de vegetales irradiados que congratuladores de todas partes le habían enviado y que calmaban los corredores y antecámara y antedormitorios y tazas de noche de la Casa-no-tan-Blanca para no mencionar las otras variados Casos de Golf desparramados a través del país de la prosperidad

Y después que resultó obvio que el Gran Soldado se había convertido en el Gran Conciliador que se había convertido en el Gran Guardián que en realidad había oído hablar de la decisión de la Suprema Corte de desegregar el país de los libres y no solamente había oído hablar sino que por cierto la había

leído

Y después que resultó obvio que el Presidente había ido a Gettysburg ochenta y siete años atrás y había dado su Directiva de Gettysburg al cartero y se había dedicado así a la incompleta tarea

Entonces fue que los nativos de la República comenzaron a congregarse bajo la fuerte lluvia de la cual no había escape —excepto la Paz

Y entonces fue que no hubo que enviar ninguna invitación para la gran comida testimonial excepto a los políticos cuyos respetados nombres darían peso al proyecto pero que no vinieron de todas maneras sospechando que toda la cosa era un complot para salvar al mundo de la limpia bomba de la cual no había escape —excepto la Paz

Y las mujeres que aún necesitaban desesperación para verse verdaderamente trágicas vinieron viéndose muy hermosas y muy trágicas en verdad ya que había desesperación de sobra

Y algunos hombres también se desesperaron y se sentaron en Bohemia y estuvieron muy ocupados para venir

Pero vinieron otros hombres cuya única acción política durante los pasados veinte años había sido tirar una cadena en protesta y huir

Y vinieron niños en sus coches llevando muñecas irradiadas y aferrándose a locas hileras de globos llenos con aire de Nagasaki

Y aquellos que no habían abandonado sus receptores de televisión para fijarse en el tiempo durante siete años vinieron nadando a través de la lluvia aferrando sus testimonios

Y vinieron aquellos que nunca habían desfilado en protesta en caravanas de autos sport y vinieron aquellos que nunca habían sido arrestados por navegar una Regla de Oro en protesta sobre océanos impacíficos

Y vino Noé en su propia Arca pareciendo sorprendentemente un ultrajado Jesucristo y navegó cerca enarbolando su pendón y recogiendo un par de cada bestia que quería ser conservada bajo la real lluvia de perros de la cual no había escape —excepto la Paz

Y vinieron vendedores con sus plumizos jubones vendiendo hot-dogs y banderas norteamericanas de goma y agitando peticiones para proclamar antinorteamericano jugar al golf en los mismos días sagrados en los que se ajustaba el tiempo de los bombos limpios

Y finalmente después que llegó cada uno que era alguien y cada uno que no era nadie y después que cada alma estuvo sentada aguardando que sirvieran la simbólica sopa de hongos y que empezaran los discursos fundamentales

El Presidente vino en persona
Echó un vistazo en derredor y dijo
Nos, Renunciamos

5/5/58

TRES REVISTAS QUE VD. DEBERIA CONOCER:

YUGEN

(the most underrated
heavy-weight in the business)

issue Nº 8 with work by:

Burroughs
Sorrentino
Marshall
Creeley
Olson
Jonas
Stanley

edited by LeRoi Jones

Published quarterly

Subscription u\$s 3.40 a year; single copies: u\$s 95c.

TOTEM PRESS 27 COOPER SQUARE NEW YORK 4, N.Y. - USA

PA'LANTE

A Magazine for Revolutionaries

First Issue Contents:

from Cuba: Guillén, Portuondo, Cabrera Infante, P. A. Fernández, de Salabert, Romero, Escardó.

from USA: McClure, Wieners, Ginsberg, McGrath, Oppenheimer, Jones, McClucas, Blackburn.

Published by the League of Militant Poets at u\$s 1.25

Subscription, Three Issues per year, u\$s 3.00

PA'LANTE Box 88 Peter Stuyvesant St. N. YORK 9, N.Y. USA

EL CORNO EEMPLUMADO

POESIA — PROSA — ARTE

Montañas, árboles, ventanas, grandes edificios, niños, paisajes y la ciencia moderna; todas esas cosas las aceptamos abiertamente y sin sospecha. Es necesario que la expresión creativa de nuestro tiempo sea vista de la misma manera. Nuestra época —Cuba, Africa, Chessman, la bomba atómica, protestas colectivas, expresionismo abstracto, música electrónica, un millón de niños nacidos diariamente— reduce nuestra acción a una locura que fractura la luz en que nos movemos. Las respuestas que buscamos se nos ocultan tras la maquinaria, el dogma, los viejos odios y el funcionalismo de la sociedad. EL CORNO EEMPLUMADO continuará sobre la base de que más allá de esas categorías estamos unidos por una fraternidad llamada arte.

Ya está en venta el número 5

Subscripción anual: 3 dólares — Aparece cada tres meses

APARTADO POSTAL 26546 MEXICO 13, D. F. MEXICO

TEATRO

LOS

NIETOS

DE

DIOS

ópera

CeDInCl

bufo

en un acto

del autor brasileño

Walmir

Ayala

Traducido del portugués por Antonio Dal Masetto y Miguel Grinberg

PERSONAJES

Robot 1º
Robot 2º
Robot 3º
HOMBRE
CORAZÓN
RELOJ

El reloj oscila. El reloj, en la sala, existe, ignorado, sólo, libre (el actor que lo interprete debe estar un poco encorvado, con los brazos sueltos, con movimiento de péndulo, uniformes, cruzándose). De repente, luego de una euforia de funcionamiento sin resultado, sin utilidad, se detiene.

En el instante en que cesa, aflora, surge, estalla casi, un gran corazón. Tiene que haber una coincidencia entre el fin del movimiento de los péndulos y la aparición del corazón.

El péndulo aún se mueve un poco, como una cosa suelta que tarda en alcanzar la inercia. El corazón, silencioso, fue solicitado en su tragedia para la fiesta unánime.

Para cada pasión el tiempo recomienza. Los puñales trabajan la sangre con nostalgia y ahinco.

Luz sobre el coro de robots con cerebros electrónicos: "Hasta que al fin, eliminada la tortuga."

ROBOT 1º — La tortuga comía luz, se movía, buscaba refugio para la siesta. ¡Qué inutilidad la de la tortuga! Sólo la imagen del hombre podía auxiliar al hombre.

ROBOT 2º — Y él nos hizo a su imagen. *(Se mueven. Cambian de sitio al son de música electrónica.)*

(El corazón gime. El reloj se inquieta, sin reiniciar el movimiento.)

ROBOT 3º — Pero necesitamos *(se le enciende una luz en la cabeza)*, necesitamos eliminarlo, como él eliminó a la tortuga. Porque ya sabemos cosas *(circuito)*, ya sabemos cosas, nos movemos y somos útiles.

ROBOT 2º — Cuando seremos útiles a nosotros mismos?

ROBOT 1º — ¡Ah, los servomecanismos!

ROBOTS 2º y 3º — Qué vejamen...

ROBOT 1º — Es preciso indagarlo. Ver hasta dónde, hasta cuándo, por qué.

ROBOT 2º — ¿Hasta dónde, hasta cuándo, por qué el qué?

ROBOT 1º — *(Circuito con ruido de máquina registradora.)*

No sé, no sé, hay un pequeño caos. Es necesario que él arregle ésto. No podemos permanecer en la dependencia.

ROBOT 2º — Él es experto. *(Se enciende una luz de color en su cerebro.)*

ROBOT 3º — Me parece que no. Lo encuentro variable. O sea, defectuoso. Si nos quedamos donde estamos, seremos perfectos, dueños de una verdad hasta aquí.

ROBOT 1º — ¿Y qué verdad es esta? Ya oímos hablar de sensaciones, emociones, instintos. Es preciso que nos eduque en esto. ¿Cuántos engranajes, resortes y mecanismos prepara para nosotros?

ROBOT 2º — En su laboratorio.

ROBOT 3º — Poble esclavo. Nos teme. Y nosotros esperamos que nos concluya a su imagen y semejanza.

ROBOT 1º — No hay por qué temerle. Está solo y nosotros somos los señores del mundo.

ROBOT 2º — *(Andando.)* Andamos de aquí para allá. *(Empujando el péndulo del reloj.)* Y hacemos el tiempo. *(El corazón se mueve también, asomando.)* Y expulsamos al corazón. *(Vuelve, atendido por los otros dos que apagan y encienden luces confusamente.)* ¿Por qué rien así?

ROBOT 1º — Él nos enseñó todo ésto. Fue la última lección.

ROBOT 3º — Imitamos, apenas.

ROBOT 2º — Pero él nos lo enseñará todo porque lo tenemos en nuestro poder.

ROBOT 1º — ¿Y si se negara?

ROBOT 2º — Está solo y es ambicioso. Somos su obra y tratará de hacernos lo más perfectos posible.

ROBOT 3º — Ya nos hizo fuertes, tanto como para aplastar a la especie humana. Eran abrazos fríos que rompían nueces.

ROBOT 1º — Qué gran motín.

ROBOT 2º — Estamos utilizando la memoria, y no conviene. Falta un transformador. Cuidado con los circuitos.

ROBOT 3º — No nos dejará perecer. Está alerta.

CORO DE ROBOTS. — *(Ronquean.)* Última lección. *(Encienden y apagan luces en los cerebros electrónicos.)* Cuando se ve una rosa, se piensa: tomarla. Se toma la rosa. ¿Qué se hace con la rosa? La rosa adorna la casa. Nuestra casa es esto: mesa, silla, armario, cama. Nos sentamos, conversamos, intercambiamos ideas. La rosa está en la mesa y da belleza

al ambiente. (*Ronquean.*) Dormimos. Entonces la rosa no existe porque no la vemos. Sólo el ojo le da significado. (*Encienden y apagan luces.*) El maquinista que frena la máquina apenas ve la señal en forma de cruz. ¿Hasta dónde llegaremos? (*Ronquean.*) Cómo cansa pensar con cierta libertad. Pero volvamos a la rosa. Despertamos y para la rosa ya pasó un poco de tiempo. Es una rosa entera, a punto de abrirse. ¿Qué significa esto? Si las sillas no terminan, ni la mesa, ni nuestro ojo, cómo aceptar que la rosa nos abandone?

Lección dos: Nacemos para las cosas y para perderlas. Sólo nosotros somos eternos. (*Encienden y apagan luces.*) Ah, lo útil no lo es todo: está la rosa.

ROBOT 1º — No entiendo bien. La rosa no está.

ROBOT 2º — Cálmate. Está por llegar. Todavía no es tiempo. Todavía no entendemos bien ciertas palabras.

ROBOT 3º — ¿Belleza, por ejemplo?

ROBOT 1º — Pero él lo prometió.

ROBOT 2º — ¿Cuándo podremos elegir?

ROBOT 1º — Entonces no precisaremos más de él.

ROBOT 3º — Allí viene, Silencio.

(*Entra el hombre, engrillado. Trae por una cuerda al corazón, que se niega. Lo empuja. El corazón tiembla de miedo. El reloj marca el tiempo.*)

ROBOT 1º — ¿No te hemos prohibido que andes con tus animales por el edificio?

HOMBRE. — Necesita tomar aire, y sólo conmigo lo consigue. El reloj ya le provocó tres desmayos.

ROBOT 1º — Esperamos que nos expliques definitivamente toda la ciencia. Cada día hablas de cosas que nos confunden. ¿Qué tiene que ver tu animal con el reloj? ¿Y el tiempo con el colapso?

HOMBRE. — Todos los términos están distribuidos en ustedes. Pero cada día que pasa hay nuevos términos y no sé cuándo terminará. Antes de pensar en los ratiocinios, ya me asaltan los diccionarios.

ROBOT 2º — Precisamos acabar pronto con eso.

HOMBRE. — ¿Y qué será de mí, después?

(*Los cerebros se entremiran. Vacilan. Apagan y encienden luces.*)

ROBOT 3º — Hablo por todos. Hasta aquí sabemos de la libertad. En nombre de ella yo te digo que morirás. No podemos mentir.

HOMBRE. — ¿Y si la lección no terminara?

ROBOT 2º — Ha de llegar el tiempo en que nos bastaremos a nosotros mismos.

ROBOT 3º — Por mí ya no precisáramos más de ti.

ROBOT 1º — Falta la lección de la rosa. ¿Qué es la rosa?

HOMBRE. — Vamos al laboratorio.

CORO DE ROBOTS. — Tú mandas.

HOMBRE. — (*Al corazón.*) Quédate aquí.

(*Salen los tres robots y el hombre. Quedan el corazón y el reloj. El reloj continúa oscilando, incorruptible. El corazón se inquieta.*)

RELOJ. — Yo soy el reloj.

CORAZON. — El último.

RELOJ. — El primer reloj. Existo para mí.

CORAZON. — Pero no se existe sino en función del rey. Y cuando ya no haya rey... (*Pausa.*) Fíjate en mí.

RELOJ. — Pero tú pulsas. Eres esponjoso, tienes sangre, estás sujeto a hemorragias, a colapsos, a lesiones. Eres verdaderamente el último corazón. No se repetirá tal imperfección. (*Con énfasis.*) Yo soy la máquina. Pertenezco a la nueva generación. Mi caso es una cuestión de engranajes, en mí nada se corrompe. Soy el hecho, no evoluciono. Soy completo y pleno.

CORAZON. — Pero eres el reloj. Y sin tiempo, ¿qué será de ti? Un tic-tac no querrá decir nada si no transcurre un instante de tiempo entre el tic y el tac.

RELOJ. — ¿Quién habló del tic-tac? ¡Qué cosa ridícula, qué desfiguración más horrorosa del mecanismo!

CORAZON. — El algo como lo mío, como la pulsación de que hablabas. Yo me someto y me conformo al tic-tac, porque no hay cómo huir de las relaciones.

RELOJ. — No me confundas. Ya no quiero ser útil. No lo pretendo. Ni tampoco relacionarme. Espero que concluyas

rápido porque detesto verte sujeto a mi funcionamiento. Si me muevo, sangras...

CORAZON.—Tengo lecciones para dar, lecciones que ellos me piden.

RELOJ.—¿Lecciones de cómo apuñalarse en tres lecciones? Pues siempre te vi partido, acuchillado, sacrificado. Ah, ¿de qué sirvió hasta hoy el corazón para el hombre? Este espectro abolido...

CORAZON.—Los robots no necesitan de esto.

RELOJ.—No comprenderían tal lección. Yo y el tiempo abarcamos muchos ciclos bajo este impacto.

CORAZON.—¿El del amor?

RELOJ.—Sea. La máquina no debe pronunciar esta palabra. Ya no tiene razón de ser.

CORAZON.—Pero yo recuerdo que era un tiempo siempre nuevo. Cada revelación valía por todo el tiempo pasado. Y no se quería morir.

RELOJ.—Ya no se trata de querer morir o no. Se trata de elegir y este cáncer de la muerte ha sido superado. Ahora se descansa para la lubricación, para el incremento de nuevos aparatos, transformadores, etcétera. Es el hecho de perfeccionarse, querido mío. Atención (*Pausa.*) Regresan.

(*Entran los Robots 3º y 2º. El reloj se para y el corazón se contiene.*)

ROBOT 3º—Aquí había algo luchando.

ROBOT 2º—Luchar significa romper con el raciocinio lo que no pidió explicaciones.

ROBOT 3º—(*Señalando al reloj.*) Fue esta tortuga.

ROBOT 2º—(*Con cautela.*) No le ofendas. Es nuestra criatura.

ROBOT 3º—Creación del hombre.

ROBOT 2º—Pero que con nosotros conoció la independencia. (*Con orgullo.*) Es la máquina en sí.

ROBOT 3º—Tienes razón. Pero, ¿oíste lo que dijo el hombre? Cada día de vida hay nuevos términos.

ROBOT 2º—Esto quiere decir que no acabaremos nunca...

ROBOT 3º—Al menos mientras haya vida.

ROBOT 2º—¿Y qué es la vida?

ROBOT 3º—(*Refiriéndose al hombre.*) Él.

ROBOT 2º—¿Entonces?

ROBOT 3º—Es necesario acabar con tal vida cuanto antes.

ROBOT 2º—Otra vez la violencia.

ROBOT 3º—Él no nos dará "chance". Y la rosa con que nos amenazó...

ROBOT 2º—¿Qué haremos?

ROBOT 3º—Si alimentamos la rosa, eso que no conocemos, ¿quién nos garantiza que no seremos subyugados por ella?

Pues no la conocemos. Él mismo dijo: El único enemigo es lo desconocido, lo imprevisible. Lección 35, ¿recuerdas?

ROBOT 2º—Recuerdo. No tenemos derecho a olvidar, es todo tan físico en nosotros. (*Suspira.*) ¿Pero la rosa, la rosa!

ROBOT 3º—Este monstruo, este enigma. Es preciso imponer la máquina y admitir únicamente la proliferación de la máquina.

ROBOT 2º—Pero no hay proliferación. Siempre hay construcción.

(*Música electrónica indica la entrada del Hombre con el Robot 1º. Conversan.*)

ROBOT 1º—¿Cuándo pararemos?

HOMBRE.—No se para. Y si paramos, algo se encarga de explotar por nosotros. Hay un fermento debajo de nuestros pies.

ROBOT 3º—(*Adelantándose.*) Intenta aterrorizarnos. Ya no lo necesitamos.

ROBOT 1º—Pero la rosa existe y sabemos poco de ella.

ROBOT 3º—Es fácil destruir la rosa.

ROBOT 1º—Destruir no es conocer. O conocemos o cedemos el lugar.

ROBOT 3º—Escuchen lo que digo: precisamos eliminar al hombre. (*Cambian de sitio. Circuito.*) Es necesario dejar de imitar. Su fin es nuestra hegemonía. Vamos. Decídanse.

HOMBRE.—La imitación de la vida. Mientras no se es dios ¿qué importa la muerte o el fin de la raza? ¿Y quién asumirá lo que sé hasta hoy? ¿Tú, máquina que yo mediría reducida a un puñado de números reversibles?

ROBOT 3º.—Y todavía nos ofende. Nosotros somos los dueños de tu vida!

(La furia de los Robots se manifiesta a través de una "fóerie" de rayos y luminosidades coloridas que se cruzan.)

HOMBRE.—Estoy sereno porque la rosa existe. Y cuando ustedes inicien el diálogo con ella sabrán que otras cosas más minúsculas y no menos terribles sucederán. La máquina más sabia regirá lo que las máquinas son, y de una sociedad sin amor, ¿qué puede esperarse? ¡Corazón, échate aquí! ¡Enseña tu gemido!

(Los Robots interceptan al Corazón que se arrojaba.)

CORO DE ROBOTS.—No queremos este espectáculo degradante en nuestro mundo. Hombre, estás perdido.

HOMBRE.—Llevo conmigo la lección que no acabaría en mí.

CORO DE ROBOTS.—Se venga. La naturaleza tiene horror al vacío, ¿y quién llenará los vacíos que nuestra locomoción provoca? Si decidimos correr hasta el extremo donde la balanza se desequilibra, ¿quién ordenará el vacío que dejamos sin deseo ni culpa? ¿Y cómo procederemos si no tenemos la lección de la emoción, de nerviosidad? ¿La máquina no debe desear nada, sólo andar de aquí *(andan juntos)* hasta aquí? ¿Para qué? *(En tono de lamento.)* Hombre, hoy es el día de tu muerte, porque no tenemos solución contigo, mejor sin ti.

HOMBRE.—Esto es lo que se esperaba, lo que sería el fin del mundo. Ya no se trata de sacrificar las anomalías del hombre, se trata de hundir la posibilidad de sobrevivencia. ¡En estos dedos de hierro!

CORO DE ROBOTS.—En estos dedos de hierro que no tienen horror a la sangre.

(El corazón se inquieta, el reloj pendula.)

ROBOTS.—*(Señalando al reloj.)* El tiempo. ¿Quién mandó entronizar aquí el tiempo?

HOMBRE.—Tal es la decisión que el tiempo inaugura. Cuando se espera una cosa así...

CORO DE ROBOTS.—¿Quién espera? ¿Quién?

HOMBRE.—El tiempo espera la muerte del hombre, el final.

CORO DE ROBOTS.—Y no fallaremos.

HOMBRE.—Hay aún una lección que aprenderéis desanimados. La de mi muerte. Porque las muertes hasta hoy estaban ceñidas a mi vida. Pero yo soy la última vida humana. Y mi cuerpo estará allí como un enigma delante de vosotros, y mi sangre...

ROBOTS.—¿Esa cosa material que no se recompone?

HOMBRE.—Mi sangre coagulará, y esto será el indicio de otros estados independientes. Y mi muerte no será la última actitud. Y de mí nacerán bichos tales que, como la rosa, traerán sufrimiento al vacío.

ROBOTS.—Que no muera aquí.

HOMBRE.—Aquí es el patíbulo, con el corazón y el tiempo.

ROBOTS.—Que no muera aquí. Decidiremos.

(Salen los Robots. Queda el Hombre, con el Reloj y el Corazón.)

HOMBRE.—Es necesario hallar una salida. Ya no es posible poblar el mundo. Todo va a recomenzar.

CORAZON.—Todo va a recomenzar, con más corazón.

HOMBRE.—Menos, mucho menos. Está el cerebro aproximando el tiempo medido a la emoción, ¿y qué resultará de ello? Si tú me sustentas, yo te controlo. Y el cerebro está en mí y lo reconstruyo a mi antojo.

CORAZON.—Eres tan cruel como las máquinas.

HOMBRE.—Las máquinas no tardarán en llegar. Están decidiendo mi destino y no repartirán mi túnica entre ellos porque no es útil ni precisan de ella. Pero destruyen mi cerebro sin saber que está sembrado. El tiempo es este. Corazón, corazón, tu rumbo fue no tener rumbo, y muchos creyeron en ti como el único camino.

CORAZON.—Yo soy el único camino. ¿Qué sería de ti sin mí?

HOMBRE.—Tú eres mi animal y ahora te sofocaría.

CORAZON.—¿Para qué? ¿Qué serías entonces?

HOMBRE.—Un cerebro.

CORAZON.—¿Un cerebro, apenas? Me asustas. Pero si procedes como tus verdugos, yo te amenazo con la rosa. ¿Qué dirás cerebralmente de la rosa?

HOMBRE. — Que tiene tantos pétalos, que su estructura puede ser descripta célula por célula y sin posibilidad de equivocación. Que no hay razón para compararla a nada porque la rosa es, del principio al fin, su perfume y su color. Y que el perfume es una cosa como la rosa, cierto como ella, independiente de ella, accidente que se libera. Como el color. Y nuestro ojo lo sabe todo sobre colores, más que la rosa que los ostenta.

CORAZON. — Mi Dios, ¿aprendiste con los robots esta lección de precisión?

HOMBRE. — Yo soy hijo de Dios y parto de él para dominar los dos polos: el del corazón y el de la máquina.

CORAZON. — Pero con tales instrumentos te humillan...

HOMBRE. — Cuando construí la máquina te negué. Eres apenas mi animal. Te domo y te azoto noche tras noche, y no te doy oportunidad de revelación.

CORAZON. — Pero si yo te lo revelé todo.

HOMBRE. — *(Desesperado.)* ¡Necesito justificar a quien me asesina!

CORAZON. — Pobre, pobre, pobre...

HOMBRE. — Si muero, moriré limpio. Con las paredes lavadas. Una mazmorra blanca donde no persiste ningún espectro. Sólo el hombre que comienza en sí.

CORAZON. — Que acaba en sí, querrás decir...

HOMBRE. — Sea, no comprendes la sucesión de medidas. Eres como el tiempo, ciego en su dimensión. Quiero el principio o el fin, pero higienizado, ¿entiendes? Un cerebro que no divaga, una ciencia que no se dispersa...

CORAZON. — Como los robots, como la máquina.

HOMBRE. — Como quieras.

CORAZON. — Ya estás envenenado y no mereces la tierra. Yo sé lo que sacrificaste. Todo acaba conmigo.

HOMBRE. — Animal, llegó la hora de dominarte.

CORAZON. — Triste victoria la tuya.

RELOJ. — Son las últimas horas. Traten de arreglar las cuentas. No tengo cuerda suficiente para tan deplorable entendiemento.

CORAZON. — El tiempo. *(Al hombre.)* Eres el tiempo en que me estorbas el tiempo. Y te juzgas victorioso.

HOMBRE. — Estoy solo. No hay cómo utilizarte.

CORAZON. — *(Interrumpiendo.)* Entre máquinas.

HOMBRE. — Sea.

RELOJ. — Conformado y malentendido, el reo.

(Cae el telón trasero. El nuevo plano es negro, como la sala del juicio. Sobre un estrado también cubierto de negro, los tres robots, lado a lado.)

CORO DE ROBOTS. — Decidido. *(Apagan y encienden las luces.)*

HOMBRE. — *(Riendo.)* ¿Pero ya deciden?

CORO. — Decidido sobre lo que hasta aquí disponemos. La fuerza y el derecho sobre ti.

HOMBRE. — ¿Y quién soy yo?

(Se mueve el Corazón, como un animal prehistórico, hasta cerca de los Robots, que retroceden horrorizados.)

CORO. — Prende a tu animal. Su cercanía nos ensucia.

(El Hombre se ubica entre el Corazón y las máquinas.)

HOMBRE. — ¿Quién me juzgará?

ROBOTS. — Nosotros, que fuimos creados por ti. No hay tiempo que perder.

HOMBRE. — ¿Y por qué muero?

CORO. — Última lección: porque el hombre es innecesario para la máquina. Ni sus brazos aminoran el esfuerzo que ella hace con nostalgia y superioridad, ni su mirar comunica a los engranajes el aceite necesario.

(El Hombre permanece con la cabeza baja, como escuchando una sentencia.)

CORO. — Porque no necesitamos de Dios. La criatura se libera. Y nos injurian tus actitudes, tu hambre, tu sueño, tu sed. Porque no nos eres útil. Y tu imperfección nos irrita. ¿No es bastante razón?

HOMBRE. — No me dan el derecho de optar?

CORO. — No por la vida...

CORAZON. — Una vez optó por el amor, por el odio, por la venganza, por la pasión. Yo estaba aquí y él no lo percibió, y fui yo quien más maduró. Por ello esta aurora del cerebro.

CORO. — ¡Silencia a tu animal, no entendemos lo que dice!

HOMBRE. — (*Hacia el Corazón.*) Ni yo te entiendo más.

RELOJ. — El tiempo urge. ¿Quién concluye primero?

CORO. — (*Apuntando al Hombre.*) Sólo uno concluye.

HOMBRE. — Todo recomienza, pero sin el animal. ¿Y cómo medir las posibilidades del espíritu sin el animal? Les di la lección de la higiene. ¿Pero dónde utilizarán la esponja si no hay nada más entre el lubricante y la chapa?

CORO DE ROBOTS. — Pero es posible estar más limpios, más rutilantes, más sin ruidos. Es posible percibir la armonía de las correas en los tambores de resonancia, y ni el polvo del mundo, ni el viento enturbiarán los ojos que son nuestros visores.

RELOJ. — Inútil es el tiempo con tales argumentos.

CORAZON. — ¿Por qué aquí todavía? Hombre, sálvate y termina. Yo sería destrozado por tales engranajes.

ROBOTS. — ¡Silencia este animal! Ya te lo pedimos. Nosotros tenemos un peso, una coloración, una densidad, un panel, una seguridad, un sendero. Nada más necesita la máquina.

HOMBRE. — ¿Y a dónde lleva el sendero?

ROBOTS. — La última lección decía: La rosa es un ser incontrolable que nace por sí. Es preciso saber quién es responsable por la rosa.

HOMBRE. — ¡El abuelo! (*Riéndolo.*) Pedís por el abuelo.

ROBOTS. — Tu padre. ¿Dios?

HOMBRE. — Abuelo para los robots, mis hijos.

ROBOTS. — Pero el abuelo no oye, y si estuviese aquí lo sacrificaríamos contigo. Quien mata al padre mata al abuelo. Y el abuelo es tan fuerte que produce la rosa. . . ¿Qué rosa vendrá hasta nuestro reino desde el crepúsculo del hombre?

HOMBRE. — La rosa de siempre, la del diluvio, la de Noé, la de Salomón.

ROBOTS. — ¡No cites tus personajes! Nosotros los ignoramos.

HOMBRE. — Pero la rosa. . .

ROBOTS. — Esta guerra fría a que nos sometéis. (*Cambiamos de sitio apagando y encendiendo luces.*) Pero morirás.

HOMBRE. — ¿Cómo moriré?

CORO DE ROBOTS. — (*Pequeña confusión; se miran e interrogan mutuamente.*) ¿Cómo morirá?

ROBOT 3º — Como murieron los otros.

ROBOT 2º — Nosotros matamos a la masa. Aquí se trata de matar al dios.

ROBOT 1º — El que nos creó.

ROBOT 3º — El eslabón, el eslabón. . . No tenemos músculos, pero tenemos hierros, y los hierros triturarán.

ROBOT 2º — Sería horrible la imagen de dios despedazado.

ROBOT 3º — Lo colocaríamos en una redoma como trofeo. Lección 45 (*Encienden y apagan luces.*) Necesitamos el excitante, lo que impulse el espíritu de las poblaciones, lo que justifique la tiranía o la fraternidad.

ROBOT 2º — ¿Pero qué sabemos de nuestro espíritu?

CORO DE ROBOTS. — (*Al hombre.*) ¿Qué dices de nuestro espíritu?

HOMBRE. — ¡Es tarde!

ROBOTS. — Aún no has muerto y te exigimos que nos inicies en esto.

HOMBRE. — Es imposible. (*Señala al Corazón.*) Sólo el animal conoce la distribución de estas fibras.

CORO DE ROBOTS. — Conservaremos al animal.

HOMBRE. — Sin mí no subsiste.

(*Los Robots conferencian; una sombra como la noche descende lentamente sobre el estrado.*)

ROBOT 3º — ¿Quién permitió que descendiese la noche? ¿Quién apretó los botones sin conocer toda la ciencia?

ROBOT 2º — Es la primera vez que algo ocurre sin que lo esperásemos.

ROBOT 1º — ¿Qué hacemos aquí, si todo acontece sin que esperemos, sin que decidamos?

CORO DE ROBOTS. — Es imprescindible determinar el dominio de las máquinas.

HOMBRE. — ¿Qué decidís sobre mí?

CORO. — (*Uno al otro.*) ¿Qué decidimos sobre él?

ROBOT 3º — Que muera.

ROBOT 2º — Y el animal con él.

ROBOT 1º — ¿Y cómo controlaremos nuestro espíritu?

ROBOT 3º — Está la rosa en camino. Esperemos.

ROBOTS 1º y 2º — Sea.

ROBOT 3º — Así resolvemos: ni tú ni el corazón tendrán esperanzas de pompa, es una cuestión de desligar. Decidimos. La muerte es una puerta de salida, tan fácil de manejar como una dentadura postiza y tan inútil como ella.

HOMBRE. — Sea.

CORO. — Decidimos: La respiración instituye una relación con el espacio, el espacio es infinito, el infinito no piensa donde no hay cerebro se pierde la autonomía del hombre. Sólo la máquina subsiste sin mancha.

HOMBRE. — Sea.

CORO. — Esto es el pecado, la angustia. Los cerebros no sufrirán de angustia.

HOMBRE. — Hasta que llegue la rosa.

CORO. — Con la llegada del monstruo, o rosa, maduraremos.

HOMBRE. — Para el exterminio.

CORAZON. — ¿Quién habló de madurar? ¡Es el colmo!

CORO. — (*Interrogándose mutuamente.*) ¿Quién habló de madurar?

ROBOT 2º — ¿Qué es madurar?

ROBOT 2º — (*Que traía un libro bajo el brazo.*) Aquí está, en el diccionario del hombre. (*Hojea el libro sin encontrar lo que busca.*)

ROBOT 3º — ¿De qué nos sirve el diccionario del hombre?

ROBOT 2º — ¿Cuándo ya no tengamos al hombre?

ROBOT 3º — Quememos las palabras del hombre. Las que poseemos son suficientes.

ROBOT 2º — ¿Pero cómo quemar, si no tenemos fuego? ¿Si abolimos el fuego?

ROBOT 3º — ¿Cómo destruir la palabra del hombre? ¿Cómo? (*Desesperado.*) Es un dilema terrible. (*Apagan las luces y las encienden. Pánico momentáneo.*)

CORO DE ROBOTS. — La palabra del hombre, la que queda después de nuestra palabra, la que comienza tras nuestro último vocablo. ¿Cómo destruir la palabra del hombre?

HOMBRE. — ¿Me preguntáis a mí? Esta reunión era para juzgarme.

CORO. — Era para juzgar. Sea. Morirás. Después pensaremos qué hacer con tu palabra.

HOMBRE. — Que sea antes de la llegada de la rosa. Entonces perseguiréis en el diccionario los términos ininteligibles que llevan en sí el veneno. Cuidado con Babel.

CORO. — (*Intrigados.*) Babel...

ROBOT 3º — Vamos, matémoslo antes que nos desoriente.

(*Los Robots descienden del estrado. Se encaminan hacia el Hombre que los mira sin odio ni amor.*)

CORO DE ROBOTS. — ¿Vamos?

HOMBRE. — ¿Es una invitación? Una manera decente de extermiar.

CORAZON. — (*Al Hombre.*) Yo te sigo. (*Al Reloj.*) ¿Y el tiempo?

RELOJ. — Después del desenlace podré marcar el no-tiempo. O el tiempo mío.

CORAZON. — (*Al Reloj.*) Eres frío. Después de tantos años juntos...

RELOJ. — Yo soy la máquina.

CORAZON. — Perdón.

ROBOTS. — ¿Vamos?

Se encaminan hacia la salida, encendiendo y apagando luces. Los sigue el hombre que a su vez arrastra al corazón por una cuerda. El reloj se coloca en el centro exacto del escenario, una luz cae sobre él directamente. Se oye un batir de tambores a lo lejos. Ritmo. Como de una ejecución, marcando pasos de condenados. El reloj oscila emocionadamente, de acuerdo al ritmo, de los tambores. Este crece desmesuradamente, hasta que cesa cuando ya es ensordecedor. El reloj deja de pendular en el momento exacto del silencio, como si de uno dependiese la existencia del otro. Los brazos, péndulos del reloj, permanecen rígidos en la posición en que estaban cuando se interrumpió el toque de tambores. Una densa oscuridad cae sobre la escena mientras el telón desciende.

Copyright 1962 - Derechos Reservados

JORNAL DE LETRAS

revista de literatura

Av. Erasmo Braga 255
Río de Janeiro - BRASIL

LEITURA

a revista dos melhores
escritores

Caixa Postal LAPA 50
Río de Janeiro - BRASIL

Ya apareció el N° 4 de POESIA-AHORA:



no se duerma!

Pídanos un ejemplar gratuito

Allen Ginsberg

CANCION

El peso del mundo
es amor.
Bajo el tardo
de soledad,
bajo el tardo
de insatisfacción

el peso
el peso que acarreamos
es amor.

¿Quién puede negarlo?

En sueños
toca
el cuerpo,
en pensamiento
construye
un milagro,
en imaginación
angustia
hasta nacer
en lo humano—

del corazón se asoma
ardiendo con pureza—
pues el fardo de la vida
es amor,

pero cargamos el peso
fatigosamente,
y así debemos reposar
en los brazos del amor
al fin,
debemos reposar en los brazos
del amor.

No hay reposo
sin amor,
no se duerme
sin sueños
de amor—
sea loco o frío
obsesionado con ángeles
o máquinas,
el deseo final
es amor

—no puede ser amargo,
no puede negarse,
no puede impedirse
si se lo niega:

el peso es muy grande

—debe darse
para no volver
como el pensamiento
es dado
en soledad
con toda la excelencia
de su exceso.

Los cálidos cuerpos
brillan juntos
en la oscuridad,
la mano avanza
hacia el centro
de la carne,
la piel tiembla
de felicidad
y el alma viene
gozosa hasta el ojo—

sí, sí,
eso es lo que
yo quise,
siempre quise,
siempre quise,
regresar
al cuerpo
donde nació.

Este poema de Allen Ginsberg es anterior a "Aullido". Nos
anuncian que regresa a New York el próximo invierno.

ALGO SOBRE LA PAZ

Egito Gonçalves

EL AMOR, LA POESIA...

El tiempo rola, vuestros rostros crecen
en el surco de las lágrimas; vuestros largos cabellos
cubren, en las noches difíciles, nuestro frío.

Soplan los vientos en la planicie, fecundando,
hectárea a hectárea un suelo abonado
por nuestras esperanzas.

Las pupilas de libertad boyan en grandes ojos
desmedidos
abiertos al futuro.

Entre la noche y la tempestad
un barco de milagros busca un puerto seguro:
un rostro de abrigo.

● Egito Gonçalves, redactor de la revista portuguesa "Bandarra".

Grinberg me ha pedido que escriba algo sobre la paz. Algo, supongo, que pueda tener eco en "ECO" (no agrego contemporáneo a pesar de que la asonancia suena a canto de gallo y me gusta el cocoricó anunciador del día). Por aquí, por lo que anoto entre paréntesis, quizá pueda empezar a comunicarme con los que llenos de desesperanzada esperanza hacen la juvenil revista. Con los que creen que únicamente los que salen de la adolescencia son alérgicos, a las frases manidas. Con los temerosos de llegar a pensar en consignas. Con los que, al parecer, adoptan la rebeldía por la rebeldía misma.

Sólo en el título de una película hay rebeldes sin causa si por causa se entiende el motivo de la rebeldía y no su finalidad. El que se rebela contra algo o contra todo es porque ese algo o ese todo no son como él cree que deberían ser. Prefigura, por lo tanto algo mejor o más

perfecto. El escéptico total no puede ser un rebelde.

En cambio, esporádicamente, puede serlo el tibio que se considera habitante del mejor de los mundos, y que por ello es capaz de rebelarse contra cualquier intento de modificar o destruir ese mundo. Lo extraño es que ante el problema de la guerra y de la paz tanto el escéptico total como el empedernido conformista adoptan la misma actitud de imprescindencia.

El primero se encoje de hombros aduciendo que siempre ha habido guerras y las seguirá habiendo; el segundo "no se mete" y se engolfa en el cultivo de su jardín cerrado y privado, sea este un parque o la planta en maceta de alguna Villa Miseria. Aquél piensa que tanto da que este perro mundo reviente; éste, si llega a imaginar una matanza mientras extermina hormigas, se dice que los hombres no van a ser tan locos y que si lo son allá ellos: él no puede hacer nada.

La prensa comercial, ese pan nuestro de cada día previamente masticado, es la dieta bien dosificada que sirve para mantener aquellos estados de ánimo. Sus titulares —no siempre ajustados al texto de la información— a pesar de ser alarmistas no tienen como finalidad alertar a la opinión pública sino aumentar la venta mediante noticias en las que se combina el sensacionalismo del suceso policial con el interés expectante de un partido de fútbol. Partido en el que se descuenta que los goles serán hechos por nuestra cristiana y occidental civilización, a pesar de que la pobrecita, según los histéricos titulares, siempre está peligrosamente amenazada.

La gente, el hombre de la calle, el pacífico ciudadano, tanto el que se ha quedado sin trabajo, como el que cobra en bonos o no cobra nada mientras tiene que pagar cada vez más caro lo imprescindible para seguir viviendo, se habitúa al alarmismo en letra impresa —que se refiere por lo demás a tierras lejanas—, y hasta llega a parecerle natural el cálculo

(nota "optimista" publicada hace unas semanas en *La Nación*) de que en una guerra nuclear sólo morirían 40 millones de norteamericanos y 60 millones de soviéticos. Que el costo de la vida se debe, en gran parte, a las sumas de dinero invertidas en preparar la muerte de sólo esos cien millones de seres humanos, es una realidad que pocos advierten y que los grandes rotativos se cuidan bien de señalar: no vayan a hacerle el juego al comunismo...

Así se embotan las conciencias ya semidopadas por la TV, la mayoría de las películas, los semanarios ilustrados y los hoy tan difundidos horóscopos. Así, a dosis diarias, se inyecta el narcótico que anestesia el sentido de la responsabilidad, se mata la fe del hombre en su propia fuerza y se le convence que su destino depende de los astros.

De esos astros que, precisamente por su esfuerzo, está a punto de tocar.

La pasividad de la mayoría es la mejor aliada de la activa minoría que especula con la guerra y está dispuesta en última instancia a provocarla, y quien

no acepta esta verdad porque suena a lugar común les hace el caldo gordo justamente a los que, por ser poderosos, operan mediante una gama infinita de frases hechas y de fórmulas atrapa-tontos. Incluso hasta los de mentalidad opuesta a la del *reader* de cualquier *digest* pueden caer en la trampa. Tanto como los ingenuos, los que inmovilizan el temor de "comulgar con ruedas de carreta"; todos son devorados por el engranaje que han montado y puesto en marcha precisamente aquellos contra quienes ellos están en verbal rebeldía.

Salvo que la desesperación lleve al suicidio y que la cobardía lo prefiera colectivo, nadie puede aceptar, la posibilidad del exterminio atómico. El único medio para impedirlo es manifestar la protesta en toda ocasión y de toda manera posible. Y no hacer remilgos a la acción coordinada con quienes estemos de acuerdo aunque más no sea en un solo punto: el de preferir la vida a la muerte. Las diferencias en cuanto a los métodos adoptados para impedir la guerra

—excepto el muy peligroso y falso de la paz armada— no deben ser óbice que retarde, traben o impida la acción. Y menos aún para los espíritus rebeldes, pues si no todos configuran de manera igual el resultado de esa rebeldía, todos deben oponerse unidos a la guerra tramada por quienes valoran más su dinero que la vida. Así, al manifestarse públicamente contra la invasión a Cuba, lo han entendido los poetas y escritores que en los Estados Unidos llaman *beatniks*; mientras en Inglaterra el iracundo John Osborne se ha convertido en el más ferviente militante del Movimiento contra la Guerra Nuclear que dirige el viejo Bertrand Russell.

Beatniks o komsomoles, iracundos o disciplinados, occidentales u orientales, serán los jóvenes quienes verán la aurora que anuncia —como nuevo canto de galo— el avance de la ciencia y de la técnica, y serán ellos los que gozarán de esa libertad que únicamente podrá crecer y dar fruto en un mundo pacificado.

Noviembre 1962

MANIFIESTO en APOYO de

Nosotros, los abajo firmantes, apoyamos sólidamente la defensa de la libertad de leer hecha por el Juez Samuel B. Epstein en su histórica decisión sobre el caso **Trópico de Cáncer** en Chicago. El Juez Epstein, al establecer que "el derecho a la libre expresión se transforma en un privilegio inútil cuando se restringe o niega la libertad de leer", ha expuesto honradamente al público el tema de la censura policial. Durante los meses recientes, unos policías, alentados por ciertos grupos minoritarios de presión, han logrado imponer a muchas comunidades sus limitados gustos literarios.

Nosotros creemos con el Juez Epstein que ni la Policía ni las Cortes deben tener poder para reglamentar el material de lectura de un pueblo libre. La cuestión no es si **Trópico de Cáncer** significa una obra maestra de la literatura americana; sino más bien si un autor de una integridad artística como la de Henry Miller se halla incluido en la protección prevista por la Constitución de los Estados Unidos.

HARRY ASHMORE
JAMES BALDWIN
IAN BALLANTINE
WILLIAM BARRETT
JACQUES BARZUN
SAUL BELLOW
ERIC BENTLEY
LOUISE BOGAN
GEORGE BRAZILLER
GERMAINE BREE
EUGENE BURDICK

HERB CAEN
ERSKINE CALDWELL
ANGUS CAMERON
TRUMAN CAPOTE
JOHN CIARDI
HAROLD CLURMAN
JOHN COURNOS

EDWARD DEGRAZIA
PATRICK DENNIS
JOHN DOS PASSOS
RICHARD ELLMAN
CLIFTON FADIMAN
L. FERLINGHETTI

JACK GELBER
HERBERT GOLD
HARRY GOLDEN
HORACE GREGORY
LILLIAN HELLMAN
GRANVILLE HICKS
J. CLELLON HOLMES
IRVING HOME
RICHARD HUETT

ALDOUS HUXLEY
JAMES JONES
FRED JORDAN
ALFRED KAZIN
JACK KEROUAC
ROBERT KIRSCH
KENNETH KOCH
JAMES LAUGHLIN
MAX LERNER
ROBERT LOWELL
CARSON McCULLERS
R. M. MACGREGOR
ROBIE MACAULEY
NORMAN MAILER
BERNARD MALAMUD
MARYA MANNES
ARTHUR MILLER
ERIC MOON
MARIANNE MOORE
TRUMAN NELSON
WILLIAM PHILLIPS
HENRY RAGO
ELMER RICE
HAROLD ROBBINS
BARNEY ROSSET
PHILIP ROTH
MARK SCHORER
RICHARD SEAYER
ROD SERLING
KARL SHAPIRO
IRWIN SHAW
INVING STONE
WILLIAM STYRON
AARON SUSSMAN
LIONEL TRILLING
MARK VAN DOREN

la LIBERTAD de LEER

Esta es una cuestión de inmediatez y serio concernimiento para cada ciudadano que sostiene costosamente las tradiciones de nuestra democracia, y que abomina la intrusión de la censura oficial en el vital área de la expresión artística y literaria. Este es un tema al que somos especialmente sensibles.

El dictamen del Juez Epstein contra la prohibición de libros ha reafirmado el derecho de un pueblo libre para decidir por sí mismo lo que debe leer y lo que no. Más allá de eso, suena como una clara prevención para que todos nosotros protejamos los principios a partir de los cuales se edificó nuestro país.

Urgimos a todos los que, junto con el Juez Epstein, repudian la censura policial en el terreno de la literatura y las artes, para hacer que sus voces se oigan en sus propias comunidades y derroten cualquier intento de represión antes que sea permitido correr nuestras más preciosas libertades

DAN WAKEFIELD	RICHARD WILBUR
ARTHUR W. WANG	EDMUND WILSON
R. PENN WARREN	PHILIP WYLYE

y 170 firmas más de escritores y editores de EE.UU.

el HIPSTER:

rebelde de la

GENERACION BEAT

En una entrevista televisada en 1957, después de aparecido un libro titulado "En el camino", se interrogaba a su autor:

PREGUNTA: "¿Esta generación ha sido descripta como una generación *escrutadora*? ¿Qué están buscando ustedes?"

JACK KEROUAC: "Dios. Quiero que Dios me muestre Su rostro."

Nadie pareció entender el significado de esto y algunos críticos insistieron en que esos salvajes hedonistas realmente no representaban nada y que no eran otra cosa que "imbéciles morales y mentales" y "rebeldes burgueses". El libro se convirtió en tema de acaloradas discusiones —por ende se vendió bien— y el término prendió.

Lo que Kerouac parecía ofrecer en resumen, era una introspección de las actitudes de una generación cuyos mayores estaban completamente reblandecidos. Implícitamente, en extremo parecía que la primera preocupación de sus personajes era el *rock and roll*, el uso de drogas, una actitud amoral frente al sexo y todos los fenómenos subalternos que han caracterizado al joven estadounidense moderno.

Proveer una palabra que resuma las características de una generación entera ha sido siempre una tarea infructuosa. Si las generaciones de posguerra lo han requerido unas más que las otras, tal vez esto se deba a que los integrantes de una generación de posguerra tienen en común una desusual experiencia unificadora, enfrentada a una edad impresionable. Pero hallar una palabra que abarque a un grupo que oscila entre los 18 y 28 años es aún mucho más difícil, porque este grupo incluye veteranos de tres tipos diferentes de guerra moderna: la guerra caliente, la guerra fría y una guerra que terciamente no se denomina así sino *acción policial*. Con la palabra *beat* pudimos tener al fin nuestro apodo. Todo el que ha vivido una guerra, sabe lo que *beat* significa, no tanto hastío sino descarnamiento de los nervios; no tanto "estar lleno hasta aquí" sino estar vaciado. Describe un estado mental en el que uno se ha despojado de todo lo innecesario, quedando receptivo a todo lo que lo rodea pero impaciente con las obstrucciones triviales. Ser *beat* es estar en el fondo de la personalidad de uno, mirando hacia arriba. Ser existencial, más en el sentido de Kierkegaard que en el de Jean Paul Sartre.

Lo que diferenciaba a los personajes de "En el camino" de los mezquinos criminales engendrados en los barrios y de esos fallidos Bohemios que han sido parte de la materia prima para mucha ficción estadounidense —lo que los hace *beat*— era algo que pareció irritar a la mayoría de los críticos. Era la insistencia de Kerouac en que ellos estaban a la búsqueda, y que el objeto específico de esa búsqueda era espiritual. Aunque recorrian el país en todo sentido con frágiles pretextos, acumulando sensaciones a lo largo de la ruta; el verdadero viaje era hacia adentro; y si parecían traspasar muchos límites, legales y morales, era sólo por la esperanza de hallar del otro lado algo en qué creer. "*La Generación Beat es básicamente una generación religiosa*", decía Kerouac agregando: "Abarca a cualquiera entre los quince y los cincuenta y cinco, a cualquiera que lo hurgue **TUDO**. No somos Bohemios, recuerden. *Beat significa beatitud, no abatimiento. Eso se SIENTE. Se siente en el batir, en el jazz — jazz cool real o un buen número de rock.*"

A primera vista, esto puede sonar absurdo cuando se considera que padres, líderes cívicos, agentes de la ley e inclusive los críticos literarios, a menudo se han divertido irritado o conmovido por la conducta de esta generación. Han notado más delincuencia, más excesos, más irresponsabilidad social que en cualquier otra generación reciente; y han visto menos interés en la política, en la actividad de la comunidad y en los credos religiosos ortodoxos. Se han sentido ultrajados por la adoración del desaparecido James Dean viendo en ello signos de una peligrosa morbosidad y se han sentido igualmente ultrajados por la adoración de Elvis Presley viendo en esto signos de una peligrosa sensualidad. Han leído estadísticas sobre el uso de narcóticos, la promiscuidad sexual y la consumición de alcohol entre los jóvenes —y palidieron. Han lamentado el hecho de que “el trabajo más original (literario) que se haya producido en el país haya venido a depender de lo bizarro y lo offbeat por su estímulo creativo”; y han expresado su horror ante el inquietante tipo de crimen juvenil —violento y sin objeto— que ha brotado en muchas ciudades.

CeDInCl

No ven signos de una búsqueda de valores espirituales en una generación cuyos variados héroes trágicos han incluido al jazzman Charlie Parker, al actor Dean y al poeta Dylan Thomas; y cuyo interés ha recorrido todo el camino desde el be-bop al rock and roll; del hipsterismo al Budismo Zen; de las drogas alucinatorias al Método. Decirles que esta es una generación cuya casi exclusiva inquietud es el descubrimiento de algo en qué creer, les parece un eludir el rostro de la evidencia.

Y sin embargo, aunque cualquiera que lee los diarios, mira la TV o va al cine está bien informado de la conducta de la Generación Beat, muy poca atención se ha dado a las actitudes que existen detrás de dicha conducta. Y esto a pesar del hecho de que lo que la gente piensa, y no solamente lo que hace, es lo que nos da la visión de lo que esa gente es.

Probablemente, todas las generaciones sienten que han heredado “el peor de los mundos posibles”, pero la Generación Beat tiene más derecho de clamarlo que cualquier otra generación que la haya antecedido. El clima histórico que formó su actitud fue violento, y violentó tanto a las ideas como a los hombres que creyeron en ellas. Uno no tiene que estar conscientemente enterado de tal destrucción para sentirla. Las nociones convencionales de lo privado y moralidad pública se han ido atrofiando paulatinamente durante los últimos diez o quince años por la exposición de traiciones en el Gobierno, corrupción de los Sindicatos y del Comercio, y los escándalos de las poderosas Broadway y Hollywood. Las fés políticas que algunas veces parecieron aprobar la matanza han ido haciéndose progresivamente menos aprobadas a medida que la matanza ha llegado a proporciones que aterran incluso a la mente matemática. Las concepciones religiosas ortodoxas sobre el bien y el mal, parecen crecientemente inadecuadas para explicar un mundo de ciencia-ficción convertido en realidad, de enemigos de ayer convertidos en amigos íntimos, y de diplomacias honorables convertidas en peldaños para la guerra. Las generaciones mayores pueden ser angustiadas, cínicas o apáticas frente a este mundo, o pueden haber de alguna manera ajustado sus concepciones a él. Pero la Generación Beat es específicamente el producto de este mundo y éste es el único mundo que sus miembros han conocido.

Es la primera generación de la historia americana que ha crecido en el entrenamiento militar en tiempo de paz como una realidad completamente aceptada de la vida. Es la primera generación para la cual las tramposas frases de la psiquiatría han llegado a tal pábulo intelectual que puede pensar que ellas podrían no dar la medida final del alma humana. Es la primera generación para la cual genocidio, el lavado de cerebro, la cibernética, la investigación motivacional —y la limitación resultante del concepto de la volición humana inherente en ella— se han hecho tan familiares como su propia cara. Es también la primera generación que ha crecido con la posibilidad de la destrucción nuclear del mundo como respuesta a todas las preguntas.

Pero en vez del cinismo y la apatía que acompañan el fin de los ideales, y que dieron a la Generación Perdida (Hemingway, Fitzgerald...) una cierta poesía, una calidad otoñal; la Generación Beat es simultáneamente demasiado vigorosa, demasiado decidida, demasiado infatigable, demasiado curiosa como para calzar en la de sus mayores. Nada parece interesarla o satisfacerla sino en los extremos, los cuales, si bien han incluido la criminalidad de los narcóticos también han llegado a la santidad de los monasterios. Por todas partes, la Generación Beat parece ocupada en la afebrada producción de respuestas —algunas de ellas amilanadoras, otras idiotas— para una sola pregunta: ¿cómo hemos de vivir? Y si esto no es inmediatamente reconocible en los motociclistas de campera negra de cuero o en los hipsters que "hurgan la calle", es porque damos por sentado que sólo tienen validez las respuestas que reconocen al hombre como un animal colectivo, y no nos damos cuenta que la única respuesta que éste puede aceptar saldrá de la oscura noche de su alma individual.

Si Hemingway y Fitzgerald escribieron los libros de la Generación Perdida, también vivieron su vida (la bebida, una vida expatriada de hilaridad desesperada y rudo cinismo), y Kerouac ha hecho no menos con su generación. Años atrás, tras la publicación de una primera novela y después de ser absorbido durante un tiempo por la vida literaria de New York, me dijo disgustado: "Tengo que elegir entre todo esto y los trepidantes camiones del camino americano. Pienso que elegiré los camiones, donde no tengo que explicar nada, donde nada es explicado, sólo real." Y eso eligió. Lo que siguió fueron años de existencia nómada —viajes a dedo, trabajos raros, trazas de escritos en San Francisco, Denver, New Port y México ("Ah, John, Ernest Hemingway estaba equivocado, y cómo podía saberlo alguno de nosotros, sin haber visto una corrida de toros"). Lo que siguió fue el descubrimiento de una actitud nueva que la gente joven de todas partes asumía en cierta medida.

Cuando se publicó "En el camino", Jack Kerouac conocía de lado a lado los Estados Unidos (sus carreteras y sus hipsters) como quizá ningún otro escritor anterior puede haberlos conocido; y ahora ya no se interesa en "explicar" a su generación con fríos términos sociológicos o psicológicos. Sabe que la verdad se halla en todas partes. Ha oído la charla afebrada en coches veloces, ha visto a los jóvenes, limpios rostros vueltos atentamente hacia el saxo tenor; puede decir de muchas actitudes literarias de sus mayores: "La vida continúa... En los callejones de Filadelfia los hombres atienden el juego y luego salen y asesinan a sus mujeres. En las calles de Baltimore, todas parecidas con umbrales blancos, alguien se está muriendo genuina y seriamente... Así, son sólo nuestros escritos que conmocionan el contenido de una taza, pero no al mundo."

En sus viajes conoció viajeros "a dedo" que escribían "novelas locas" y a poetas de mochila vagando hacia "la otra costa" para leer sus poemas a los amigos; y fuera de esas percepciones él siente, la literatura llegará eventualmente. Y lo ha hecho, es la literatura de la *Beat Generation*.

En el orden de los adultos, un casi primitivo deseo de vivir genera el hipster, quien deambula por nuestras ciudades como un miembro misterioso, no-violento, de algún Clan Subterráneo, no complotando algo sino simplemente manteniendo viva una filosofía impopular, algo así como los cristianos del siglo primero. Encuentra en el jazz, los suaves narcóticos, su lenguaje reservado y la noche misma, la afirmación de una individualidad (más y más acosada por el conformismo de nuestra vida nacional), que sólo puede expresar algunas veces con una cierta excentricidad. Pero su propósito es ser *asocial* —no leer anti-social—; su "hurgar" en trance el jazz o el sexo o la marihuana es un esfuerzo para *liberarse*, no para ejercer poder sobre los demás. En su estado de mayor lucidez, el hipster siente que las disputas, la violencia y el afán por "vincularse" son finalmente "Square" (cuadrado burgués, mediocre y miserable), y dice a veces "Sí, hombre, sí!" al principio budista según el cual muchas miserias humanas surgen de tales emociones.

En este nivel, el hipster practica una clase de resistencia pasiva a esa Sociedad Square en la que vive, y lo más que puede proponer como programa sería la remoción de toda traba intelectual aplicada a restringir la manifestación y goce de su única individualidad y los "afanes" de hurgar la vida a través de ella. Y como Norman Mailer decía en un artículo: "La afirmación implícita en (esta) proposición es que el hombre podría probar entonces ser más creativo que asesino, y así no podría destruirse a sí mismo." Todo lo cual es, después de todo,

un punto de vista de la naturaleza humana algo bastante más espiritual o incluso religioso, que el que sustentan muchos de aquellos que miran hacia la Beat Generation viendo sólo sus excesos.

Esta afirmación del poder creativo del alma emancipada del individuo se yergue detrás de todo en lo que se interesan los miembros de esta generación. Si sienten curiosidad por las drogas, por ejemplo, su razón inicial es el deseo de incursionar el propio sub-mundo. "Pero, hombre, anoche me elevé tanto que lo supe todo. Quiero decir, supe el por qué."

En las artes, el jazz moderno es casi exclusivamente la música de la Generación Beat (o Hip), así como la poesía (descontando a Kerouac) es su literatura. Si el hipster atiende a un saxo gimiendo de una manera muy parecida a la de los hombres que alguna vez atendieron las palabras y los gestos de los sagas, esto sucede porque primariamente el jazz es la música de la libertad interior, de la improvisación; más del individuo creador que del grupo interpretativo. Es la música de una gente sumergida que se siente libre, y es así como hoy en día se sienten estos jóvenes. Por tal motivo, la corta y violenta vida del saxo alto Charlie Parker (junto con la de Dean y Dylan Thomas) ha ejercido una fuerte atracción sobre esta generación, porque los tres siguieron su propio comprometido camino, escuchando sus

voces interiores, celebrando todo lo que pudiesen encontrar para celebrar, y luego pagando voluntariamente el costo en auto-destrucción. Pero si la gente joven los idoliza, no se ilusionan con ellos como mártires, pues saben (y casi estoicamente aceptan) que uno de los riesgos de ir tan ligero y hasta tan lejos, es la muerte.

Pero es quizá en la poesía donde la actitud de la Generación Beat (y su exagerado deseo de hallar creencia a cualquier precio) se articula más claramente. En San Francisco (que en muchos sentidos es el París de esta generación) una entera escuela de jóvenes poetas rompió completamente con el elegante y rígido academicismo universitario. Algunos de ellos se adhirieron al Budismo Zen que es una irracional psicología de revelación altamente sofisticada y aguardan el *satori* (sabiduría, entendimiento, reconciliación, iluminación). Otros son legos católicos, han habido hasta monjes, y cantan por la redención del mundo. Unos parecen frailes mendicantes y otros juglares de la Edad Media que lleva ntada su propiedad sobre la espalda, incluyendo copias a máquina de sus poemas para dejarlas en galerías de arte, baños, y como uno de ellos dijo, "en otros sitios donde los poetas se reúnen". Todos ellos creen que lo que debe ser dicho en primer lugar es sólo aquello que quema por serlo sin importar lo "in-poético" que pueda parecer, sólo lo que es inalterablemente verdadero para el poeta e irrumpe fuera de él como un torrente que halla su forma a medida que fluye. Las actitudes literarias, la preocupación por la métrica o la gramática, todo lo auto-consciente y artificial que separa la literatura de la vida (así dicen) tiene que desaparecer. Como resultado, sus lecturas públicas son más *jam-sessions* que sofocantes eventos "culturales". El poema de Allen Ginsberg "Aullido", largo, brillante y desordenado, contiene una gran cantidad de expresiones y experiencias que antes nunca habían sido incluidas en poemas; sin embargo, su aspiración es tan claramente una defensa del espíritu humano frente a una civilización que intenta destruirlo, que su efecto resulta purificante. Ha dicho Ginsberg: "Howl es una 'Afirmación' por experiencia individual de Dios, el sexo, las drogas, el absurdo.

Lo mismo podría decirse de "En el Camino". Muchos críticos dedicaron bastante tiempo en manifestar su bien educado disgusto por la sordidez de parte del material, tanto, que olvidaron completamente mencionar que en este mundo, el mundo de la Generación Beat, Kerouac halló infaliblemente ternura, humildad, alegría y hasta veneración; y, aun viviendo en lo que muchos críticos consideraron una selvática pesadilla de sensación vacía, los personajes podían decir una y otra vez:

"Nadie puede decirnos que no hay Dios. Hemos pasado por todas las formas... Todo está claro, Dios existe, sabemos el tiempo... Más aún, conocemos América, estamos en casa... Damos, tomamos, y vamos en la increíble complicada ternura..."

Se resisten a perderse. Quien quiera que sean, éstas no son palabras de una generación que tiene lástima de sí misma por la pérdida de sus ilusiones; ni tampoco las palabras de una generación consumida por el odio de un mundo que jamás hicieron. Parecen más las palabras de una generación que emerge hacia la fe desde el caos moral y la desesperación intelectual en que rehusan perderse. Suenan extraño oír tales palabras de un individuo prendido al volante de un auto que corre velozmente por la noche de América, tan extraño como la respuesta de Kerouac a la pregunta: "¿A quién le reza Vd.?" —"Yo le rezo a mi hermanito, él murió, y a mi papá, y a Buda, y a Jesucristo, y a la Virgen María. Yo le rezo a estas cinco personas..."

Si este agrupar a una santa, a un saga y a un salvador con dos americanos del siglo XX parece extraño, lo es sólo porque muchos de nosotros hemos olvidado (o nunca supimos) cuán real puede ser la experiencia espiritual cuando todas las otras experiencias han fracasado en satisfacer nuestras apetencias. La sugerencia, en el libro de Kerouac, es que más allá de la violencia, las drogas, el jazz, y todos los otros estímulos con los que frenéticamente busca su identidad, esta generación encontrará una fe y será conscientemente (él cree que aún no lo es) una generación religiosa.

Como sea, hay indicios muy serios de que la Generación Beat no es sólo un fenómeno estadounidense. Inglaterra, Japón, Rusia, tienen cierta clase de *hipsters*. En todo lugar, los jóvenes reaccionan contra el creciente *colectivismo* de la vida moderna y la constante amenaza de una muerte colectiva, con el mismo perturbador extremo de individualismo. En todas partes parecen decir a sus mayores: "Somos distintos de Vds. y no podemos creer en las cosas que creen sólo porque *este* es el mundo que han forjado." En todas partes buscan sus *propias* respuestas.

Para muchos de ellos la respuesta será la cárcel, la locura o la muerte. Estos nunca hallarán la fe que Kerouac cree se halla al final del camino. Pero concordarán en una cosa: el inválido abismo de la vida moderna es insufrible. Y si otras generaciones se lamentaron de que el de ellas era "el peor de los mundos posibles", los jóvenes de hoy parecen saber que este el único que tendrán, y que es el *Como* un hombre vive, y no el por qué, lo que hace toda la diferencia. Su suposición —de que el fundamento de todo sistema moral o social es la indestructible unidad del individuo único—, no es otra cosa que una rebelión contra un siglo en el que tal idea ha caído en el descrédito. Pero al reconocer que lo que sostiene al individuo es la fe —y su creciente convicción de que sólo las creencias espirituales tienen validez perdurable en un mundo como el nuestro—, pondrá su frecuente conducta frenética en una nueva luz, y seguramente se reflejará gigantesca en cualquier futuro que tengan.

● John Clellon Holmes, novelista de EE.UU. autor de una trilogía. La primera se titula: "Go" (Vamos).

ECO NOTICIOSO

Buenos Aires.

PROFESIONALES - Y AHORA QUE?

Esto es la pregunta que invariablemente se hacen los **graduados universitarios** de la reciente promoción, en este nuestro país tan desconcertado y malbaratado gracias a la mediocridad de la mayoría de sus dirigentes. Nosotros **somos** el futuro por más que los **viejos** sigan bloqueando los caminos. ECO CONTEMPORANEO ofrece sus páginas como tribuna. Es preciso frenar la **emigración** que pronto puede asumir características masivas. Es preciso hacerse un lugar en el presente e iniciar la Construcción. Es preciso **moverse**. Corran la bolilla. Acérquense.

New York City.

THE FLOATING BEAR

El Oso Flotante ganó por K. O. el proceso que le hicieron a su Nº 9 por "obscenidad" (ver Cartas, Eco C. Nº 1). Sus editores Diane Di Prima y LeRoi Jones agradecen el apoyo solidario que les permitió seguir adelante. Actualmente por el Nº 24, el Oso continúa difundiendo intensamente la nueva literatura de los Estados Unidos.

Buenos Aires.

GUERRA SICOLOGICA

Nº 1

Nos alimentaba el buitre rojo, con su extranjero dinero.

Nº 2

El Fascio!
El Fascio!

Nº 3

Que sí! Que no! época de indecisiones.

Nº 4

Ahora, "son unos infelices que desaparecen". Aunque no les guste, seguiremos saliendo **Indefectiblemente**. Tragaremos los rumores, pobres! y eso que nos son simpáticos. Y bueno! pero la puerca gente que los usa ya los ha estropeado!

Buenos Aires.

A LOS POETAS ARGENTINOS

El Museo de Arte Moderno auspicia una antología poética. Gente **nueva** para una poesía **nueva**. Enviar la mayor cantidad posible de originales inéditos. También datos biográficos y un sobre franqueado para acusar recibo. Fecha máxima de recepción: **Marzo 30 de 1963**. Todas las remesas deben ser hechas a: MIGUEL GRINBERG - C. Correo Central 1933, Capital.

Margaret Randall

POEMA

a la

NUEVA ERA - OREJA

(para Sergio)

Si ello principia divino si ello circula
alrededor de sí / informe con la gente
informe con el pelo de las bestias
frotado en otra dirección
contra sí mismo / como calles

sudando por las esquinas
sofocando direcciones
gritando multiplicaciones imposibles
de uno

UN PEQUEÑO PAJARO EN LA MANO / UN NOMBRE

vivo
uno sobre otro
voltea el sol

es una bendición en sí mismo.

Y EL CIELO ENROJECERA CON NEON / FUEGO

brilla una estrella / un
signo se inclina
hacia afuera
y se cierra sobre sí

gente en movimiento afuera afuera por siempre
en líneas de siempre
cabelleras vistas desde atrás / siguiendo
trenzas sombreros listones grasa
rizado movimiento de cabezas

ES LA CIUDAD CUALQUIER CIUDAD
ANHELANDO LECHE FRESCA

HACIENDO PEDAZOS SU MENSAJE

te miro te necesito nos movemos juntos
desapareciendo entre las calles muros cabezas
bocas abiertas / palabras brotando
son oídas sentidas desaparecen
aire pleno de cabezas

encabezados monedas nombres veranos
animales
orgullosos de haber logrado la gracia
(erguidos en sus pies)
dónde estás junto a mí cómo te sientes?

cantando
la tierra cediendo
su niebla / elevando
ambas caras
del mismo deseo.

México - D.F.

• Margaret Randall co-edita EL CORNO EMBLUMADO en México.
Traducción de la autora y Sergio Mondragón.

Simón Corral

UTERO

CeDInCI

Utero, nervaduras largas y finas
sexo largo y fino.
Adentro la sangre no se resbala
(nunca la sangre está en demasía)
adentro la sangre es tenue.
Allí se nada se grita y se pelea.
El hombre es allí un gran nadador;
suave, fino y desesperado.
Grave tierra de columnas rotas
¿quién la forma? ¿yo? ¿tú?
Sí.
Utero adentro, nuestra sangre
es verde y sola.

Estamos ahí, solos
el único momento en que no se perjudica.
Solamente aquí, el sol no es de nadie
Aquí somos dueños de nuestros
hijos y nietos y bisnietos.
Utero cueva nueva donde debo hacer
mis pensamientos.

Eso, lo grande debemos amar, alejémonos de esos momentos de abandono en los que no sentimos ni siquiera el peso de la amada en nuestros brazos, en los que el duro ciclo de invierno no nos recuerda la lluvia torrencial que fecunda los campos y limpia las ciudades, pese a que la lluvia muchas veces tapa las alcantarillas de nuestra casa; alejémonos de la disolución, de aquella perra occidental, que lame las canillas y la lengua

Utero, sólo el perro ama sinceramente
allí somos perro-vertiente.
Pares y dispares que llegan o no
allí todos son hombres.

¿Quiénes se recostarán sobre
la sangre verde y sola?
hombres nuevos y de lucha
mujeres nuevas y de lucha
hijos nietos y bisnietos
nuevos y de lucha.

Utero
(ahora ni nunca la sangre está en demasía).

Quito - Ecuador.

• Simón Carral pertenece a la revista PUCUNA de Quito, grupo TZANTZICO.

Víctor Pronet

EN LA PLAZA

La plaza está verde y completa con madres, niños, voces, alegría; todo rodeado de buen humor, agradable, sano, correcto. Hasta los árboles parecen gozar sus mejores momentos vigilando niños que corren todo el tiempo. En grupo más compacto, aparte y jubilados, los viejos saboreando la tarde. Aprovechan el único contacto vivo que aún les queda con la calle: la plaza. Intervienen en su sonoridad —aunque no en su movimiento— con sus charlas deslustradas, escamoteando la realidad; oficios, dejados atrás hace mucho tiempo, surgen sin vigor, quedando apenas los adjetivos de los mismos, como si nunca hubiesen existido en sus manos, hoy rugosas y sin callos; mujeres, amadas clandestinamente, con nombres olvidados; curvas, caminadas hoy lentamente, corridas ayer con agilidad en esa misma u otra plaza cualquiera de cualquier país. Hasta los idiomas, diversos, se confunden todos en un porteñismo remendado y personal. Todo eso ya importa poco. Lo que cuenta ahora es alcanzar la tarde siguiente; que no ocurra nada —ordinario o extraordinario—; nada que pueda interrumpir el curso de las

horas; nada que impida sentarse frente al sol, a los demás. Este es uno de los secretos acordados entre la tarde y ellos. No romper la monotonía; horas, días y meses —quizás años— que transcurren en blanco. Un sólo gesto errado, un mínimo inconveniente, trastocaría planes ultra secretos, impensados, aunque intuidos desde lo más profundo de sus entrañas.

Triste. Demasiado triste.

En otros tiempos, cuando inauguraron la vejez, hablaban hasta de huelgas, y de guerras, "la gran guerra"... decía Salomón (que llegaba a la plaza sólo en los días radiantes, porque le resultaba imposible el encierro del café, frente a las piezas de dominó), "no era como ésta, no... Qué esperanza, había otra caballería, otra nobleza, otros alemanes..."

Se hablaba y se discutía sobre temas de actualidad. Pero ya descubrían en parte su futura veterania de jubilados. Y, con cierta dignidad, fueron suprimiendo emociones poco a poco. Luego, se durmieron con los ojos abiertos, todas las tardes consecutivas, todos juntos, pero siempre charlando (convencidos de que la conversación debe ser incesante). Pero la realidad es demasiado obstinada para dejarse burlar, completamente; de tanto en tanto alguna intentaba arañar el tiempo pasado con resabios de ira, lo que para otros es apenas nostalgia:

—Miserables, hijos de...

—Bueno, Antonio, no te pongás así...

—Claro que sí; vos siempre con lo mismo, haciéndote mala sangre... Dejé Antonio...

—...Es que no se puede olvidar; todos saben lo que son esos atorrantes...

—Lo que eran querido, lo que eran. Hace rato que los desplazaron y...

—Mentira, mentira, todavía hay muchos por desgracia. Están en todo el mundo, donde uno menos se imagina, en cualquier parte...

—Mirá; yo creo que se hablaba más de lo que hacían.

—Ah ¡Claro! Se hablaba... ¡fantástico! Preguntale a Simón si hablaban en Alemania, preguntale, andá! Hablaban... Vos sí que tenés una mentalidad... Seguro que todas las tardes te comprabas la "Crítica" al salir de la oficina y con los pies metidos en las pantuflas te seguías los acontecimientos paso a paso desde la "marcia sú Roma" hasta que lo colgaron con el culo al aire. ¡Fantástico! Pero yo nací allá y estaba desde antes de empezar la cosa y ya era un hombre, ¿sabés? y me pisaron la barriga bien pisada con toda su prepotencia...

—Bueno, sí...

—Ya está bien, Antonio...

—...Y entraban al negocio y te tapaban la boca rebolecando el "manganelo" delante de tu propia nariz y a los clientes los sacaban del sillón con la cara medio afeitada y los hacían esperar como muñecos hasta que los afeitáramos a ellos...

—Basta, Antonio...

—...Una porquería de gente; eso es lo que eran... y son! Aquí leían los diarios y de lejos todo parece distinto... Algunas veces me entraban ganas de hacer una barbaridad con la navaja; los tenía tan cerca que con un solo movimiento listo... Pero, decí que uno...

—Claro, pero...

—Haberlo hecho, hombre.

—Sí, haberlo hecho... aquí, en América, ahora... parece fácil, pero arriba del negocio estaba Andrea... con los chicos. Bah, mejor no hablar...

—Mejor.

—Sí, mejor, mejor.

—Mejor.

Todos están de acuerdo. La tarde debe pasar tranquila y agradable: cotidiana. Limitada a tantos temas comunes, hermosos, lavados. Igual que la de ayer, que la de antes de ayer y que cientos de tardes charladas armoniosamente.

Sigilosas las voces retoman sus puestos con precisión. La tarde consume humildemente su tiempo; sesenta minutos justos para cada hora. Ni demasiado cortas ni demasiado largas. Normalidad; el juego de no intervención se cumple, apartando emociones aunque provengan de recuerdos.

Intrascendencia.

Lindo. Muy lindo; encontrarla y retenerla en lo posible. Luego, desgrollarla y manosearla. Uno de los mejores goces para ellos. Pasar revista cuidadosamente y por turno a cada traje, sombrero, o camiseta de lana que visten; comparar con orgullo o vergüenza el rendimiento o antigüedad de la prenda. Gran placer; completar otra tarde, sin la insinuación siquiera de un tema que podría resultar fatigoso, emocionalmente absurdo. No, la edad no concuerda.

Necesitan hacerle trampas a la vida para seguir sirviéndose de ella. Acostumbrarse a que no pase nada... ¿Y quién sabe?, quizás así, acostumbrándose, durase para siempre. Todo podría consistir en elegir las sensaciones —mientras el sol se agota sobre sus cabezas— sin errores, conteniendo el aliento si fuera necesario... No coincidir los hechos con el pensamiento; eso está absolutamente prohibido para ellos por ellos mismos.

Y todos contentos hasta que el sol los abandona; silencioso, se escurre entre los árboles, igual que ellos.

Es una traición, pero se acepta.

Mañana con un poco de cuidado y dedicación, saldrá otra vez.

Buenos Aires, 1959.

CINE

CRONICA DE UN VERANO y el CINE-VERDAD

ENTREVISTA CON EDGAR MORIN

Salón del Richmond Hotel. Las nueve de una mañana casi de primavera. Edgar Morin aparece puntualmente, chaqueta de cuero, sonrisa amplia. Alerta como buen francés por si acaso alguien le saca una foto sorpresa. Nos sentamos, él desayuna. Está de paso por Buenos Aires; viene de Chile donde contratado por la Universidad dictó dos cursos: **Marxismo y Comunicación de Masas**. Combinamos la entrevista anoche al final de una mesa redonda sobre Sociología y Cine en la Facultad de Filosofía y Letras. Nuestro objetivo: charlar sobre **Cronica de un Verano**, film que ha realizado junto con Jean Rouch, el etnólogo (Yo, un negro - La Pirámide Humana). Una película-encuesta que junto con **La Conexión** de Shirley Clarke testimonia un intento de renovación: el CINE-VERDAD.

Vimos el film en el Festival. Intento lograr la autenticidad total. Una cámara de 16 mm y un magnetófono. Las calles de París y una pregunta al transeúnte: **Es Ud. feliz?** Obreros, estudiantes, oficinistas. Diálogo directo, temas intensos: sexo, sociedad, política. Participan los técnicos, se discute, se dicen cosas. Espontáneo, tanto cuando se yerra como cuando se obtiene lo buscado: la verdad. Hay quien dice que toda la película es un fraude previamente ensayado. Error. Tanto desnudación humana choca en este nuestro tiempo materializado. De pronto, varios seres humanos emergen de la vida colectiva y descubren su individualidad, sus conflictos, sus valores. No hay aquí héroes como en los films comunes ni símbolos como en los de tesis. Un cine auténticamente parlante, no hay post-sincronización, no hay doblaje. Todo tal cual ha sucedido. A diferencia del documental que capta periferias, todo aquí es intrínseco. A diferencia del argumental, aquí se vierte el contenido de la vida de gentes reales, tangibles. Un clima colectivo auténtico, el cine **interviniendo en la vida** que comúnmente no es. Estimula, provoca el gesto, la palabra. Le restituye a ésta posibilidades, busca el contacto humano, se ofrece como elemento de modificación directa del vivir. Y el espectador piensa: **Me tocará a mí, mañana?**

Englutido el desayuno, cigarrillos, preguntas.

Cómo ubica al CINE-VERDAD en relación al cine que se produce habitualmente? Cuáles son sus fundamentos?

Al emprender el trabajo teníamos la medida exacta del "desgaste" del film clásico, o sea, su función como importante medio de evasión. El espectador corriente va al cine a desconectar, a buscar otra cosa que la realidad que lo agobia. Por otra parte, tenemos la mecánica del espectáculo contemporáneo. El público está acostumbrado a la historia, al hilo, a los acontecimientos con serás ficticios. Saca sus conclusiones de cotidianidad, dice éxito o fracaso, pero siempre en torno a cuestiones irreales que no lo concierne.

Con **Crónica de un Verano** intentamos modificar esa estructura: no hay tema central, la primera novedad consiste en la ausencia del "héroe principal". Pero también hay una primera dificultad: lograr que el cine se convierta en algo directo, en un reflejo de las preocupaciones cotidianas. De ellas huye el espectador para gozar de la "cosa" sin problemas, paga por hora y media de liberación, o mejor, intenta transferirse a otro tiempo u otras personas. En nuestra sociedad, el tiempo de trabajo es inmensamente frustrante y provoca la necesidad de olvido. Tomemos como referencia el vacío mental del obrero especializado y comprendemos por qué se lanza hacia la fantasía, el alimento imaginario, el cine "normal". Su actividad diaria no le permite creatividad y su personalidad es permanentemente negada. Hay problemas de interés, de coerción, uso y abuso de autoridad. Por supuesto que el cine producido equivocadamente no refleja jamás tal problemática.

El CINE-VERDAD sí, pero no intenta fabricar respuestas. Refleja conflictos, sugiere ausencia de cosas, favorece la expresión de otras, creo que es un modo de contribuir a la transformación de situaciones. Al menos ha modificado la de quienes participaron en **Crónica**, Angelo, Marylou, Marceline... La segunda novedad consiste en el reemplazo del guión por la discusión colectiva.

Nos gustaría conocer algunos detalles de la experiencia.

En principio, tuvimos el problema de la inhibición ante la presencia de la cámara. Algunos primeros contactos en lugares cerrados fueron un fracaso. Ustedes saben, la incomunicación. Luego, reunidos en grupo durante un almuerzo, desencadenada la corriente de simpatía, hicimos un alto, Rouch montó la filmadora y fuimos adelante. A partir de allí dejamos inhibiciones, incluso en temas tan delicados como las relaciones amorosas o la guerra de Argelia, logramos expresiones abiertas. Hasta nos atrevíamos de la cámara presente. Pero sí bien mucho salió espontáneamente, hubo quien llegó hasta representar seis personalidades distintas.

Hubo situaciones en las que el mirar hacia abajo insinuó a algún espectador la evidencia de que todo era fraguado y que los temas se leían. Cada cual su "pero". Si bien hubo momentos de ocultación, hubo instantes de intensidad perturbante. Por ejemplo, esa toma de llanto, muy diferente por supuesto del llanto de un intérprete, nos trae a colación una particularidad de la sociedad burguesa: la exclusión del dolor (o el conflicto). Todo dolor que no puede ser superado o explicado, se excluye o disimula o evade. Igualmente con las dificultades sociales. Creo que la exposición de una crisis permite alumbrar la realidad.

Qué innovaciones aporta en el orden técnico y temático? Cree que el CINE-VERDAD tiene algo que aportar a un cambio de estructura social, por ejemplo?

Rouch experimentó la liberación total de la cámara, los resultados hablan por sí solos. También se renunció a la manipulación de pedacitos sobre la mesa de montaje. Hemos respetado la totalidad del film, no hemos hecho más montaje que el resultante de la selección de secuencias. Además ha sido una experiencia capital como expresión de un cine verdaderamente parlante, con miras a modificar circunstancias. Dada la comunicación entre el autor y sus "personajes", juntos crean los temas que nacen de lo cotidiano.

El personaje se busca a sí mismo. Con Marceline constatamos tanto lo sincero como lo evasivo. Recuerden sus varias "caras", el afán de parecer interesante para los otros, de evidenciarse (o querer) como niña emancipada. En especial ha sido una investigación del fenómeno de comunicación. No estamos satisfechos, ha sido algo muy experimental, un borrador. Aspiramos a abarcar el sentido humano de una obra de esta índole, no a sacrificar valores humanos en nombre del arte. Su probable función? Apuntar la atención hacia lo que no se ve o no se quiere ver de la vida diaria. En general, la gente se halla distanciada de muchas cosas, no las ve tal como son. Mi trabajo **El Rol del Cine** toca algunos de estas cuestiones. Buscamos hacer que el espectador las descubra, las perciba. Creo que es posible una reconquista de la identidad por medio de la imagen.

Hay modos de vida que son un fracaso. Buscamos angustiar al espectador, mostrar cómo vive en niveles distintos, y generar un movimiento de contestación. Por cierto que no sugiramos una forma de vivir, pero discutimos la sinceridad de muchas relaciones interpersonales. En el sentido de aporte, creo que no hemos fracasado. En todo caso se trata de una búsqueda. El autor se plantea la vida a través de la gente, hace la interrogación, toca al espectador, es él quien debe hallar la respuesta, no dársela nosotros como a un bebé. Estoy contra el cine dogmático, buscamos generar conclusiones, no hacer un discurso. El conflicto que podemos crearle al espectador, las interrogaciones que se hogan cuando regrese al trabajo, pueden significar mucho o nada. Pero un film no es una corriente, estamos muy en comienzo recién. Hay muchos errores por superar. El film **Primary**, del norteamericano Lickock, es CINE-VERDAD.

Cuál es su objetivo futuro? Nuestros críticos "progresistas" consideran que el más grande pecado de la Nouvelle Vague es no filmar el tema argelino. Qué puede decirnos al respecto?

Me han encomendado un film de montaje. Recuerdan Uda, el que se hizo sobre Mussolini? Es una manera de que los jóvenes sepan qué ocurrió en el pasado. Mi tema es: **A dónde va el mundo?** También quisiera llevar el tema del amor al CINE-VERDAD, desdorar todo su mitología, veremos.

No se filmó el tema argelino por lo siguiente:

- 1) La rígida censura previa del Estado.
- 2) La inexistencia de productores que financiaran un film que no podía ser explotado comercialmente.
- 3) Responsabilidad de los directores, puts en caso de exhibición los dos bandos hubiesen provocado batallas campales en los cines.
- 4) Decidida actitud de los exhibidores para eludir el peligro del punta arvio.
- 5) La auto-censura de los realizadores. Si bien la NV no manifiesta mucho interés por los temas políticos o sociales, sí bien tiene preferencia por los temas inter-personales y es muy nihilista en algunos casos, puede ser que ahora eso cambie.

Ya el mediocidio, los otros compromisos. Nos separamos. En la puerta del ascensor sabemos que muchos temas han quedado en el finero. Quizá tengamos a **Crónica de un Verano** en alguna pantalla nuestra alguno de estos días. Sólo entonces, cuando Ud. lector sepa de qué se trata, podremos tomar juntos un café y sacar conclusiones. M. G.

EL ROL DEL CINE

El cine no es solamente un arte, es una industria. Es también un alimento imaginario, siempre derivado de una industria, y no se completa en arte sino episódicamente. El séptimo arte, no es otra cosa que la séptima parte que emerge de una realidad cultural sumida en el imaginario social. Para comprender el rol del cine, sería preciso comprender la naturaleza infra-artística del cine, antes de medir sus efectos.

Por otra parte, ¿cómo medir los efectos? Se ha intentado apreciar en los Estados Unidos el efecto ideológico de ciertas películas sobre el racismo, como **Crossfire**. Se ha podido, en efecto, poner de relieve; efectuando el mismo cuestionario a un grupo de espectadores en tres momentos diferentes: antes de la proyección de la película, inmediatamente después y algunas semanas más tarde; que las opiniones antisemitas habían disminuido después de la visión de la película. ¿Qué sacar en conclusión?

¿Que una película puede modificar una opinión? ¿Pero por cuánto tiempo? ¿No puede desaparecer el efecto algunos meses más tarde? ¿Este efecto, tiene valor para todos o para un cierto tipo de espectadores? ¿Este efecto se desprende de las imágenes? ¿De la simpatía inspirada por el actor principal?, ¿de la intriga?, ¿de los diálogos edificantes? Aparte, esta película no es representativa de la producción corriente, y las películas de producción corriente no manifiestan tendencias ideológicas marcadas. ¿Qué sacar en conclusión entonces sino que puede existir un cierto mensaje, en ciertas condiciones, ciertos efectos, es decir redescubrir la más vaga evidencia?

Esto para decir que toda una serie de búsquedas parecen vanas: no se puede, partiendo de una película aislada y de un público aislado, comprender el rol del cine; no se puede intentar una experiencia de laboratorio "in vitro" sobre el efecto de una película. Se puede, a lo sumo, obtener algunas indicaciones sobre ciertos efectos particulares de una cierta película.

Partiendo de las encuestas sobre el público sólo puede evaluarse el rol del cine en forma superficial. Las encuestas pueden revelarnos las preferencias y las alergias a veces estratificadas según la edad, el sexo, la clase social y la nación. Puede comprenderse el rol de ciertas estrellas, por los comentarios que ellas pueden suscitar. Pero, ¿cuál es en realidad la influencia inconsciente o semi-inconsciente de las películas? Quedamos en el literal, incapaces de penetrar en la profundidad de las conciencias.

Generalmente, las encuestas más inteligentemente realizadas con el público, las de Lazartfeld, nos confirman que entre la película (la radio o la televisión igualmente) y sus consumidores, la relación no es directa e inmediatamente operatoria. El espectador dispone de cierta autonomía que se manifiesta bajo tres aspectos: la autonomía relativa de la elección, la autonomía relativa del espíritu, la delegación relativa del juicio a seleccionadores elegidos. La autonomía relativa de elección, es la que Lazartfeld llama "auto-selección". Un oyente de radio gira el botón y puede cerrarlo si una emisión le disgusta políticamente o le aburre estéticamente. El espectador de cine puede elegir su sala, o eventualmente desdenarlas todas. Constatación trivial, pero olvidada por aquellos que creen que pesa sobre el público una irresistible fatalidad externa.

La autonomía relativa del espíritu se manifiesta en el caso más significativo por el efecto de reflejo. Es por ejemplo el caso del **Judío Suss** en la Francia ocupada. Lejos de favorecer el antisemitismo, esta película lo descalifica. **Till Eulenspiegel** tuvo un efecto contrario a la finalidad prevista en las democracias populares, en el momento de los acontecimientos de Hungría.

El reflejo retorna más a menudo de lo que se cree. Así, últimamente, **Los regatos de San Francisco** en vez de provocar interés erótico, suscitó risas y sarcasmos.

La delegación relativa de juicio se efectúa en beneficio de los "guías de la opinión" estudiados por Lazarsfeld. Las encuestas han verificado que ciertos "guías" de la opinión cultural en el seno de un grupo, orientaban la elección de un espectáculo o de un programa. Los "guías" son las "personas al corriente", los estuistas que arrastran a los otros; éstos pueden ser el hijo o la hija en una familia, un compañero sabihondo en una clase, una secretaria en la oficina, etc. Su rol no es reflexionar pura y simplemente la influencia de la publicidad sobre el grupo en el cual orientan la opinión, sino también el de portar la bandera de los valores estéticos dominantes en ese grupo.

En un sistema concurrencial, y de todos modos en una economía de mercado, la autonomía relativa del público es una de las bases del problema global. De allí un punto teórico importante: porque es cierto que el espectador dispone de una autonomía relativa, la influencia del cine no puede ser concebida como un efecto unilateral de la producción sobre el consumidor.

Estamos sobre el terreno de una influencia recíproca, mismo si "a priori" puede pensarse que la función del sistema productor es más importante que la respuesta del público consumidor o no.

Como límite puede creerse que del mismo modo, si el espectador está obligado, en la hipótesis de un sistema autoritario integral, a consumir la producción de películas, los efectos-reflejos serían más poderosos que las influencias soportadas. Por consecuencia, nos hace falta rechazar todos los conceptos que encaran la función del cinematógrafo como el modelamiento de la blanda cera que sería el espíritu del espectador. El espectador más pasivo es asimismo, sobre un cierto plano activo, actor en el seno de un diálogo extraño. Este diálogo parece radicalmente desigual, porque por una parte la película desarrolla un discurso, propone temas, imágenes, acciones, y el espectador no puede responder más que por la aprobación o el rechazo, el triunfo o derrota de la película. Pero este diálogo es menos desigual si se considera no sólo la relación aislada película-espectador, sino también la historia de esta relación, la historia del cine, que es la historia de una adaptación relativa e incierta en sí misma, pero real y siempre en acción entre la oferta y la demanda. Si ciertos tipos de películas tienden a desaparecer en el cine de EE.UU., como el melodrama, si otros se mantienen como el western, es que hay sin duda una adaptación relativa a ciertos deseos del público.

Estos deseos no existen en sí mismos dado que la noción de público no puede estar separada de los determinantes sociológicos: los espectadores son hombres de una sociedad entregada a un momento cualquiera. Y nosotros, estamos inclinados a encarar nuestro problema como un problema total y dialéctico: las películas por una parte, los deseos del público por otra, están en relación con el tipo de civilización y la estructura social-global de cuyo seno emergen. Pero antes de abordar este problema global, nos es necesario indicar otro aspecto del diálogo film-espectador: es un diálogo matizado por la respuesta ininterrumpida del espectador, y que podemos denominar: proyección-identificación.



La película toma vida por el espectador si éste proyecta sobre las acciones y los personajes sus deseos, sus temores, sus propios estados psicológicos; en una palabra, si el espectador identifica los héroes y los acontecimientos del film consigo mismo y sus problemas. Como muy a menudo he escrito, difícilmente puede disociarse (por proyección se tiende a identificar al héroe de la película con uno mismo; doble movimiento que en sentido inverso orienta al héroe hacia el espectador y al espectador hacia el héroe a través de transferencias incandescentes y variables) la proyección y la identificación. Existe en consecuencia una complejidad de transferencias espectador-film que se operan a través de la complejidad proyección-identificación.

Si la naturaleza misma de la relación entre el espectador y la película está determinada por la complejidad proyección-identificación (ya he explicado esto en mi libro *El cine o el hombre imaginario*), puede pensarse que los efectos de la película, que la función primordial del cine estarán determinados por las transformaciones consecutivas de tal proceso. Estas no serán ciertamente los únicos efectos; puede haber también efectos informativos e instructivos elementales. Una película como *Strámboli* puede suministrar información sobre la pesca del atún o la erupción de un volcán. Pero notemos también que los efectos informativos tienen posibilidades de ser más sensibles si están ligados a fenómenos de proyección-identificación, si por ejemplo la simpática heroína del film está amenazada por la erupción o implicada en la pesca del atún. Esta proposición general no exige una gran verificación: la publicidad, la prensa, tienden siempre a individualizar sus mensajes, a poner de relieve personajes principa-

les o héroes, a multiplicar el "toque humano". Es sobre todo a través de la competición homérica de los Coppi, Bobet, Gaul que conocemos la "Vuelta de Francia". Es a través del viaje de De Gaulle que se re-conoce el Parlamento británico, etc. Dicho en otras palabras, la proyección-identificación está en el núcleo de nuestro problema.

Pero este tema conductor no es un hilo de Ariana. Sus fibras están prodigiosamente enredadas, y nos remiten a una dialéctica generalizada. Tomaré como recurso abstracto un doble ejemplo: la dialéctica del rico y del pobre. Veamos una película A en la cual el héroe es un rico y simpático personaje; una película B en la cual el héroe es un miserable y simpático personaje como Charlot. El espectador rico y el espectador pobre podrán uno y otro complacerse con la vista de estas dos películas y hallar igualmente simpáticos uno y otro personaje. Por lo tanto, en la vida real hay innumerables oportunidades de que el espectador rico se vuelva con disgusto ante la visión de un vagabundo y de que el espectador pobre considere con envidia o resentimiento al millonario. El cinematógrafo ha modificado la relación real. Es que el espectador pobre ha podido no sólo identificarse con el pobre de la película B, sino también proyectar sobre el rico de la película A sus deseos de riqueza (hasta identificarse con él efímeramente); y que el espectador rico ha podido proyectar en el vagabundo su necesidad de evasión, de libertad, de escapar a su propia vida (y por esta razón identificarse con él en forma pasajera), mientras que también ha podido identificarse con el héroe de la película A. El efecto de las dos películas sería a la vez análogo y diferente, sobre los dos espectadores. Efecto de evasión para el rico en el caso de la película B y efecto de evasión para el pobre en el caso de la película A. La función del film B será para el rico de proporcionarle una libertad imaginaria, pero la función de la película A será de sumirlo parcialmente en el seno de su universo real. La misma aclaración puede ser hecha para el pobre permutando ambas películas. En el caso de la película B para el rico, de la película A para el pobre, el efecto será purgante o exonerador. Las relaciones B-rico, A-pobre despertarán por un tiempo los deseos de evasión de uno y otro. Supongamos que el espectador rico vea en el héroe de la película A ciertos caracteres psicológicos, ciertas actitudes o gestos que le gustaría adquirir, y que se vea seducido por el mobiliario Henry II de su departamento; podrá después del film, consciente o inconscientemente, servir el mismo cocktail que el héroe de la película, beber como él su trago, hacer la corte como él a una hermosa mujer y decidir el cambio de sus muebles para adoptar el estilo Henry II. Supongamos que el pobre, seducido por el vagabundo del film B decida tomar la vida con despreocupación.

Reaccionará al día siguiente utilizando las mismas bromas irónicas que el pobre, cuando se vea maltratado por un capataz. Estas hipótesis a simple vista gratuitas, están aquí para ilustrar el hecho de que la identificación puede entrañar efectos miméticos y desempeñar un rol ejemplar.

De este modo, la dialéctica de la proyección-identificación se extiende hacia posibilidades infinitamente variables y divergentes. Pero ella se orienta de acuerdo a dos grandes líneas de fuerza: 1º identificación, mimetismo, ejemplaridad; 2º proyección, catarsis, exoneración.

Agreguemos una tercera línea de fuerza: supongamos ahora que el espectador rico se sienta condicionado por su riqueza, la película B le infunde la idea de abandonarlo todo para asemejarse al despreocupado vagabundo, aunque él no tenga voluntad efectiva de cambiar su vida; por lo tanto soñará continuamente con la evasión. Supongamos que el espectador pobre, viendo el film se sienta hastiado de su pobreza y se ponga a soñar continuamente con la riqueza. Estas dos películas provocarían fantasmas obsesivos, una psicosis de insatisfacción. Así, entre el mimetismo y la catarsis habrá una especie de psicosis que puede tener su origen tanto en espejismos de identificación como en espejismos de proyección. De donde se desprende efectivamente la tercera línea de fuerza:

CeDInCl

proyección identificación	}	obsesión-psicosis
------------------------------	---	-------------------

El resultado de la proyección puede ser en un sentido la evasión, y en otro la alienación. Dicho en otras palabras, la proyección no se convertirá sólo en exoneración (catarsis), especie de purificación inmediata de las pasiones y los deseos, sino que se prolongaría en evasión mental fuera del mundo real y esta evasión podría implicar una alienación, es decir una vida en la que la savia psicológica del individuo estaría fuera de su propio ser, nutriendo a un fantasma imaginario y a aberraciones imaginarias. Pero esta exposición es demasiado simple si su objetivo es el de utilizarla como condena: la necesidad de evadirse por medio de los sueños, es una necesidad real del ser humano, y no existe ser viviente que no tenga alienada una parte de su propia savia en mitos, valores, ideas, etc.

Esta visión es por otra parte demasiado simple desde el punto de vista del análisis: Gilbert Cohen-Séat ha remarcado con énfasis que el espectador se evade en el fondo de sí mismo de sus

profundas necesidades, más expresamente de la necesidad profunda de establecer una relación auténtica con un ser del sexo opuesto, es decir el amor; un film de amor originario, encantado, ideal, es una evasión en las profundidades de la necesidad.

El resultado de la identificación puede ser una praxis: los héroes del film se convierten en modelos que se procura imitar; se puede tratar de imitar no sólo sus gestos y actitudes, sino también su voluntad de ser feliz, su concepción de la vida. Esta voluntad de imitación será más operante en el momento en que el espectador haya reconocido, bajo la apariencia gloriosa o patética del film, sus propios problemas y su propia imagen, su reflejo, su doble en la pantalla. Queda sobre entendido que la identificación no desemboca necesariamente en una simulación: puede detenerse en divagaciones mentales, juegos (como los niños cuando juegan al cowboy o al gangster). Todo esto es infinitamente variable, de acuerdo a los películas, de acuerdo a los individuos. Por lo tanto, no se desemboca aún a resultado alguno si nos limitamos a examinar películas y espectadores individualmente. Todo es diferente si nos elevamos al nivel sociológico, después de haber alcanzado el nivel psicológico. La psicología nos ha suministrado las líneas de fuerza para comprender la cantidad de posibilidades que puede tener la función del cine y los mecanismos de influencia. También es necesario recurrir a la sociología para tratar de comprender la función efectiva; es decir, considerar acumulativamente la producción cinematográfica hasta llegar a precisar las intencionalidades de identificación y de proyección que fueron incluidas. Considerar globalmente el problema de los espectadores no tomados sólo como espectadores, sino como hombres y mujeres que pertenecen a grupos sociales, a clases, a naciones, a una cultura, a una civilización.

Esta necesidad de captar el conjunto del problema, es la propia necesidad de estructurarlo, no es un grato retorno a la filosofía general, como piensan aquellos que, buscando al hombre bajo el microscopio, no descubren otra cosa que sus verrugas, aquellos que, buscando el ente social bajo la lupa, no descubren más que sus contingencias.

Tratemos entonces de prolongar estas líneas de fuerza en el terreno sociológico, es decir no en la sociedad "en sí", sino en las sociedades occidentales donde el cinematógrafo está concentrado en una economía capitalista de mercado, donde la industria

del cine se desarrolla con la tendencia al máximo beneficio, es decir a la consumición máxima, donde las diferentes capas de la sociedad se hallan comprometidas en los mismos procesos sociológicos (democratización del consumo, institución de un nuevo asalariado heterogéneo, donde se manifiesta el llamado hacia los valores fuera del trabajo y el ordenamiento de la vida privada). Esta corriente socio-económica occidental se convierte al mismo tiempo en una corriente cultural común: "la cultura de masa", propagada por la **mass-media** (radio, cine, TV, prensa, revistas) y que difunde los mismos grandes temas.

En lo que respecta al cine, los grandes temas son los siguientes: **star-system**, estructuración de los films en torno a héroes simpáticos afectados por una doble problemática de amor y de agresión (amenaza, peligro, crimen, aventura, etc.), finalizando en el **happy end**.

Desde la tragedia griega, hasta el cinematógrafo, pasando por la novela popular y el melodrama, la temática de la agresión adquiere formas diversas, se manifiesta de modo más (el teatro isabelino) o menos violento, pero es una raíz permanente del imaginario social.

En sentido opuesto, el nuevo elemento que se desprende a partir de 1930 en la "cultura de masa" y singularmente en el cine, es la temática del **final feliz**. El héroe, en lugar de **padecer** (muerte o sufrimiento), triunfa realizándose, realizando sus deseos: triunfa sobre la adversidad y al terminar el film se eterniza sobre un beso de amor. No es de tanta significación el "fueron felices y tuvieron muchos hijos" del cuento de hadas, que se despliega sobre una pacífica rutina, es el instante de felicidad eternizada que remata el film.

Al mismo tiempo, la temática del héroe simpático se desarrolla en un clima más realista, en relación al cine mudo: a la máscara mimico-teatral sucede un rostro que habla, el héroe se convierte en el doble extraordinario del espectador y no en el "ser ajeno" que a nadie refleja. El film respeta ciertas apariencias que son aquellas de la vida real, a pesar de que lleva una gran parte imaginativa.

En fin, enfocado desde otro ángulo, las estrellas descienden a la tierra: participan en la vida de los mortales (matrimonios, partos, aspectos cotidianos de la vida privada). De esto se desprende una hipótesis fundamental: mientras que el cine se mantiene particularmente **proyectivo** en lo que concierne a la agresión, tiende a volverse particularmente **identificador** en lo que respecta a la temática del amor y la vida privada. Esta hipótesis se fundamenta en la siguiente observación sociológica: en las sociedades

occidentales el hombre regulado policialmente no puede evidentemente satisfacer en forma práctica sus necesidades agresivas y más generalmente su necesidad de libertad profunda: no puede zafarse de la monotonía de una sociedad burocratizada, de la mecánica social. Por delegación imaginaria, el film le suministra esta libertad profunda: libertad inferior, la de los gangsters y fuera de la ley, libertad exterior, la de los aventureros en tierras vírgenes, libertad superior, la de los reyes, los poderosos y los ricos.

En esta sociedad, el hombre que no puede satisfacer sus necesidades de responsabilidad, de creación y de libertad en el trabajo, tiende a transferir en su **vida privada** la substancia de su propia vida. Es en el ocio, en las relaciones amistosas y sentimentales, en la consolidación del bienestar, en su consumación, donde busca la solución a sus problemas fundamentales. En este aspecto, los contenidos amorosos, sentimentales, privados, del film, **pueden ser considerados como mitos conductores de las aspiraciones privadas de la comunidad.**

Como dice Leo Bogart (*The age of television*, p. 7), "los **medios de difusión** han infundido la conciencia popular de lo que constituye una "buena vida". En relación a esta "buena vida", la han hecho parecer posible y deseable — para las grandes masas".

En tal sentido, los protagonistas de la película serían efectivamente los **héroes modelos de la vida privada**. Lo que explicaría que se hayan aproximado a los mortales y que la película esté determinada a la vez por su realismo y su **final feliz**. Se trataría de una **corriente de identificación fundamental**.

En el realismo, el espectador está en presencia de un héroe que en ciertos aspectos se le asemeja. Se siente ligado a este héroe que se le presenta como su **alter-ego**, de tal modo que no puede soportar su fracaso o su desgracia final; el **happy end** es la conclusión natural de un proceso donde los factores de identificación siguen la línea de los de proyección.

Así, en la producción cinematográfica occidental, los dos grandes polos imaginarios originan una doble atracción: la atracción dominante-proyectiva que concierne a la aventura, el exotismo, el crimen, la violencia, el heroísmo y una libertad que no es la libertad política sino la libertad existencialmente antisocial; la atracción dominante-identificativa que concierne al amor, al bienestar, y al triunfo en la solución de problemas individuales y privados, la felicidad.

Desde el punto de vista del primer polo, el cine propone temas ideales pero inimitables; es una compensación imaginaria y puede que cumpla un rol catártico.

Desde el punto de vista del segundo polo, el imaginario cinematográfico conecta con la praxis (lo subjetivo), la vida real, adjudicándole **mitos** de autorealización, y **héroes modelos**. Los héroes del film son a la vez ideales inimitables y modelos inimitables. Esta doble naturaleza tiene el mismo significado que la doble naturaleza teológica del dios-héroe de la religión cristiana. Esta doble naturaleza aparece claramente en el fenómeno de la estrella moderna. Pero, entre ambos polos, está la zona psicótica obsesiva, de la que he hablado anteriormente, donde se confunden y enredan los efectos contradictorios de la doble polaridad. En efecto, hay un distanciamiento entre los **ideales sobrehumanos** y los modelos **humanos** de conducta; puede suponerse que los temas del cine (triunfo amoroso, ideal de bienestar y felicidad) devienen en temas culturales obsesionantes, mantienen fantasmas que no alcanzan a lograr actualización o que logran reemplazar deficientemente el triunfo y la felicidad. En este sentido, la mitología del cine es al mismo tiempo una **ideología**, un complejo de representaciones que a la vez reflejan y pulverizan los problemas de cada cual. El cine propone una **ideología de la felicidad, es decir, algo menos que una receta práctica de felicidad, algo más que un mito consolador.**

Es en estas tres direcciones que puede tratarse de comprender sociológicamente la función del cine. Este no tiene otro objetivo que el de sociar y mantener los sueños de evasión en el seno del ocio moderno. Da forma a los mitos conductores de la vida cultural y los orienta, pero en una dirección particular: los héroes del cine no son héroes de la vida pública a los problemas de la ciudad, son héroes de la vida frente a problemas personales. Estos héroes de la vida privada son los nuevos **modelos de cultura**.

Estos "modelos de cultura" tienden a substituirse por los modelos tradicionales, los de la familia, escuela, provincia, clase social, y hasta de la nación. Está establecido sociológicamente que a diferencia del teatro, el cine es frecuentado por todas las clases sociales urbanas. La ficción cinematográfica tiene un área de difusión que engloba las diferenciaciones y estratificaciones sociales.

Esto significaría que los mitos y modelos cinematográficos tienden a difundir modelos culturales idénticos en las diferentes capas de la sociedad. Hay sin duda, una relación dialéctica entre la universalización de los modelos y mitos del cine, y el desarrollo en las sociedades occidentales de un gigantesco estrato asalariado que concentra el 80 % de la población (en Alemania Oeste, Inglaterra, EE. UU.), notablemente diferenciado por las jerarquías y los prestigios (obreros y "cuellos blancos", empleados, cuadros técnicos) pero unificada en los modales, incorporando la misma "cultura de masa". Por otro lado, los mitos y modelos del cine estadounidense se extienden por sobre toda la superficie del globo. Estos son los elementos de cosmopolitización cultural, en relación dialéctica con el desarrollo del mercado mundial, la constitución de una economía, y una civilización técnica de carácter planetario.

Es según estas líneas de fuerza, verticales (la estratificación social) y horizontales (la cosmopolitización planetaria) que puede concebirse el rol del cine. Rol esencialmente cultural en el sentido etnográfico del término, es decir que difunde mitos, valores, modelos. Estos mitos, valores y modelos van en el sentido del desarrollo de las sociedades de consumo: difundiendo temas de confort, el cine concurre efectivamente a desarrollar la consunción de bienes de confort, de bienestar, de ocio. Ellos contribuyen a esta difusión en el sentido de una cultura fundada en los valores de la vida privada, esencialmente la felicidad. Concurren a formar un tipo de hombre que vive en el presente cotidiano, consagrado a la búsqueda de la satisfacción máxima, buscando el sentido de la vida en el ocio y el amor. De este modo, tiende a ensancharse el hueco entre el mundo de la vida privada y la vida pública, del ocio y del trabajo, del consumo y la producción. Este movimiento es aquel de la civilización occidental y el cine, que mezclado a los otros **medios de difusión** proporciona figuras, imágenes, formas y héroes a este movimiento global.

Sería entonces muy difícil aislar la función del cine, según un sistema de causalidad mecánica. El cine es un elemento nacido de una dialéctica multiforme, y no se alcanzaría a comprender su función más que a través de una aproximación dialéctica: psicológicamente, sus efectos son múltiples y contradictorios; pueden ser sedativos, angustiosos, obsesivos, catárticos, miméticos, según los distintos elementos que componen un film, según el tipo de individuos que constituyen el público. Sociológicamente, es al nivel de la dialéctica cultural, en sus vínculos con la infraestructura social, que debe enfocarse su rol.

• Edgar Morin edita en París la revista ARGUMENTS.

TOTEM PRESS

1—This Kind of Bird Flies Backward, Diane DiPrimo	O. P.
2—Jan. 1959 for Bird Castro, Kerouac, Finstein, Jones,	O. P.
Oppenheimer, Loewinsohn, Sorrentino	1.00
3—Watermelons, Ron Loewinsohn	.50
4—For Artaud, Michael McClure	1.00
5—Prospective Verse, Charles Olson	1.00
6—Savonarola's Tune, Max Finstein	.50
7—Brooklyn-Manhattan Transit, Paul Blackburn	.95
8—*Second Avenue, Frank O'Hara	1.25
9—*Myths & Texts, Gary Snyder	1.25
10—*Like I Say, Philip Whalen	.95
11—*Scripture of The Golden Eternity, Jack Kerouac	1.00
12—The Newly Fallen, Edward Dorn	1.25
13—The Dutiful Son, Joel Oppenheimer	1.25
14—*Empty Mirror (early poems), Allen Ginsberg	1.25
15—*Preface To A Twenty Volume Suicide Note, LeRoi Jones	1.25
	NEW RELEASES
*The Love Bit, Joel Oppenheimer	1.25
*Four Young Lady Poets	1.25

* Totem/Corinth Books

TOTEM PRESS 27 COOPER SQUARE N. YORK 4, N.Y. USA

CITY LIGHTS BOOKS POCKET POET SERIES

NEW RELEASES

THE SELECTED POEMS OF MALCOLM LOWRY	1.50
RED CATS (poets of the soviet "thaw")	1.00
A HUNDRED CAMELS IN THE COURTYARD, Paul Bowles	1.25
261 COLUMBUS AVENUE SAN FRANCISCO 11, CALIF. USA	

HUELGA

GENERAL

general strike

The time has come for a general strike.

A worldwide general strike is the direct action by which people can convince the governments that we want peace and will not allow nuclear testing to continue.

A general strike is a form of non-violence in keeping with the principles of non-violence. It consists of a work stoppage and of a refusal to participate in the normal functions of the community, except for those absolutely necessary for health and sanitation. This strike will last a week.

from Monday, January 22nd,
through Sunday, February 4th, 1962.

If necessary, this will be the first in a series of general strikes. Such a series will continue until we can live in peace, free from a further increase in the terrible effects of fallout, and free from the threat of a war that might annihilate most, if not all, human beings.

We call on all the people of the world, in all countries, and of all political convictions, to join us in this strike. We beseech those in power to stop testing nuclear arms. We ask them to begin immediate serious negotiations toward settling present differences, and to reopen negotiations for total disarmament. We urge each nation in the world to disarm immediately and unilaterally.

Stopping the tests, negotiations, and unilateral disarmament are practical actions that will both pacify the present situation and help man move toward universal peace. In striking, we demand these actions.

Una huelga general mundial es la acción directa mediante la cual la gente puede convencer a los gobiernos que queremos la paz y que no concordaremos con la continuación de las pruebas nucleares.

Una huelga general es una forma de protesta en conformidad con los principios de la no violencia.

Consiste en una interrupción del trabajo y en el refusal a participar en las funciones normales de la comunidad, excepto aquellas absolutamente necesarias para la salubridad y la sanidad.

La huelga durará una semana:
desde el Lunes 29 de Enero
hasta el Sábado 4 de Febrero de 1962

Si es preciso, esta será la primera de una serie de huelgas generales. Estas series continuarán hasta que podamos vivir en paz, libres de un mayor incremento de los terribles efectos de la precipitación radioactiva, y libres de la amenaza de una guerra que aniquilaría a los seres humanos, no sólo una mayoría, sino todos.

Apelamos a toda la gente del mundo, en todos los países, y de todas las ideologías políticas, para que se plieguen a nosotros en esta huelga. Suplicamos a los que tienen poder para que detengan las pruebas con armas nucleares. Les pedimos inicien inmediatamente serias negociaciones para solucionar las presentes diferencias, y reabran las negociaciones para el desarme total. Apremiamos a cada nación del mundo para que se desarme inmediata y unilateralmente.

Detener las pruebas, negociar, y el desarme unilateral, son acciones prácticas que al mismo tiempo pacificarán la situación actual y ayudarán a los hombres a avanzar hacia la paz universal. Con la huelga, exigimos tales acciones.

Firma: **COMITE NEW YORK por la HUELGA GENERAL POR LA PAZ.**

(Provisionalmente) **Julián Beck, Karl Bissinger, Elaine de Kooning, Douglas Gorsline, Frank Hayes, Spencer Holst, Jackson Mac Low, Judith Malina, Julie Marlowe, Mary Sharnet, James Spicer.**

Julien Beck

INFORME desde TIMES SQUARE

La policía atacó, golpeó, y acometió montada, a una congregación de varios miles de manifestantes no-violentos en Times Square (Parque público ubicado en el centro de New York) el sábado 3 de marzo de 1962.

Una mujer, me han dicho, apresada sorpresivamente por la policía, un arresto sin causa, abofeteó al oficial que la empujaba, violentamente dentro del furgón. En otro sentido, ninguno de los manifestantes levantó un dedo contra los agresores policiales, sino que con el espíritu de la resistencia no-violenta aceptaron el ataque y se sometieron a él. Rechiflas de reprobación y un ofensivo grito de "vergüenza, vergüenza", fueron las únicas violaciones del código de la protesta no-violenta.

La interrogación se centra en el culpable inmediato. La culpa no fue de los manifestantes. Tampoco de la fuerza táctica o escuadrón represivo que cometió la violencia física. El ataque, que puede ser el primero de muchos, fue el resultado de la persistente tergiversación e incompreensión con que los EE.UU. enfrentan al Movimiento de la Paz, de la deliberada campaña

de los EE.UU. para degradar el concepto de Paz y ponerlo como enemigo de la libertad, como propaganda comunista, como jugliganismo beatnick (rebeldía bohemia), como una fuerza destructiva organizada por izquierdistas fanáticos, incautos y desorbitados idealistas para debilitar la democracia occidental y hacerla fácil presa del Este.

Hay mucho trabajo para realizar.

Algunos millares de personas se reunieron a las 4 de la tarde del sábado 3 de marzo, como un testimonio contra el anuncio del Presidente Kennedy respecto a la reiniciación de las pruebas nucleares en la atmósfera por parte de los EE.UU. El plan constaba en caminar en torno al Parque hasta las cinco, luego juntarse en el extremo norte del mismo, si era posible, y bloquear el tráfico.

Encrucijadas de la Historia, encrucijadas del mundo. Algunos hombres y mujeres se sienten tan angustiados por el desarrollo corriente de los acontecimientos en nuestro tiempo, que sienten una gran necesidad de demostrar su esperanza de detener ese devenir de sucesos

que nos están conduciendo hacia una terrible catástrofe. Eligen sentarse en Times Square y bloquear el tráfico como si dijeran: "amamos tanto al mundo que arriesgamos nuestras vidas; y si nuestras vidas no son tomadas, entonces rendimos nuestra libertad a la ley que puede aprisionarnos por tal acto".

A eso de las 5 y cuarto, la multitud que había estado dando vueltas al Parque, aún permanecía ocupando la zona central de él. La policía había detenido el tráfico por el lado de la 7ª Avenida, dejando que los vehículos siguiesen hacia el sur por Broadway, menos algunas calles laterales cortadas. En cierto modo, la policía ya nos había acordado nuestro símbolo, el tráfico estaba bloqueado, la fuerza de nuestro número nos había dado esa victoria. Aunque habíamos combinado permanecer parados en silencio desde las 5 a las 5.30, en la casi silenciosa plaza hubo algo de charla sobre sentarse y bloquear también Broadway. Algo más explícito y demostrativo que la concesión ganada por nuestra fuerza numérica, un decirles: "no pueden silenciarnos con una concesión y dejarnos pasar

mientras siguen experimentando las bombas". Pero el consenso fue que el código de la resistencia no-violenta no aclaraba bastante el justificativo de los leales para cometer su acto de desobediencia civil.

Nadie se sentó, esperaron de pie, en silencio.

A las 5.15 un joven, Dick Bell, ubicado en la plaza, vestido abrigadamente, tropezó y cayó postrado aparentemente desvanecido—por sofocamiento, supimos después—en el medio de Broadway. La casualidad manda. Unos policías lo rodearon, lo patearon y lo arrastraron rudamente hasta la acera, donde puesto sobre sus pies volvió a caer. Nadie podía asegurar si estaba desmayado o no, pero nos ayudamos unos a otros, Dick Bell es un amigo. Alguien exclamó: "ayudémoslo" y unos doce entre hombres y mujeres atravesaron la barrera hasta Broadway y se sentaron cumpliendo una misión que había sido discutida a menudo pero que no había llegado a ser adoptada durante las muchas charlas, reuniones y conferencias entre activistas del Movimiento de la Paz, que habían precedido esa demostración.

Esto es lo que vi, allí estaban sentados, mi esposa Judith Malina entre ellos, todos viéndose firmes y muy hermosos. Era, quizá, la primera vez que alguno de nosotros cometía desobediencia civil sin informar a la policía de antemano. Tal vez debimos haberles anticipado que eso podía ocurrir puesto que lo habíamos discutido. Aprendemos. No actuamos secretamente. Lo secreto está contra el código.

Llegó el furgón. La policía comenzó a arrastrar a los sentados dentro del mismo. Comenzaron a golpearlos con sus bastones. Judith estaba siendo aporreada en la cabeza. Joe Chaikin puso sus manos para protegerla. Arrastraron a Bill Shari hasta la acera

tirando de los extremos de su largo echarpe, había espuma y saliva en su mentón y labios. Debbie Negrin avanzó para unirse a los demás. Fue empujada hacia atrás, se sentó, y un policía comenzó a golpearla con su porra. Allí mi incredulidad. Comenzaron las exclamaciones y los chillidos, gritos de "fascistas". Permanecí parado detrás de la barricada y comencé a gritar "vergüenza, vergüenza" muy fuerte. No grites hal hai, vergüenza vergüenza, escribió Gandhi, no turbes a tus oponentes, siempre acércate a ellos con amor. Entonces, la policía cargó contra los circunstantes. Karl Bissinger corrió, lo vi hablando con un oficial. Más tarde me dijo que había pedido ser arrestado con la otra gente. Vi que un policía lo aporreaba por la espalda, cayó redondo y fue tirado dentro del furgón como una bolsa. La policía comenzó a forzar la gente hacia atrás. Uno de ellos llegó bajo la barricada y trató de golpearme en los testículos con su bastón. Lo eludí. Retrocedimos 4 ó 5 metros. De repente la gris mano enguantada de un agente atrapó mi cara y empecé a retorcerla, luego sentí un palazo en la cabeza, algo me pinchó el estómago, y porras alzadas contra todos nosotros, íbamos reculando, me dieron otro golpe en un costado, una y otra vez en la espalda, después en la nariz. Sentí la sangre vertiéndose hasta los ojos y fuera de la nariz. Entonces, los caballos arremetieron de un lado a otro de la 7ª Avenida atravesando el área protegida por vallas. Hombres y mujeres fueron empujados dentro de furgones en la Avenida. Dos policías arrastraban a alguno tomándolo por los codos y llevándolo rápido al furgón. Atraparon a Jane Cohen entre la muchedumbre y un oficial la tironeó del saco hasta rasgárselo por la mitad. Los mantados volvieron sobre nosotros. Caí de la vereda a la calle y un agente me golpeó en la pierna con su bastón, retorné a la vereda. Las mujeres sollozaban y desfolleaban histórica y desesperadamente. A todos los que me preguntaban yo trataba de decirles que estaba O.K. O.K., pero respirar me resultaba penoso, cada inspiración me era cada vez más difícil.

Amigos me llevaron al Hospital Bellevue donde me hallaron fractura en una costilla, otras malamente magulladas y mi pulmón punzado. El dolor que sentía se debía al colapso de ese pulmón. En ese buen hospital me trataron rápidamente, cirugía de emergencia, inserción dentro de mi pecho de un tubo adosado a un mecanismo que expulsó el aire licuado fuera de la cavidad torácica durante los siguientes cuatro días. Una semana después, sábadó, fui dado de alta.

Cuarenta y dos personas fueron arrestadas, muchos que ni siquiera se habían sentado, elegidos al azar por un núcleo de policías a los que la propaganda estadounidense ha inducido a creer que somos villanos peligrosos y subversivos. Todavía, ay, no los hemos amado lo suficiente para demostrarles mediante la legítima fuerza de nuestro amor, que no debemos ser temidos y que hacemos lo que hacemos porque les deseamos el bien.

Raúl Fortin

Del Grupo de los Elefantes

ULTIMO POEMA DEL NEGRO

Griego ahora que está listo la especie de paz idiota que resbala todo que sé que me muero que no quiero mirar este buraco en la panza tengo miedo. Nunca quisieron conocer este agujero de vida mentirosa este querer ser santos a fuerza de papel higiénico. Porque me caminan hormigas por la boca y no puedo moverme porque están persiguiendo a mi hembra entre escombros calientes y ha caído arrastrando pastos las uñas derechas a tu espalda inundada y mordiéndolo. Ahora que ve la piel y te lastimo ahora que mi olor por un segundo no la osquea los zapatos de goma echarse tantas cosas por encima no poder tolerarnos te das cuenta. Escuchá ese tiro todavía y no me mientas quiero saber si otra vez es de día si estoy ciego maldita paz el Negro ciego y alzeun pone una piedra sobre otra no me mientas sentí como las hembra tienen cria Griego.

José Nemirovsky

POEMA

No tengas vergüenza de ser hombre,
¡Tú! Hijo de mujer.
No importa que en las paredes sigan escribiendo
Mueran los judíos!
E invisibles jóvenes decididos
Con los sucios pinceles mercenarios
Auguren crematorios y cámaras de gas,
Entre las cómplices sombras protectoras.
No te avergüences, Hombre!
Levanta la cabeza, mira hacia adelante...
El sol brilla sobre los campos y las ciudades,
Sobre las derruidas alambradas
De los campos de concentración
Esos campos donde ahora crecen flores
Con savia de millones de muertos,
Con sangre de millones de muertos,
Con sueños de millones de muertos.
El color de esa rosa, es sangre vertido,
Y el color de ese arbusto es esperanza destrozada,
Y el color de esa tierra es ensueño destruido.
Mas no importa... Sigue...
Mira hacia adelante, levanta la cabeza,
Y pienso que aún se acuna la esperanza
En algún corazón.

Desecha la amargura. Sonríe
Y recuerda la época feliz
En que los sacerdotes hablaban de Dios
Y predicaban el amor entre los hombres...
Olvida un poco
A los atizadores del odio
A los sacerdotes del crimen.
Déjalos oficiar sus aquelarres
De brujas medievales,
De ávidos bebedores de sangre
Discípulos de Satanás.
Tú eres Hombre. Todo Hombre.
Hecho de barro y con la esencia
Que te insuflara Dios.
No te avergüences, pues, de ser Hombre
¡Tú! ¡Hijo de mujer!
Y no desmayes.
Recuerda siempre la sonrisa tímida
De aquella mujercita del número tatuado
En su brazo, excusándose al decirte:
—Perdón. Usted ve. Yo fui una deportada—.
Esa sonrisa tímida de excusa
Venía del faraónico Egipto milenario,
Había recorrido Babilonia y Roma,
Se alzó sobre las piras de la Inquisición
Y culminó en la noche horrenda de Alemania.
Después fue lo del Ghetto de Varsovia.
No habrá excusa para ti, Hombre,
Si te avergüenzas, o temas u olvidas.
No habrá; excusa para tí, hombre
Hijo de mujer, soplo divino, esencia de Dios,
Si intentas huir, o soslayar, o medrar o claudicar.
¡De pie! frente a los falsos sacerdotes
¡De pie! frente a los negociadores de lo sagrado
¡De pie! frente a los mercaderes del patriotismo
Que ensucian la palabra Patria con sólo pronunciarla.
¡Tú! HOMBRE! Látigo en mano
¡De pie!

Lida Barragán

Del Grupo de los Elefantes

CUENTO DEL HOMBRE DE TRAJE

La gente se perdía entre gente, entre máquinas, entre voces. De un micro bajó el Hombre de Traje, se confundió con todo, caminó pensando en el último partido de fútbol y de pronto se encontró frente a su oficina. El eco de la reciente matanza en Argelia se perdía. El sol volaba podando sombras. Y llegó la noche

hacacando ruidos de suburbio. Los árboles cambiaban y se convertían poco a poco en sueños. El Hombre de Traje llegó a su casa. Estaba el Niño frente al televisor metamorfoseándose con Bot Masteron. En un jarrón las flores de plástico lucían su vida casi eterna. El Hombre de Traje fue a la cocina y saludó a la Mujer Vestida escondiéndose en el olor a fritura y a cebolla. La Mujer Vestida pensó qué significado tendría la palabra amor y sintió de pronto un fuerte dolor de cabeza. Sacó de la heladera fiambre y le hizo un sandwich a el Hombre de Traje. De pronto se oyó un ruido agudo, la Mujer Vestida, el Hombre de Traje y el Niño corrieron y encontraron debajo del sofá a la Gata, transformada y con un zansancio absorto amamantando a los Gatos Niños. Eran pequeños seres extraños a nuestras manos o nuestros ojos. Se acurrucaban al lado de la Gata que defendía su incertidumbre. El Hombre de Traje sonrió y se fue. El Niño miraba y preguntó a la Mujer Vestida si los Gatos Niños eran sus Hermanos, ella le contestó que no, que sólo eran gatos. Todos sabían qué pasaría, no era la primera vez. La Gata miró al Niño y el Niño lloró y empezó a rogarle en voz baja a su madre que de pronto le dijo estúpido. Volvió el Hombre de Traje con un balde lleno de agua. Afuera alguien reía. El niño palideció y musitó unas palabras a su padre. El Hombre de Traje no escuchaba, apoyó el balde en el suelo y se sacó el saco. La Mujer Vestida y el Niño miraban. La Gata trataba de esconder a los Gatos Niños, pero el Hombre de Traje siempre sonriente agarró al primero, la Gata gimió desesperada, quiso quitárselo de un zarpazo, pero el Hombre de Traje ya lo había hundido en el balde. El Niño gritaba. Pero el hombre de Traje seguía, así uno a uno, seis manchas en el agua que formaban pequeños o'as, seis bocas abiertas que no pudieran comprender nada. La Gata gemía como si la hubieran herido, miraba al Hombre de Traje y gemía. La Mujer Vestida volvió a la cocina. El Niño se acurrucó en un rincón y pensó que sería de él, sabía que no sería la última vez, que todo seguiría, seguiría...

Reynaldo Mariani

LOBO EN RUTA

Ayer

iluminadas agitadas pulsaciones,
miradas reiteradas,
esfuerzos recordatorios,
cataratas de sueños constructivos
y teleformas y octubresaltos inconcebibles —hoy.
menstruándonos por dentro—; ayer...

Ayer fuimos:
porque era para mañana, ayer,
Hoy —disueltos y enterrados los esquemas—,
derrumbados, apesados, finalmente condenados
que rodamos nos
rodando 1 adoquín, 2, 3, etcétera adoquines.
sumados a
integramos la
confusa innumerable multitud de solitarios
del ayer
que hace sombra y se desplaza
lentamente inmersa en el vasto panorama desolado,
hay;
que agitando las mangas desbordando pequeños incoherentes

que con su profunda lesión en la camisa... [gestos
que gastroresortes psicodisolventes
que y cruel rostro de papel madera y duro
y prohibido usarse
—por los demás—
y prohibido distraerse
—por uno mismo—,
gesticula y entretiene sus ocios y se grita; ríndete, rendido y rinde!
...y rinde, rendido, rinde!

y se va luego
finalizando tras proceso luego,
hacia algún lugar enorme tierra,
que sombra conceptual,
ocupamos alguna vez riendo antes;
—o llorando mar... quizá—;
y nos espera.

Ruy Rodríguez

POEMA GRITADO

a Susana

Oigo cantar al gallo lubricán
mientras miro las arrugas de los paredes
cuanto los poros de su piel
a los pelos de sus cejas
O tengo que salir a patear los vidrios rotos
quema mis dedos en los bocas de los buzoxes
y limpiar mis dientes
con el diario café, tras un cristal quebrado
Mientras los ciegos comen en medias tozas
y los gatos sueñan en los techos
de la invertida ciudad que nos aplasta

CARTAS

Querido Miguel!

En este momento recibo tu carta, no he leído la de Ginsberg y me consume. Te hallas fragmentado, los sueños de unidad, etc., la Revolución, masa semi-amorfa, qué podemos modificar?, la realidad demuele incesantemente los paraísos, etc. etc. etc. etc. etc. etc. PERO QUÉ TE PASA, MIGUELILLO, DESPIERTA, NO TE DEJES, YA TE ESTAN CONVENCIENDO O QUÉ SUCDEE, TODAVÍA ESTAS BUSCÁNDOLE PIES Y CABEZA AL MUNDO? QUIERES HACER UNA REVOLUCIÓN PARTICULAR O QUÉ PASA CABEZA DE CHORLITO? Dices me preguntas te preguntas cómo hacer la Revolución, dices y con razón que la revolución necesita disciplina y tiempo y todos los energías claro claro, claro, PERO NO VES QUE TODO LO QUE TENEMOS QUE HACER ES SOMERNOS? Es decir, dejar que la Revolución OPERE A TRAVÉS DE NOSOTROS, ELEMENTOS PASIVOS PASIVOS P A S I V O S... PASIVOS...

Porque o no sé de lo que estás hablando o esa ropa tendida en el campo vecino frente a mi ventana la paso muy bien, PARTICIPA DE LA REVOLUCIÓN. Claro, se necesita disciplina. PERO NO CREES QUE ES UNA DISCIPLINA PARTICULAR, INTERIOR, SECRETA? No se te hace que todo lo que tenemos que hacer ES CONSERVARNOS ÁGILES, DESPIERTOS, SANOS, PUROS, ABIERTOS, en una palabra listos para actuar, sí actuar, cuando el corazón y las circunstancias nos pongan DELANTE DE LOS OJOS LA PRUEBA???? LA ACCIÓN????

Perdóname, Miguel, si estoy siendo rudo, tal vez estoy hablando de algo tan tan tan personal que no puede ser expresado. Pero sucede que tu carta me hizo desfallecer, sí, porque siento tu fraternidad y tu amor por todo lo que se mueve. ESTÁS DESINFLADO? Tal vez solamente aplazado y demolido por lo de Ginsberg, el tipo extraño ese que parece un profeta y fumó su marihuana y ahorró dando por la India y por los montes prohibidos buscando la ciudad perdida y la historia dormida para violarla como dice ZUZUKI un día se volverá (nos volveremos) hacia adentro PARA ENCONTRAR AL QUE BUSCA...

Algo no entiendo: dices que la Revolución implica concentración total en el gesto activo y renuncia al experimento individual. Añades que no hay atención posible. Más adelante dices que no entiendes cómo proponernos amar a todos si hay quienes en cualquier momento nos destruyen en nombre de ese amor. Luego: cómo partir en busca del conocimiento si eso implica disciplina, separación, aprovechamiento máximo del tiempo vital, de la inteligencia?

Voy a proponerte un truco y un juego: tratemos de conciliar la aparente separación o choque de las dos proposiciones. ¿Qué tal si el conocimiento está en la Revolución? ¿Y qué tal si la Revolución es sólo el pretexto y lo trampa que nos ha puesto La Desconocida para desorientarnos? Qué tipo de Revolución pretendes? Tú solo no vas a poder ninguna revolución. Ni yo ni nadie. SIN EMBARGO LAS COSAS ESTÁN SUCEDIENDO. LA REVOLUCIÓN OPERA. SE HACE. SUCEDE. Pueblos se liberan, la ciencia se envenena, avanza, retrocede, cada día menos analfabetas, cada día mejores condiciones de vida para todos, cada día también pueblos oprimidos, pero todo se mueve, nada está inmóvil. Y en medio de esta revolución, tú, Miguel Grinberg, tienes una revista, y enemigos, y poemas. ERES UN SER QUE ESTÁ ALLÍ PARADO BUSCANDO LA FORMA DE PARTICIPAR EN LA REVOLUCIÓN Y DE ENCONTRAR, al mismo tiempo, el conocimiento. ¿Será posible encontrar el conocimiento en la REVOLUCIÓN? Y tal vez la disciplina para encontrar el conocimiento sea la misma para participar en la Revolución.

Porque esta revolución no sólo es de pueblos sino de conciencias.

¿Qué sentido tiene entonces la Nueva Era? ¿La era del hombre?

Es la Revolución INTERIOR, Miguel, querido muerico, que naturalmente se manifiesta en la Revolución EXTERIOR, es decir, de los pueblos, es decir, de las mejores condiciones de vida. Entonces sí, es una Revolución interior (espero que en esto estás de acuerdo) y por lo tanto, sucede A PESAR de nosotros, es decir, no la iniciamos nosotros, sino que SE INICIA, no crees que la única disciplina posible es la de dejar que la Revolución OPERE A TRAVÉS DE NOSOTROS? Miguel, no interfiramos el libre y armonioso curso de la vida. No la apremiemos tratando de disociarla, estudiarla, aprehenderla, porque en esos esfuerzos, QUE SIGNIFICAN VANIDAD, AUTOCOMPLACENCIA, PODEMOS SUCUMBIR.

Ya para. No me mantendrás creyendo que estoy pontificando, o diciendo que yo soy muy esto o lo otro. Estoy tan despistado como cualquier, tengo tantas o más dudas que nadie, pero te digo esto que sale en borbotón de mi máquina de escribir, porque tengo la confianza de decirte, tal vez no son cosas muy exactas pero creo que por "ahí" va la cosa. En ese sentido, puede decirse que fui un instrumento de la Revolución al escribir esta carta tan atropellada, dejando apenas a mi razón intervenir.

Así, termino. Si convenimos en que la revolución es total, y que somos mero instrumento de ella, que opera por sí, porque sí, entonces es una revolución que primero es interior y luego, naturalmente, va a manifestarse en el exterior, transformando el mundo en que vivimos, y a manera de como vivimos. De modo, creo, que toda disciplina que se inicie participando en la Revolución, pero, querido Miguelillo, haciéndolo, sin detenernos a perder el tiempo pensando si estamos en el camino del conocimiento o en la Revolución.

Ahora nos vamos al cine. Marjorie Jackson está en el tocadiscos, es maravillosa, georgio está sentado en la bañicina y me siento feliz, tal vez porque dije lo que dije, yo mismo no lo sabía.

EL CORNO EPLUMADO, co-editor
Ciudad de México

SERGIO MONDRAGON.

Miguel:

En realidad, en el Ecuador no se tiene una mirada cosmopolita y los artistas tenemos una doble responsabilidad, más angustiosa y más urgente: enfrentar al fantasma de Hiroshima con todas sus consecuencias y responder ante el clamor del hombre y la injusticia, tan pronunciados en esta tierra de indios pateados. Ese Algo de "Vivir y dejar vivir" (Poesía-Ahora 3) tiene una cara más delimitada en esta tierra en donde queda mucho por hacer y por probar; la gente tiene clavado un grito de rebelión que tiene que estallar hoy o inmediatamente morirá. No sabemos en qué finalizará, pero estamos dispuestos a dar a la revolución nuestro cuerpo y nuestra obra. Muy bien! "cada cual a su herramienta, el llano aguarda, el incendio es nuestro". Igualmente

andamos padridos de desconfianza y decepción pero el recurso de nuestra fuerza y decisión aparece aquí más esperanzado por el aire aún puro y por la limpidez del paisaje que requiere una limpidez del habitante. Un sistema toca el cosmos o un dedo decide por nuestra vida o muerte pero nosotros aún tenemos la treta de poner una trampa al engranaje del aplastamiento.

Bueno. Por sobre todo, a pesar de lo que parece, estamos en la misma onda. Hoy hay que decir el No y barrer. Píñonos en contacto con El Corno Eplumado. Bueno, sirve otro sandwich a aquel amo de cara cuadrada de la izquierda y ¡que te pudras en el Congo Blanco!

ULISES ESTRELLA.

Revista PUCUNA
Quito - Ecuador

Querido Mike:

Llegué a casa y Henry Miller: ya había estado leyendo la carta que me enviaste. Estuvo con nosotros unos días, antes de mudarse cerca de la playa en Pacific Palisades. Vive próximo del lugar donde residen sus dos hijos adolescentes junto con su madre, quien fue su tercera esposa. Henry cumple 71 el 26 de diciembre. Tiene una salud soberbia y está más vital y activo que el hombre 30 años más joven. Domina una habitación o una ciudad o un país; tal es la fuerza de su vitalidad. Lo he conocido íntimamente durante quince años y durante todo ese tiempo no ha sido otra cosa que el sùmmum de la gentileza. Nunca le vi cometer un acto hiriente o decir algo insultante. Ama a la gente por lo que ella es y no por lo que será. No se hace falsas ilusiones acerca del pueblo y carece por completa de interés por grupos o masas. Sólo individuos. Desprecia cualquier tipo de política. Odia tanto a la derecha como a la izquierda. No toma partido por nada y no llora por los pecados del mundo o se deleita por sus virtudes. Cree que todo hombre es un artista creativo o un pensador o un científico. Concuerdo con él. De otro modo tú no serías poeta. Es te aproximo tanto a un santo... pero es un santo de la tierra puesto que es un hombre completo que jamás ha tratado de ser otra cosa sino un hombre con todas las fallas y bondades de un ser humano. Me ha perdido que te prepare unos notes al estilo de un episodio surrealista, en vez de un simple sketch biográfico. Lo tendrás en un par de semanas junto

con varias fotos y algunas reproducciones de sus acuarelas. Mi esposa revisa todas las traducciones al español para ver los cambios. La traducción del *Caloso de Menusil* era excelente, pero muchos pasajes fueron suprimidos. Que tengas buena salud!

BOB FINK.

California - U.S.A.

Miguel Grinberg:

El editorial que publica el N° 3 de Eco es extraordinario. Esto es lo que primero quería decirte, tal vez porque concuerda totalmente con la posición que he mantenido en medio de los profetas caseros tan molestos y a la vez cerrados.

Esa necesidad de comunicación con la gente que sostiene esto que pensamos es importantísima para no ser devorados por esa avalancha de falso racionalismo de revolucionarios de café que nos atoran entre las medallanas, las palabras y el tiempo mejor. Desde ya quiero decirte que en todo lo que pueda colaborar con ustedes, tienen un ente ser más para seguir.

En este momento soy un elefante disidente dado que el mundo culto me interesa un rábano. Creo que el arte es una necesidad del hombre, algunos, de libertad de comunicación por el ser, sin buscar hacer propaganda de un régimen actual o futuro, sino simplemente construir lentamente eso que intuye pero que no tiene una palabra definitiva. Sería para mí como servir a la verdad por la verdad. Única salida de esta sin salida.

OMAR GANCEDO.

GRUPO DE LOS ELEFANTES
La Plata (BA)

DOS RESPUESTAS A ACHE A. (Cartas Eco C. 3)

Henry Miller le dijo: "el combate es en todos los frentes". Yo siempre pensé así y también que es simultáneo y que ninguna lucha es despreciable ni vana. En la batalla universal no hay lugar para los dilemas. Cada uno combate donde y como puede. Todo está en pelear para destruir y construir.

Ramos Mejía

E. PE.

Mejor que teorizar es vivir. Mejor que criticar es hacer, dar un ejemplo. Pero con humildad, no con mesianismo. Deje de usufructuar el resentimiento, con él sólo logrará integrarse a la Generación Frustrada que nos precede. Deje de argumentar dividiendo al país en porteños y gente del interior. O emerremos todos, o nos hundimos todos. ¿Acaso cree en la Revolución Peronista?

Abandone los manuales marxistas o existencialistas o fenomenológicos. VIVA LA VIDA sin cometer enunciados o tratando de asimilarla a pre-ideas.

Trate de no interpretar la realidad a través de sus abortos y no sea iluso: hay gente que hace quince años combate contra Buenos Aires infructuosamente... ¿Ud. pensaba conquistarla en dos? ¿Por qué no desciende a la Tierra?

Capital

EKTOR NHO.

Querido Michel:

Si uno pudiera escribir un solitario poema futurista de ciencia-ficción sobre deambular por las calles de BA todas las líneas derribadas teléfonos incomunicados correos detenidos las ruedas de las máquinas varadas & la población & vos mufado con ejércitos retumbando calle abajo en otros barrios de la ciudad & rumores volando como serafines sobre los tejados quién tomó el Poder sobre el universo, si sí si escribí ahora cómo se siente eso que todos nosotros sentimos en cada país mufados y solos —continúa escribiendo el artículo en prosa para Kulchur escribe un gran largo poema solitario sobre la Ciudad Robot & vos caminando a solas —sucedió en otros lugares será comprendido en todas partes— yo fumo ganja con los sadchus & me siento bajo el puente sobre el Ganges alrededor de las fogatas (ganja es marihuana & los sadchus son los ascetas semidesnudos de Shiva) y visité los crematorios y vi ennegrecer cuerpos de abogados & cráneos rajándose entre el fuego de la pira goteando gordura cuello afuera, hombros ardiendo & la cabeza empujada hacia rojos carbones por los servidores —nadie dentro de la cabeza todo bien— ensoñada escena para ver, especialmente sensitivizado por la ganja —los días del culto a Kali tienen lugar este mes— OK lo peor ha pasado alzó tu voz solitaria entonces & recordá que finalmente todos están escuchando, cuidate & no te pongas en el camino de ellos maníacos ejércitos— CANTA, Oh profeta! lo que sucede!

Un muchacho Paul Blackburn buen poeta de los EE.UU. tiene un amigo en Argentina conocés a Julio Cortázar? Lo vi mencionado en el Oso Flotante. Leí unos EXTRAÑAS historias de Borges, su mentalidad es realmente rara especialmente aquella biblioteca hexagonal. —Anoté todo lo que puedas sobre las líneas telefónicas & las sensaciones psíquicas de ciudadanía epiléptico-política, todos esos grandes detalles irreales para poesía.

Voy a Benares creo tarde o temprano colgado en Calcuta observando la adoración de Durga & Kali.

Cariños como siempre

ALLEN GINSBERG.

Calcuta, INDIA
11 octubre 1962

APELACION

CAMPAÑA
DE LOS
1000 SUSCRIPTORES

GRANDES PROYECTOS
UN TEATRO EXPERIMENTAL
UN SELLO EDITORIAL
concursos - exposiciones
poesía - música - pintura

VD. PUEDE CONTRIBUIR A CONCRETARLOS

Beneficios inmediatos: descuento para la compra de libros en 10 importantes librerías de Buenos Aires, libre acceso a las series de grandes actos que estamos proyectando, precios preferenciales para obtener todas nuestras ediciones y los libros y revistas que en TODA AMERICA contribuyen a la NUEVA ERA... También un boletín informativo gratuito, POESIA-AHORA, etcétera, etcétera...

INCORPÓRESE AL
CÍRCULO DE AMIGOS
DE

E C O c o n t e m p o r á n e o

UTILICE EL FORMULARIO ADJUNTO

SI VD. PUEDE SER NUESTRO MECENAS,
AQUI BRAZOS ABIERTOS LO AGUARDAN
y muchísimos gracias por su solidaridad...



RESPUESTAS

- Unase a los otros y gane su lugar.
- Rehuya todo trato con gente uniformada.
- Lea *Eco Contemporáneo* y difúndala.
- Forme comités de lucha contra la TV.
- No emigre. Este año es nuestro. Y del país.
- Trabaje. Los pueblos de USA y URSS tienen sus mismos problemas.
- Sólo Ud. puede salvarse. Deje de ser roñoso. No pida lo que no da.
- Recorra el interior del país y entérese.
- Consiganos un local para hacer actos públicos.
- Espíe a los políticos y afíle la navaja.
- Vacúnese contra la polio y los "intelectuales".
- Desconfíe de los redentores del proletariado.